SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

VICTORIA OCAMPO

DICIEMBRE DE 1949 AÑO XVII

BUENOS AIRES

SUMARIO

GABRIELA MISTRAL
SOBRE LA PAZ Y LA AMÉRICA LATINA

ALBERT CAMUS
LLUVIAS DE NUEVA YORK

RAFAEL ALBERTI
RETORNOS DE YEHUDÁ HALEVÍ, EL CASTELLANO

DARDO CÚNEO
SONETOS

GUIDO PIOVENE
HISTORIA DE UN MONJE ESPAÑOL

FRANÇOIS DE VEYNES
Y
LÉON REGIS
LA ESCUELA DE LOS POBRES
(III y IV)

CRÓNICA Y NOTAS

Pearl S. Buck: Varios aspectos de un problema mundial. NOTAS DE LIBROS, por *Ezequiel Martínez Estrada, Julio Cortázar y A. Fernández Suárez* ☆ *Victoria Ocampo:* Contestación a un diálogo polémico ☆ *María Elena Walsh:* Sobre la vida diaria ☆ *Mario A. Lancelotti:* El ocaso del violín ☆ *Estela Canto:* CRÓNICA DE CINE.

SOBRE LA PAZ Y LA AMÉRICA LATINA[1]

Creo que la América Latina es casi totalmente pacifista. La causa de la paz nos es connatural; nuestros veintiún países no tienen nada que ganar en una guerra y casi todos miran hacia ella como a calamidad pura. Por religión, por principios republicanos y por hábito, la matanza legal llamada "guerra" nos repugna. Por otra parte, la adhesión a cualquier bando guerrero comenzaría por dividirnos, y nuestro interés primordial es pasar de la presente unión de nuestros pueblos a la fusión de todos ellos en una especie de Estados Unidos Centro y Sudamericanos.

Somos gentes absolutamente ajenas a los intereses de una guerra cualquiera, sea ella de índole ideológica o comercial. La industrialización de la América Latina, y con ella el bienestar del campesino y la clase obrera, nos recomiendan solamente una larga paz laboriosa y la atención colectiva centrada en esos temas.

Así y todo, no podemos ver con indiferencia la situación en extremo inquietante producida por la tensión mundial, pues cerrar los ojos a este hecho sería necedad o hipocresía.

La suerte de la cultura occidental, conformadora de la nuestra, y la debacle económica que traería otro conflicto mundial, no son cosas que dejen yertos a estos veintiún pueblos, que tal vez sean los más sensibles entre los del mundo. Sensibles somos y hasta de más, en cuanto a nietos de la desgraciada Europa y en cuanto a miembros de la cristiandad.

El Congreso de la Paz no erró al escoger este país como su sede. México sigue siendo una patria libérrima y empapada de humanidad.

No necesita nuestro Congreso de mucha puja para convencer sobre las lacras de la guerra y sobre la zoología pura que ella entraña. La raza iberoamericana, inteligente e informada del mundo, se sabe bien la lección primaria del valor de la paz y, por sabérsela, México está albergando, en un momento de zozobra, esta cátedra colectiva de pacifismo. Si en el filo de la

---

1 Mensaje para el Congreso de la Paz.

circunstancia que vivimos, la legión de la paz desertase entera o raleasen sus filas, ya bastante entecas, a las almas libres del mundo no les quedaría sino la aceptación de la carnicería como único corte del nudo gordiano. El solo pensar esto da cierta vergüenza respecto del género humano. Es preciso que los que no militamos en ningún partido, salgamos, pues, de nuestra soledad para decir sin miedo la propia convicción, que es más o menos la siguiente: la América Latina sigue siendo fiel a la causa de la paz, especialmente en la porción de sus educadores y de sus intelectuales. Bien se puede añadir a estos dos gremios el ancho sector del pueblo que trabaja en la faena pacífica de la industria y del inmenso campo americano. Si resultase que estos cuatro sectores fuesen flacos –y sabemos bien que no lo son– aun así, como simples minorías sensibles y alertas, tendríamos el deber de juntarnos para hablar sobre una catástrofe que puede herir a la América Latina en el plexo solar de su economía y en el de sus principios espirituales.

Creyendo, desde la raíz de mi conciencia, que esta profesión de fe pacífica representa un deber vertical, yo estoy dando aquí el testimonio que me dicta mi amor de maestra por los niños que crecen y cuyas almas no deben ser torcidas por ninguna ideología que considere a la guerra como "fatalidad histórica" ni estime la paz como un mero paréntesis de reposo entre dos jornadas de sangre.

No es vil la prédica de la paz; tampoco es infantil; ella no indica falta de virilidad en aquellos pueblos que la tienen como el mayor de sus bienes. Pero la paz grande y pura debe ser un principio esencial, una afilada voluntad de velar sobre ella, seamos católicos o protestantes, mozos o viejos, idealistas o realistas. La paz representa una ley moral, la primera entre todas, tal vez el "imperativo categórico" por excelencia; ella no es, como algunos creen, un mero ambiente para negocios prósperos.

Aunque corramos el riesgo de ser vistos con un gesto de duda o de sospecha, todo eufemismo debe ser rebanado a estas horas por cuantos tenemos algún coraje moral y, aunque nuestra persona cuente muy poco delante del poder o del terror de los belicistas, no nos queda sino cumplir en cuanto a hijos y servidores de la Persona parda y divina que llamamos Paz. Aunque fuésemos una minoría ingenua, los pobres creyentes de una entelequia estaríamos obligados a hacer por ella todo cuanto podamos. Otra posición nos abrasaría la conciencia como el tizón que arde aún sofocado. Porque el silen-

cio y la inercia, cuando las patrias viven su solsticio mayor, sólo se llamarían necedad o malicia.

Yo espero que ustedes, oyéndome alegar por un asunto que muchos consideran meramente europeo y norteamericano, no me tomarán a estas horas de la luz oblicua como cosa parecida a una rusófila embozada. Nunca me allegué a un sólo problema latinoamericano sino como la criolla que soy, planta indígena marcada por su suelo en cada raíz y en cada rama de ser. El temperamento nuestro es tan original como lo son la araucaria chilena y el cactus mexicano. No creo en ninguna forma de vida personal y colectiva para nosotros que deba venirnos como paquete postal desde tierras e ideologías lejanas y casi lunares. Para bien o mal nuestro, dominan en el mestizo y en el indígena de la América una sensibilidad y un sentido de la vida estatal y familiar que nos es peculiar y esta originalidad tenaz nos invalida para la adopción de ideologías políticas y módulos de vida remotos. Nuestras repúblicas resultan ser muy otra cosa que las europeas y todas las adaptaciones "de pe a pa" que hemos ensayado en esta América criolla mudaron aquí de color y esencia perdiendo ángulos, perfil y hasta sus entrañas mismas. Esos sistemas unas veces ganaron aquí en humanidad, pero otras veces se desfiguraron hasta volverse irreconocibles.

Soy una pesimista en lo que se refiere a la suerte de Europa, por más que no deseo sino bien a la Madre que acarreó hacia el Nuevo Mundo sus esencias mejores y a pesar de que nos trajo, apareado con ellas, su individualismo exacerbado y suelto.

No puedo callar el hecho de que, entre la lectura de los cables europeos que trae la prensa diaria y el paisaje prócer del hermoso Estado veracruzano, mi pensamiento constante y casi obsesional es éste: Hay que mantener la paz en nuestros veintiún pueblos, a fin de que en meses o años más seamos una especie de tercer Continente, la isla del refugio, un tercer frente salvador para los hombres desesperados, que llegarán aquí en busca de sitio donde posar los pies errantes.

A ese pensamiento sigue otro: Está vivendo la América Latina un momento harto confuso, pero a la vez de cierta actividad alácrita que se traduce en creaciones industriales y agrícolas; estamos viviendo a estas horas dentro de un ímpetu de acción realista y de auto determinación decidida. El caso de México está a la vista y conforta la esperanza. Nuestras potencias

fijas sobre la tragedia europea sacuden por fin sus modorras tropicales de un siglo que fué de cultivos remolones y de técnica paupérrima.

Labremos nuestra tierra en esta pausa de paz; hagamos la guardia física y moral de nuestra parcela y completemos las independencias políticas del año 10 con la que faltó para desgracia nuestra: la liberación económica.

Y hagamos esto, no con los dientes apretados de unos nacionalismos calenturientos; hagámoslo con mira a nosotros mismos y a la reconstrucción de la latinidad que, en su porción europea, parece hallarse enferma y a trechos llagada.

Brazos abiertos para merecer la inmigración, para poblar en vez de diezmar, para alimentar a manos llenas y construir las moradas del pobre hombre criollo, tan digno como cualquier otro hombre de poseer *realmente* la tierra suya y de crear sobre ella, la dicha.

Agradecemos a los presentes los frutos sanos que salgan de esta reunión, la cual es, en todo caso, racional e importante. Yo tengo fe en la índole apolítica de vuestros trabajos. Todo su éxito depende de que se obre con las puertas de par en par a fin de que los acuerdos del Congreso convenzan, como una empresa que busca esclarecer las vistas, ordenar la desorientación y salvarnos la paz.

Lo único que importa aquí es pensar con precisión y jugar limpio. Seamos unos buenos criollos que tienen piedad hacia la suerte de su propia carne, y no comprometen a la generación que los sigue, y cuyos destinos están jugándose a estas horas. Nosotros debemos resolver sobre un negocio tan grave como la guerra, en el cual se decidiría la suerte de nuestros cuerpos y nuestras almas, y para ello, hemos de mantener en nuestras discusiones una conciencia liberada y lúcida. No nos cegaremos por el humo de la pasión ni por la flaqueza de los pueblos nuevos cuya voz se parece a la de los coros infantiles. Nuestra América ya no es un vagido en el aire del mundo; ella es una voz ancha que bien podría volverse poderosa en el cónclave de la ONU, si quisiéramos, en bien del mundo, formar un bloque verdadero de nuestros veinte países, un anillo férreo de resistencias morales.

La paz que andamos buscando a tanteos y en menudas sociedades locales, en grupos generosos pero inválidos, debería salirnos entera y rápida de aquellas Naciones Unidas creadas para tal encargo y misión. Nuestras veinte delegaciones bien podrían obrar allí más y mejor, y hacerlo sin timideces y zig-

zagueos, volviéndose así un poder real dentro de la Casa de Lake Success.

Pero tal vez allí seguimos siendo angostamente nacionales, y flacos, a causa de que la unidad de nuestros pueblos no llega a su sazón y apenas si parece pergeñada, y es que no tomamos aún la posesión de nuestra potencia plural y nos falta la fe en nosotros mismos *y la verificación de la propia potencia.* En bien de nosotros y del mundo, la fusión de los pueblos latinoamericanos debería ser apresurada en este momento que es de soluciones vertiginosas y de decisiones drásticas de nuestros destinos.

GABRIELA MISTRAL

LLUVIAS DE NUEVA YORK

A Victoria Ocampo
En recuerdo de una ciudad que hemos querido juntos.

La lluvia de Nueva York es una lluvia de exilio. Abundante, viscosa y compacta, chorrea incansable entre los altos cubos de cemento, sobre las avenidas súbitamente ensombrecidas como el fondo de un pozo. Refugiado en un taxi detenido por luces rojas, impelido de nuevo por luces verdes, se siente uno de golpe cogido en una trampa, detrás de los limpia-parabrisas monótonos y rápidos que barren un agua sin cesar renaciente. Podríamos andar horas y horas así, sin vernos nunca libres de esas prisiones cuadradas, de esas cisternas en que chapaleamos sin esperanza de una colina o de un árbol verdadero. En la bruma gris, los rascacielos blancuzcos se yerguen, gigantescos sepulcros de una ciudad de muertos, y parecen vacilar un poco sobre sus bases. Éstas son las horas del abandono.

Ocho millones de hombres, el olor de hierro y de cemento, la locura de los constructores y, sin embargo, la cúspide de la soledad. "Aun cuando yo estrechara contra mí a todos los seres del mundo, no estaría defendido contra nada."

Quizá sea porque Nueva York no es nada sin su cielo. Tendido en las cuatro esquinas del horizonte, desnudo y desmesurado, da a la ciudad su gloria matinal y la grandeza de sus tardes cuando un poniente encendido cae sobre la Octava Avenida y sobre el pueblo inmenso que circula frente a sus escaparates, iluminados mucho antes de la noche. Hay también algunos crepúsculos sobre Riverside, cuando miramos la autoestrada que corre a un lado de la ciudad, a lo largo del Hudson; junto a las aguas enrojecidas por el poniente, de la fila ininterrumpida de autos que ruedan con movimiento suave y bien aceitado sube un canto alternado que recuerda el ruido de las olas. Y otras tardes, en fin, mansas y veloces hasta encogernos el corazón, que cubren con su púrpura el césped de Central-Park, a la altura de Harlem, a la hora en que nubes de negritos juegan a la pelota con una

paleta de madera, entre gritos de alegría, mientras algunos norteamericanos viejos, tipo *sheriff,* con camisa a cuadros, despatarrados en los bancos, chupan con un resto de energía helados moldeados por cartones pasteurizados. Junto a sus pies, las ardillas hurgan la tierra en busca de desconocidas golosinas. En los árboles del parque, un jazz de pájaros saluda la aparición de la primera estrella por encima del Empire State; y muchachas de piernas largas recorren los caminos de hierba, encuadradas por los grandes edificios, ofreciendo al cielo en un instante de tregua sus rostros espléndidos y sus miradas sin amor. Pero si ese cielo se empaña, o si el día se apaga, Nueva York volverá a ser la gran ciudad, prisión de día, hoguera de noche. Prodigiosa hoguera, en efecto, con sus millares de ventanas iluminadas en medio de inmensas superficies de muros ennegrecidos que llevan ese hormigueo de luces hasta la mitad del cielo, como si todas las tardes sobre Manhattan, la isla de los tres ríos, un gigantesco incendio se concluyera, irguiendo contra todos los horizontes inmensas armazones negras y rellenas todavía por focos de combustión.

Tengo mis ideas sobre otras ciudades. Pero de ésta sólo guardo esas emociones poderosas y fugitivas, una nostalgia impacientada, los instantes del desgarramiento. Después de tantos meses, nada sé de Nueva York, no sé si ahí circula uno entre locos o entre la gente más razonable del mundo, si la vida es tan fácil como lo dice toda América, o si es tan vacía como lo parece a veces, si es necesario ocupar a diez personas cuando una sola bastaría y sin que esto acelere el servicio, si los neoyorkinos son liberales o conformistas, almas púdicas o almas muertas, si es admirable o indiferente que los basureros usen guantes bien cortados para tu trabajo, si es útil que el circo de Madison Square presente diez atracciones simultáneas sobre cuatro pistas diferentes, de manera que, interesados por todas, no lleguemos a ver ninguna, si es significativo que los millares de jóvenes del *skating* donde yo estaba una noche y que evolucionaban sobre sus patines, en un estrépito infernal de ruedas de hierro y grandes órganos, salgan del velódromo de invierno bañados en una luz rojiza y polvorienta y tengan un aire tan grave y absorto como si resolviesen la ecuación del octavo grado, si es menester creer, en fin, a los que dicen que la originalidad es aquí una soledad o, simplemente, a los que se maravillan de que nunca nos pidan nuestra cédula de identidad.

Pierdo pie, a decir verdad, pensando en Nueva York, en este forcejeo

entre los jugos de fruta del desayuno, el *scotch* y la soda nacionales y su relación con el amor, las *taxi-girls* y los acomplamientos a la disparada, el lujo desmesurado y el mal gusto que desborda hasta en las llamativas corbatas, el antisemitismo y el amor a los animales, desde los gorilas del Bronx hasta los protozoarios del Museo de Historia Natural, las empresas de pompas fúnebres que pintarrajean a los muertos y a la muerte a toda prisa ("Muérase usted, nosotros nos ocuparemos del resto"), y las peluquerías en que puede uno hacerse afeitar a las tres de la madrugada, la temperatura que pasa del calor al frío en dos horas, el subterráneo que recuerda la prisión de Sing-Sing, la nube de sonrisas de propaganda que proclaman sobre todas las paredes que la vida no es trágica, los cementerios floridos bajo los surtidores de nafta, la belleza de las muchachas y la fealdad de los viejos, las decenas de millares de generales y de almirantes de opereta que están de pie ante los inmuebles, unos para parar los taxis-escarabajos verdes, rojos, amarillos, mediante un pito, otros para abrir las puertas, y los últimos, en fin, que suben y bajan por toda la ciudad como ludiones multicolores adentro de las jaulas con una altura de cincuenta pisos.

Sí, pierdo pie. Me entero de que hay ciudades parecidas a ciertas mujeres que irritan, atropellan y desuellan el alma, y cuya querida quemadura conservamos sobre todo el cuerpo, a la vez escándalo y delectación. Durante días he paseado así por Nueva York unos ojos llenos de lágrimas, simplemente porque el aire de la ciudad está lleno de partículas y la mitad del tiempo que pasamos en las calles la ocupamos en restregarnos los ojos o en tratar de extirpar de ellos las minúsculas parcelas de metal que millares de fábricas de Nueva Jersey mandan al transeúnte por encima del Hudson para darle la alegre bienvenida. Así, para terminar, llevo a Nueva York en mí, como transportamos un cuerpo extraño en el ojo, insoportable y delicioso, con llantos enternecidos y rabias que todo lo niegan.

Quizá sea esto lo que se llama pasión. Todo cuanto puedo decir es que sé de qué imágenes contradictorias se nutre la mía. En medio de la noche, a veces, por encima de los rascacielos, a través de centenares de altos muros, el grito de un remolcador venía hacia mi insomnio, y me recordaba que ese desierto de hierro y de cemento era también una isla. Volvía entonces a encontrar el mar, estaba al borde de mi patria. Otras tardes, en la proa del tren aéreo de la Segunda Avenida, que embiste a la altura del quinto piso, traga

con glotonería las lucecitas rojas y azules y, de vez en cuando, se deja digerir lentamente por estaciones medio oscuras, miraba los rascacielos girar en torno a nuestra carrera y, alejándome de las abstractas avenidas del centro, me dejaba resbalar hacia barrios cada vez más miserables en que circulaban cada vez menos autos. Yo sabía lo que me esperaba, esas noches del Bowery, en que a algunos pasos de las soberbias tiendas con trajes de novia (ninguna de esas novias de cera sonríe) que se extienden por más de quinientos metros, viven los hombres olvidados, los que se han abandonado a la pobreza en la ciudad de los banqueros. Es el barrio más siniestro de la ciudad, el barrio en que no se encuentra una mujer, en que de tres hombres uno está borracho, y en que se presentan en un singular café, aparentemente salido de un *western*, viejas actrices obesas que cantan la historia de vidas fracasadas y del amor materno, zangoloteándose cuando llega el estribillo y sacudiendo espasmódicamente, entre el rugir de la sala, los paquetes de carne deforme con que la edad las ha cubierto. Es también una vieja la que toca la batería, y parece una lechuza, y algunas noches siente uno ganas de conocer su vida, en uno de esos raros momentos en que la geografía desaparece y la soledad se vuelve una verdad algo desordenada.

Otras veces... pero decididamente sí, me han gustado las mañanas y las noches de Nueva York. He querido a Nueva York con ese amor poderoso que nos deja a veces llenos de incertidumbre y de odios. A veces tenemos necesidad de exilio. Y el olor mismo de las lluvias de Nueva York nos persigue entonces, hasta en el corazón de las ciudades más armoniosas y más familiares, para decirnos que existe por lo menos un lugar en que podemos liberarnos del mundo, en que podemos, con todo un pueblo y por el tiempo que queramos, perdernos al fin sin volvernos nunca a encontrar.

(Traducción de Victoria Ocampo)

ALBERT CAMUS

RETORNOS DE YEHUDÁ HALEVÍ, EL CASTELLANO

Te he conocido tarde, poeta, cuando ahora,
en medio del camino de la vida,
oigo de entre mis manos resbalarse,
latido por latido, triste, el tiempo.

Me llega tu perfume,
distante de las tierras y jardines
que tu viajero corazón anduvo.
Te hubiera yo encontrado
en una torcedura callada de Toledo,
melancólicamente, hacia el río. Te hubiera
ofrecido un limón de un patio de Sevilla,
una rama de olivas de Lucena, cantando
contigo entre tinajas al sol, o quizás viendo
irse de sangre derretida en nieve
las cumbres de un ocaso granadino.

Hoy es tu errante aroma,
tu desterrado aliento el que me busca,
romero por el mar, alto, dichoso,
loco de maravilla entre los truenos,
marinero de Dios, arrebatado
sobre un carro de aguas encendidas.

Yo también como tú siento en mi día
el misterioso llamamiento, el aura
invitadora al viaje, y de Occidente,
aparejado el corazón, abierto

de alas cargadas de la noche, al mar,
me hago a la mar, con rumbo a la mañana.

Tú seguías, cantando, tu estrella, yo cantando
sigo mi estrella todavía, mientras
de entre mis manos oigo resbalarse,
latido por latido, duro, el tiempo.

Tu poderoso aroma que hoy me llega,
fuerte de siglos y de fe, me empuje,
fijos los ojos, sin temblor y puro,
Yehudá Haleví, poeta, el castellano.

RAFAEL ALBERTI

S O N E T O S

I

¿Para qué guarda su energía el hombre?
¿A qué secreta luz volvió su mano,
sin grabar la piedra, sin dar su nombre
a éste su vacío tiempo anciano?

¿En qué caja de nieblas detenidas,
en qué prisión sin prisas y lamento,
sin júbilo y terror, sin requeridas
hijas de su alegría y su tormento,

se esconde, y no mira, y no alienta,
y no grita, y no llora, y no proclama,
y no sabe el amor que lo sustenta,

y ama a un viejo Dios que no le ama,
y no vive en su noche descubierta
la fe universal que lo reclama?

II

Busca tu propio Dios entre las hierbas.
Búscale, peregrino, por los llanos.
Por laderas y montes. Por acerbas
soledades de tránsitos humanos.

Caminos que a él van hasta ti llegan,
y en la pista de Dios te estás buscando.

Por ríos de cristales ya navegan
tú y tu Dios, tu propio Dios, cantando.

Él no es un viejo niño arrodillado.
Dios es un niño joven. Es arquero.
Es atleta, es poeta y es soldado.

Es pastor de milicia sublevada.
Padre de rebelión. Y guerrillero.
Centinela en la torre derramada.

III

Pienso a Dios muchachón y jornalero,
pleno en el canto y leve en la alabanza.
Dios anónimo, diario y pasajero.
Y agricultor de regular labranza.

Yo lo sé popular. Y así lo quiero.
Hijo de sus labores. No de holganza.
En vivas sangres, vive Dios obrero
en zonas de la espiga y la esperanza.

De júbilos sencillos y trigales,
diaria cosecha y goce masculino
que atiende a los instintos maternales.

Dios alegre y varón. Y campesino.
Que cuida al tiempo el heno y los rosales.
Y suyo es nuestro pan y nuestro vino.

IV

Por caminos de paz o los de guerra,
en la ruta del júbilo o del llanto:

Dios numeroso, corazón de tierra,
universo de auroras y de espanto.

Dios de la nube. Nuevo Dios que aterra
al hombrecito que no sabe el canto:
voy hacia ti, acaso en paz o en guerra,
en la ruta del júbilo o del llanto.

Ven a mí, mozo Dios, de lejanía,
de pampas y de selvas. Dios profeta,
hecho a imagen del hombre y de su ría,

de su canto primero y su careta,
para hacer, fraternal, la travesía.
Viejo Dios hecho niño. Dios poeta.

DARDO CÚNEO

HISTORIA DE UN MONJE ESPAÑOL[1]

I

Hace seis años comerciaba con aceite de oliva, naranjas y limones; vivía en Benicarló, no lejos de Valencia, en uno de los lugares más fértiles de la costa española. Como no había descubierto aún mi verdadera vocación, penaba en el mundo de los negocios. Era empleado de una firma comercial que no exportaba, pero que proveía a los revendedores al por menor del interior del país; por eso muy a menudo debía viajar con mi automóvil de una ciudad a otra. El año en que ocurrió lo que he de relatar me dirigía, al terminar la primavera, a Zaragoza, Barbastro, Huesca y otras ciudades aragonesas.

La carretera conduce gradualmente de la costa fértil a la meseta desierta de Aragón. Pasada la región costera se entra en una región intermedia, fértil todavía pero ya más triste, en la que sólo se encuentran algunas aldeas dispersas. Sus habitantes, vestidos de negro y tocados con unos turbantes que les caen sobre la espalda, atisban tras las puertas, que permanecen siempre cerradas y en las cuales han practicado una abertura a la altura del busto. Después se atraviesa una cadena de montañas cuyos picos blancos y rayados de albayalde parecen en pleno día iluminados por la luna. Pasados los montes empieza el desierto. Colinas de formas geométricas: conos, pirámides, esferas cortadas por la mitad; una confusión de crestas y esqueletos de piedra, blancos como el yeso, o verdes como las hojas, o rojos como un cangrejo —colores fríos, inhumanos, excesivos— corren hasta perderse de vista, pero siempre al ras del suelo, sin detener nunca la mirada, de modo que el cielo parece más vasto aún y más poblado de nubes. Entre una colina y otra se ven lechos de torrentes secos incrustados de una materia blanca. De vez en cuando surge una aldea casi en ruinas, pero agrupada en torno de una iglesia inmensa, tan inútil con sus excesivas dimensiones, tan abstracta, que la imaginación halla en ese contraste algo deforme y queda turbada por él.

1 Este relato forma parte del libro *La Gaceta Negra,* que venimos publicando desde el Nº 176.

Viajé todo un día, como por una estrella, por esta región de hierba escasa y luz intensa. No lejos de Zaragoza, a tres o cuatro kilómetros de una aldea llamada Más del Mirador, al pasar junto a una colina redonda algo más alta que las otras, creí oír un lamento. Detuve el automóvil, descendí a la carretera y me interné al pie de la colina por un desfiladero de tierra y guijarros donde, guiado por otros gemidos, encontré a un hombre anciano, grueso, calvo, pálido, de labio inferior saliente; yacía en el suelo y fijaba en mí una mirada aguda en que el alivio de recibir ayuda no podía vencer una aversión más profunda por la presencia de otro ser humano. Le pregunté qué tenía. Me respondió que había llegado hasta allí para morir.

—Comprendo que esté usted perplejo y que me tome por loco —dijo—; no me detendré a explicarle por qué quiero morir de modo tan insólito. Primero, no tendría fuerzas; después, ya lo leerá usted dentro de pocas horas. Soy monje y he hecho voto de clausura en el monasterio de X...; allí he permanecido recluído durante años por motivos personales. Durante mi reclusión sólo una esperanza me ha dado cierto alivio: la ilusión de escapar antes de morir, rechazando un hábito que había tomado sin conformidad interior, equivocadamente, y acabar mis días ignorado como un laico cualquiera. Además, tenía otra esperanza: la esperanza de que, en mis últimos instantes, me descubriera un hombre a quien pudiera entregarle la historia de mi vida, escrita en mis años de reclusión. Confiarla a usted es el placer más grande que haya sentido nunca.

Extenuado por este discurso, el hombre se desplomó, casi exánime. Sin embargo, deslizó una mano en la faltriquera y extrajo un rollo de papeles, mientras su mirada, que demostraba siempre antipatía mezclada a una fugaz satisfacción, seguía, aunque velada, fija en mí. La mano me tendió las hojas y volvió a caer al suelo. Le miré el traje laico, nuevo, pero de corte anticuado; parecía haber estado guardado durante años en un armario. Después mi mirada subió al rostro, cuyo profundo cansancio hacía resaltar una expresión de vanidad satisfecha tan importuna en un religioso, tan opuesta a la serenidad de la muerte, tan odiosa, para decirlo de una vez, que sentí la tentación de desgarrar las cuartillas ante sus ojos ya apagados. Pero me retuvo la piedad que suscita el sufrimiento, piedad tanto mayor si el sufrimiento es abyecto. Sin prestar atención a los papeles, que guardé en el bolsillo, llevé al individuo a mi automóvil y retomé el camino de Zaragoza. Cuando llegué, él había muerto ya.

Éstas son las cuartillas. En vano el autor, al escribir la historia que contienen, ha dado una última prueba de orgullo en la derrota; creo que podrán sernos útiles. Dios pone el pecado mismo al servicio de los buenos.

II

Mi familia es nativa de Zaragoza, donde nací también yo. Mi padre era veinte años mayor que mi madre, que le había sido dada en matrimonio cuando era casi una niña, vestida como una gran muñeca, según la costumbre de entonces. Síndico de la ciudad y diputado en el parlamento, de un liberalismo que oscilaba, según las circunstancias, entre el respeto al orden y el deseo de implantar reformas, mi padre, como muchas personas de buena familia entre nosotros, admiraba a los ingleses al extremo de querer imitar sus costumbres y sus diversiones. En nuestra ciudad, especie de laberinto de calles polvorientas, agitadas por fuertes vientos, en medio de una llanura desértica, no existía afición a la caza, cosa que supone el gusto de la naturaleza y del aire libre. Las gentes vivían recluídas en sus viviendas, recorrían rápidamente las calles, echaban miradas carentes de toda simpatía a esos alrededores en los que no se veía nada amable ni atractivo. Sólo mi padre y algunos de sus amigos salían de caza para conformarse a cierto modelo de aristocracia terrateniente que habían elaborado en la imaginación. En Zaragoza la caza fué en suma una moda elegnte, contraria a todos los hábitos locales, que durante mi niñez sólo arraigó en un reducidísimo círculo. Cuando la edad me lo permitió, acompañé a mi padre. La ciudad está situada en una llanura apenas ondulada, completamente estéril, quemada por el frío en el invierno y por el calor en el verano, con algunas raras matas de hierba que parecen pintadas sobre la roca. En ella corre el Ebro entre márgenes arcillosas, rosadas o azuladas; alrededor de su lecho se amontona la magra vegetación del país, que conserva un tímido color verde claro, como evocando la pálida imagen de la primavera. Aldeas, muy pocas; a veces se encuentran casas derruídas, o abandonadas, o habitadas, pero todas con aspecto ruinoso. A lo lejos se divisan nubes de polvo que a menudo dan la impresión de una batalla.

En esta desolada región abundan, sin embargo, las perdices. Andan en grupos sin temer al hombre, que nunca las molesta. A mi padre y a mí, pues, se nos presentaba buena la partida. Vestidos con trajes de deporte, salíamos a caballo hasta una aldea próxima, donde mi padre, siempre por anglomanía, tenía una caballeriza; después bajábamos de las monturas y seguíamos a pie. La caza me gustaba mucho; aprendía a conocer la región, a pesar de su monotonía, pliegue por pliegue, casa por casa, diría, distinguiendo las vacías de las habitadas. Esa topografía de valles desiertos, de colinas rocosas, de ríos secos, de matas y ruinas se me grabó en la mente con la nitidez

de lo que se aprende durante la infancia y la adolescencia y me fué muy útil más tarde. Si quiero pensar en mi padre, sólo puedo pensar en esos años: el mejor recuerdo que conservo de él son sus ojos claros, su bigote amarillento que le caía un poco sobre la boca y me rozaba cuando me alzaba para besarme. Mi joven madre no se ocupaba demasiado de mí; su único deber, diría, era cuidar de mi elegancia. Procuraba, por ejemplo, mantenerme alejado de la cocina y los criados para que no aprendiese ninguna palabra vulgar.

Al envejecer, mi padre perdió el instinto político que lo había guiado durante toda su carrera y decidió aplicar radicalmente sus ideas. En discursos y artículos decía que España era un país atrasado, apartado de las fuerzas vivas del mundo y más africano que europeo. Era, pues, necesario volver a unirlo con Europa, combatiendo las costumbres indígenas y pintorescas como las corridas de toros, por ejemplo, que calificaba de delitos, de insultos a la civilización. Así muy pronto se hizo impopular hasta en su propio partido, entre gentes que, lógicamente, debían apoyarlo.

Derrotado en las elecciones, perdió todos sus cargos y fué separado del partido con gran alegría de sus amigos. Esto lo repugnó de tal manera que se abandonó al peso de sus sesenta años. Se retiró a su habitación donde pasaba los días enteros, los bigotes cada vez más blancos, sin preocuparse ya de sus caballos y de sus perros, y leyendo como maniático algunos periódicos que le llegaban de Inglaterra, consagrados a la vida mundana y a las cuestiones hípicas. No veía a nadie y quería apartarse de todo el mundo, incluso de mi madre y de mí. Me acerqué entonces a mi madre, a quien complacía el aislamiento de mi padre, porque le dejaba más tiempo para pensar en sí misma. Me acerqué a ella y a su pequeña corte, donde mi orgullo empezó a gustar los primeros placeres. No sólo me decía ella que yo era muy inteligente; agregaba que mi inteligencia era humana y desinteresada, como la que poseen los médicos de almas y los santos. Según ella, yo comprendía la vida, la conocía, intuía lo que la experiencia no me había enseñado aún. Puedo explicar muy brevemente por qué mi madre me puso ante los ojos este retrato de mí mismo.

Vivíamos en una casa de apariencia bastante común, que tenía a la izquierda un jardín cerrado por un muro bajo y que daba a una reducida plaza. Enfrente, ante nuestra puerta, se alzaba la majestuosa fachada de una casa más vasta, pero tan venida a menos que un carpintero había instalado en ella su tienda. A uno de los lados de esta casa corría una oscura callejuela que daba a un barrio muy opulento en otra época, pero invadido ahora por el pueblo, lleno de artesanos, curas, comerciantes,

prostitutas. Por lo demás, la separación entre barrios ricos y pobres es entre nosotros poco rigurosa; preferimos distinguir nuestras casas de una en una, sin reparar en qué barrio se encuentran. Si en el pasado existió una distinción más rigurosa, la casa de mis padres, en todo caso, estaba casi ganada por el mar de las casas pobres, sobre las cuales se inclinaba como un bañista temeroso que se contenta con dejarse lamer los pies por las olas más fuertes.

Con el paso de los años, mi madre, de la gran muñeca que era al casarse, se había transformado en una gran morena, excesivamente pintada, muy imperiosa y muy gran dama (hubiera sido perfecta en su género sin su voz ronca, que le había valido el apodo de pavo real); aun en las épocas en que mi padre triunfaba en política, ella se rodeaba de una corte personal: curas, amigos y después yo. Durante el buen tiempo los recibía en un pabellón cubierto de grandes flores rojas; sólo el frío del invierno la empujaba al salón. Dominada por impetuosas e incesantes pasiones que no le daban reposo, le quitaban el apetito y el sueño, no era mujer de pensar en el prójimo: las preocupaciones de los demás no llegaban nunca a su espíritu tumultuoso. Pero en cambio necesitaba que los demás se ocuparan incesantemente de ella y que fueran, por lo mismo, personas de espíritu elevado, superiores, altruistas. Yo, que en nuestra casa era el que estaba al alcance de su mano, debía ser el más cultivado de todos; tenía que escuchar sus desahogos, aconsejarla del modo que más le agradara, persuadirla de que el caso que me exponía habría de resolverse a su favor. Y esto a causa de la penetración, la agudeza que me atribuía. Al volver de la escuela, me dirigía al jardín si hacía buen tiempo, al salón si hacía malo, y allí mi madre, después de exaltar mi grandeza de alma y mis dotes, me exponía un problema que sólo concernía a ella y a su futuro inmediato. Bajo esas flores rojas supe que yo era infalible para juzgar las pasiones, pero que estaba exento de ellas; sí, estaba inmunizado contra los sentimientos comunes, pero era demasiado humano para condenarlos en los demás. Deducción inevitable: no podía experimentar pasión alguna porque era superior a todo el mundo. Tal es el retrato de mí mismo que contemplé durante años; la vanidad es el vicio que nos hace más crédulos: lo creí parecido.

La educación que me daba mi madre hizo nacer en mí el deseo de distinguirme en los estudios, cosa fácil gracias a la complacencia de los maestros. Cuando volvía a casa luego de mis éxitos escolares, encontraba a mi madre dispuesta a ofrecerme otras satisfacciones de amor propio. De mi porvenir hablábamos poco; sin embargo, dábamos por sentado, al menos ella y yo, que llegaría a ser un gran político y que triunfaría dignamente allí donde mi padre había fracasado por falta de talento. Así

como la pretensión de ver en mí a un médico de almas se nutría en mi madre de la necesidad de tener un oyente fiel, su pretensión de que fuera un precoz hombre político se nutría del desdén hacia mi padre, quien continuaba leyendo sus periódicos, ocioso, inútil, encaneciendo y urdiendo proyectos de reformas. Según mi madre, mi inteligencia era casi el polo opuesto de las limitaciones de mi padre; yo tenía que demostrar su nulidad con mi propio triunfo. Esta idea me agrandó tanto ante mis propios ojos, que "hacer como mi padre" me habría parecido la mayor humillación, una derrota tan extrema que la creía imposible en un hombre de mis condiciones.

En efecto, decía mi madre, ¿cómo podía yo compararme a mi padre? ¿Cuándo había mostrado él esa afición a escudriñar en el alma humana, esa minuciosa sutileza, esa fina inteligencia de que nosotros dábamos prueba? Sobre todo, ¿había sentido alguna vez mi padre ese agudo placer de penetrar en la vida de nuestros amigos? Mi padre era grosero, mezquino; ignoraba todo refinamiento y todo altruísmo; pensaba sólo en sí mismo y no ayudaba a nadie. Estos discursos suscitaron en mí una angustiosa necesidad de éxito que, sin duda, no tenía mi madre; ella sólo hablaba distraídamente, para aliviarse. Poco a poco, las conversaciones con los demás empezaron a aburrirme, a no ser que me adularan. Perdí el amor a la vida, fuí deslizándome hacia un aislamiento total. Por más trabajo que me diera para procurarme la amistad de las personas que veía en casa, en vista de mi futuro político, por más que sonriera continuamente y no contradijera a nadie, mi presencia creaba una atmósfera glacial, y yo lo advertía con rabia. En consecuencia mis relaciones con la sociedad me hacían sufrir, sobre todo porque mi madre no me ayudaba en nada. En efecto, reservaba sus adulaciones para los momentos en que estábamos solos. Ante un tercero olvidaba súbitamente la alta estima en que me tenía: prescindía de mí, se abstenía de preguntar mi opinión sobre el tema de que hablaba; más aún, si yo arriesgaba un comentario sobre algo concerniente al alma humana —cuestiones, según ella, de mi absoluta competencia— hacía caso omiso de él. Si el extraño era además de sexo masculino, creía advertir en mi madre una sombra de escarnio hacia mí, como si no me considerara un hombre sino un sacristán y hubiera querido mostrar que estaba ella de parte de los hombres. Sin embargo, compensaba estas humillaciones con abundantes alabanzas en privado.

Con las mujeres, mi madre era hostil. Las pocas que parecían atraídas por mi aire dulce y mi físico discreto, se sentían en seguida rechazadas por esa atmósfera glacial que emanaba de mí. Una vez creí enamorarme de una compañera de colegio. Confié mis sentimientos a mi madre, alentado por la gran libertad con que hablaba de sí

misma y por la franqueza a base de complicidad que parecía caracterizar nuestras conversaciones: ella me rechazó irritada. Era una gran desilusión, me dijo, encontrarse en manos de un ser a tal punto incapaz de pasión, después de haber confiado en mí, de haberme tomado por un hombre maduro, con intuición de la vida. Pues tal era evidentemente el caso de quienes no sienten repugnancia por los amores color de rosa, como aquel de que le hablaba; los amores verdaderos, intensos, dignos de personas de espíritu elevado, llegaban tarde; ella misma apenas estaba empezando a sentirlos. Pero se calmó bien pronto y volvió a sus habituales adulaciones. El aguijón de la presunción era tal, que me sentía minado por una fatiga precoz, una pereza, una inercia que contrastaba con mis sueños ambiciosos. Deseaba el triunfo político, no porque la política me atrajera, sino para abandonarme, mi vanidad una vez satisfecha, a la inercia total, verdadero objeto de mi ambición. A menudo, dándome rienda suelta, por así decirlo, gustaba de antemano, no mi triunfo futuro, sino el reposo de vencido que habría de seguirlo. Todas mis fantasías concernientes al triunfo estaban en mí como impregnadas del sabor de la derrota; y en parte por esto, en parte por escapar del peso y de los tormentos de mi vanidad, más de una vez me atravesó la idea de llegar más rápido a la quietud encerrándome en un convento.

Ocupaba dos habitaciones situadas en un ángulo del segundo piso; la primera daba al jardincillo de mi madre; la segunda a la plaza. Desde allí veía a menudo a mi madre que recibía a sus visitas entre las flores rojas; yo había aprendido a poner a salvo mi amor propio y me retiraba cuando había gente para presentarme únicamente cuando la encontraba sola. Pero en algunas ocasiones, cada vez más a menudo y por fin todos los días, iba al cuarto que daba a la plaza y me asomaba a la ventana. El carpintero tenía una hija hermosísima, que yo veía sentada en una silla de paja en la acera de enfrente, siempre vestida como de domingo con un traje amarillo huevo adornado con encajes, rosada, luminosa e insensible como una gran mancha de sol. Sé que cuento cosas triviales, pero debo decir la verdad. No pensaba mucho en esa muchacha, que desempeñaba tan sólo la función de ciertas imágenes y de ciertos sonidos que excitan la fantasía y el recuerdo; despertaba mi imaginación y orientaba mi deseo hacia el barrio cuyo centinela parecía ser. No era, como he dicho, un barrio prostibulario, sino un barrio donde había de todo un poco, donde el bueno y el malvado, el honesto y el deshonesto vivían confundidos, sin protestas ni rencillas, esperando tranquilamente que Dios los eligiera. Al atardecer, caía sobre el banco del carpintero la luz rosada o verdosa, tamizada por un chal, que salía de la ventana de su vecina, la prostituta. ¡Si cuando adquirí el hábito de frecuentar ese barrio, hubiera comprendido al menos la gran

lección que daba esta mezcla, si hubiera visto con qué resplandor esa promiscuidad de viles y virtuosos destacaba a los buenos: esposos fieles, sacerdotes celosos! Pero sólo sabía ver lo que me complacía. Sobre todo, en aquellas horas en que la vanidad me pesaba, me sentía atraído por fantasías lascivas; al fin entré en el barrio; volví diariamente. Conocí a algunas de esas prostitutas españolas que son muchachas buenas y domésticas, devotas, serviciales, prontas a cuidarnos y alimentarnos; en quienes el vicio y la virtud, después de haber vivido en la misma calle y en la misma casa, viven en el mismo cuerpo. Frecuenté especialmente a una regordeta, morena, sumisa. En sus palabras atisbé la vida de los sentimientos; pero esta vida continuó siendo inaccesible para mí.

Así viví de los veinte a los veinticinco años. Oficialmente, para mi madre, para los demás y sobre todo para mí mismo, me preparaba a entrar en política; en realidad, sólo pensaba en cultivar mis placeres clandestinos. Éstos me procuraban una sensación de alivio, una impresión de intimidad ciega conmigo mismo, semejante a mis vagos ensueños de vida monástica. Pero la estima oficial seguía siendo la única a la que asignaba valor, incluso en mi propia conciencia; me ofendía como una calumnia que alguien creyera que dejaba sólo un instante de prepararme un porvenir glorioso. "Por lo demás —me decía mi madre cuando estábamos solos—, ya eres *alguien*". Mi más vivo temor era que mi madre descubriera esas correrías secretas, porque habría dejado de ser *alguien* hasta para ella y perdería así la única espectadora de mi gloria futura. Mi madre seguía proclamándome intachable y, además, docto médico de los estados de ánimo ajenos, especialmente de los suyos, que continuaba exponiéndome aunque no estaba ella, por cierto, en la flor de la edad. Iba adquiriendo esa cara perpleja, un poco cómica, de las morenas de rasgos marcados que no son ya jóvenes y se pintan demasiado. Ante sus amigos, que me tomaban por un muchacho serio y estudioso, pero más sacristán que hombre de veras, sentía orgullo. Porque dar a entender a los que nos desprecian que somos tal como nos creen, sabiendo que la verdad es muy otra, es un acto de hostilidad más completo y voluptuoso que un claro desmentido. Es como un aislamiento absoluto, una plena soledad del corazón, una vida de duplicidad perfecta. El embriagador hábito de la hipocresía me daba lo que buscaba más: es decir, me excluía de un mundo en donde únicamente encontraba dolor.

Un sacerdote, que solía visitar a mi madre, me pidió un día que lo acompañara algunos pasos.

. . .

—Ayer lo he visto —me dijo— cuando salía de . . .

Citó un nombre, una dirección.

—¡Por Dios! —exclamé asiéndolo del brazo. Perdí el aliento, se me aflojaron las piernas. Ni siquiera se me ocurría inventar una excusa; sólo pensaba en salvarme.

—¿Y si hubiera sido su madre —prosiguió el sacerdote— quien lo hubiera visto?

—Tiene usted razón —dije con la cara cubierta de un sudor frío y sin poder escucharlo—; pero le suplico que no diga usted nada a nadie.

—No pienso en ello —me respondió—; mi deber es salvarlo, no perderlo. ¿Cree usted que tal cosa sería digna de un sacerdote? Pero ¿cómo puede rebajarse de ese modo un hombre como usted?

Me hizo un largo elogio de la castidad; me explicó que cierta pureza, cierta limpieza en los contactos carnales es el fundamento de la vida cristiana; que las almas nobles experimentan una santa repulsión por los contactos voluptuosos, sórdidos y viles. No sabía que las palabras con que procuraba salvarme hacían brotar una especie de vicioso entusiasmo en mi espíritu habituado a pensamientos de orgullo.

—Además —continuó el incauto—, ¿cómo puede usted faltar de modo tan vulgar a sus promesas, a la confianza que ha puesto en usted su madre? ¡Oh, pobre señora! Reflexione en sus deberes hacia Dios, hacia su familia y hacia usted mismo. Reflexione en su porvenir. Usted, tan luego, que debería reservarse celosamente para una causa que nos sobrepasa a todos.

—¡Oh, basta ya! —exclamé—. Perdóneme usted. Le juro que a partir de hoy seré digno de mí mismo.

Volví a mi casa lleno de confusión y —lo suponía— regenerado. Un ardiente remordimiento, en vez de hacerme sufrir, me exaltaba. Pensaba, en efecto, que había abusado durante años de la confianza, de la estima de la ciudad entera. ¿No había hablado el sacerdote de mi gran porvenir? Tal era el juicio de los demás sobre mis condiciones y yo les retribuía frecuentando personas de mal vivir. Eso decidió mi suerte. Corrí al dormitorio de mi madre, le dije que tenía la intención de presentarme como candidato de las derechas en las elecciones del año siguiente. Creía alegrarla, pensé que se felicitaría y me felicitaría; en cambio, me miró, al principio, perpleja; después, con ironía; eso no lo advertí sino más tarde. Sin embargo, me ofreció dinero, pues siempre se mostraba generosa; y durante los meses siguientes nuestra casa estuvo llena de mis partidarios, que comían a nuestra mesa, adulándome, adulando especialmente a mi madre.

El buen éxito de mi programa político me parecía indiscutible, sobre todo porque la derrota de mi padre lo garantizaba. Mi programa era, en efecto, opuesto al

suyo. Pero yo no quería admitirlo y cuando alguien lo aseguraba, en alguna reunión, yo reaccionaba vivamente.

—Lo que sostengo —decía—, no va contra nadie; es el fruto de mis meditaciones; no imito ni contradigo.

Sostenía que España no formaba parte de Europa; era por sí misma un continente.

—¿No comprendéis —predicaba— que al llegar a nuestro país, apenas pasadas las montañas, en este solemne desierto lleno de piedras y sol, entramos en un universo diferente del mundo frívolo que dejamos a espaldas nuestras?

Debíamos cerrar nuestras fronteras al comercio y a las ideas, vivir de nuestro suelo, resucitar las tradiciones de la nobleza, restaurar las pompas del culto católico en las necrópolis, en las inmensas iglesias atestadas de estatuas de santos de colores, en nuestras ciudades míseras y a la vez fastuosas. Tal era el repertorio y el formulario de mis tentativas oratorias. Repudiar las ideas democráticas, las comodidades, el gusto de lo europeo, dar un nuevo impulso a las corridas de toros, eran otros puntos de mi programa.

Cuando mi padre lo supo, me mandó llamar.

—Tú madre sólo vive para causarme pesares —empezó—, pero no comprendo por qué tú te empeñas en ridiculizar tu nombre y el mío.

—¡Mi madre! —dije—. Pero si soy yo...

—¡Tú! ¡Oh, vamos!... Tú no tienes nada que ver en esto; quisiera decirte...

Nunca había reñido con él. Ésta era la primera vez.

—Te ruego que creas —dije— que respondo de mis acciones y que nadie quiere causarte ningún pesar. Me apena que adjudiques a motivos tan mezquinos las ideas en que he puesto lo mejor de mi cerebro y de mi sangre. Me sorprende que pienses que un hombre como yo pueda dedicar toda su vida a contradecirte. Envidio esa conciencia que tienes de tu propia importancia; yo me estimo en mucho menos...

—Y haces bien.

—Veremos, pronto veremos quién tiene razones para ser humilde. Quizá no te equivoques del todo; mi pensamiento proviene en parte del tuyo, pues debo reparar el mal que has intentado hacer con tan poco éxito.

—Sí, lo veremos —dijo—. Yo, por lo menos, no era ridículo.

—Tampoco lo soy yo, y mis partidarios y aun la gente más alejada de mis ideas...

—Veremos —me interrumpió—. Pero te ruego comuniques a tu madre lo que acabo de decirte. Ella es quien debe saberlo.

Empezó a morfarse tanto que, exasperado, preferí salir de la habitación.

Mis ideas no provenían sólo de un cálculo. Mi espíritu amaba esa visión de aislamiento y de orgullo; el paisaje español, esas llanuras inmensas abrumadas por el sol, enorme infierno nocturno y luminoso a la vez, las catedrales, los sepulcros, ese aire trágico y tenso, ese abandono a lo inútil y extremo, todo eso, arraigado en mi mente, alimentaba mi natural misantropía y se traducía en pensamientos. Pero lo cierto es que si fuí sincero, fuí un mal político y calculé como un calculador, es decir, mal. Fuí batido en pocas horas. El día de las elecciones esperaba las noticias en casa, junto a mi madre. No tardaron en llegar; después vinieron algunos amigos; después, al acercarse la noche, no vino ya nadie. Dado el número exiguo de votos que obtuve, me pareció que la ciudad, más que combatirme, no me había tomado en serio. Sólo entonces comprendí que mi padre había caído, no tanto por sus ideas cuanto por ciertos colores irritantes que les imprimía y, asimismo, por fatuidad. El resultado fué tal que hasta mis compañeros se avergonzaron de haberme apoyado. Al día siguiente abrí los periódicos; mi nombre no figuraba allí sino como motivo de burlas y de mofas; mi figura entraba en el recuento como ciertas comparsas que sólo tienen por función distraer un instante con su baja comicidad a los espectadores de un drama. Comprendí lúcidamente que nunca había sido nada. Mi madre acogió el resultado de las elecciones como algo previsto y normal, y siguió hablándome alegremente; nada nuevo había ocurrido. Antes de que mi fracaso se hiciera público y mientras yo permanecía en mi cuarto, abrumado por la repentina conciencia de la opinión que los demás tenían de mí, mi padre me mandó llamar de nuevo. Apenas entré, me sirvió ceremoniosamente un vaso de cognac, se sirvió otro y bebió a mi salud. Después me despidió. Nunca llegué a saber cómo había sido informado ese hombre solitario del mal resultado de mi empresa.

El siguiente fué un mes de sufrimientos. No veía a nadie, no toleraba ninguna presencia extraña. Vivía como desollado. Los placeres clandestinos ya no me atraían, porque los hacía responsables de mi derrota política y, sobre todo, por otra razón que sólo ahora puedo precisar. Había gozado de ellos mientras creía en mi propia importancia. Los placeres ordinarios de un hombre mediocre, la sensualidad de la carne separada de toda idea de gloria me repugnaba. Ahora estaba demasiado habituado a los altos pensamientos, a los fines elevados para soportar la idea de encontrar placer sin tener ya nada superior. Unirse a una mujer, ese acto común a todos, a

los seres escogidos y a los vulgares, se había hecho imposible para mí desde que no era más que uno del rebaño. No podía resignarme a buscar a la mujer como un hombre insignificante, común; no como un amante ilustre y predestinado. Me repugnaba, cosa extraña, ser amado por mí mismo. A todo esto se oponía sin embargo el sufrimiento del cuerpo privado de sus hábitos, ahora que la fantasía le escatimaba sus consuelos. De estas tendencias contrarias nació y adquirió fuerza en mí la idea del matrimonio. Fijé mi elección en una muchacha de condición algo inferior a la mía que había frecuentado muy poco y con toda mi altiva dignidad, de modo que pudiera, según pensé, casarse, no conmigo, sino con mi grandeza. Cuando le hablé de matrimonio, quedó estupefacta; me pidió que aguardara dos días y me respondió al fin que no. Este nuevo obstáculo convirtió mi frío propósito en frenesí: lloré, me arrojé a los pies de la muchacha, le rogué que salvara mi alma en peligro y aliviara sus pasadas desventuras, sin que me retuviera ningún resto de orgullo, y exagerando en cambio mi derrota y la humillación. Pero cuanto más me exaltaba, más se convencía ella de que no debía unirse a mí y respondía con tranquila agudeza:

—No me quieres de verdad, Antonio. No puedo decirte que sí; ¡expandes tanto frío a tu alrededor!...

Me desesperaba, desvariaba: "Hay un mal entendido, es una injusticia" —gritaba—, como si no lograra no sólo hacerme amar, sino tampoco demostrarle cómo era realmente mi alma. Mi pasión me ennoblecía hasta el punto de que me pareciera vil cualquier otro contacto; mis debilidades pasadas me causaban horror; me causaba horror la idea de verme obligado a descender de las alturas de esa apasionante nitidez que había logrado.

—Quiero casarme contigo para consagrarme por entero a ti, para hundirme en ti, para no ver sino a través de tus ojos, para no ver a nadie sino a ti, mi único afecto.

Estas palabras exaltadas la dejaban indecisa; después sacudía la cabeza en señal de duda, como si advirtiera que algo sonaba falso; sin embargo, no podía saber qué era. Un día, cediendo a mis instancias, terminó por aceptarme. Corrí a casa para comunicárselo a mi padre.

—Dios te ayuda —dijo mi padre irónicamente, sin ninguna sorpresa—, y yo te felicito. ¿Has hablado de ello con tu madre? ¿No? Entonces, ve pronto a buscarla.

Bajé al jardín y repetí la noticia.

—¡Te casas! —exclamó mi madre con los ojos fuera de las órbitas pintadas y como engrasadas—. ¿Y puede saberse con quién?

Se lo dije.

—¡Con ésa! He aquí lo que ocurre cuando tenemos fe en alguien. Tonta de mí, que te creía inteligente...

—¿Por qué? ¿Tienes algo que decir de mi futura mujer?

—Nada, en realidad; la he visto alguna vez en casa de amigos. Te confieso que no he reparado en ella.

—Pues bien, yo sí he reparado. Espero que me sea permitido amar, por una vez siquiera, también a mí. Hace demasiado que escucho los discursos de los otros.

—¡Amar! Si llamas amor a eso...

—No tengo ya quince años y, al fin de cuentas, alguien que se ha presentado a las elecciones, aunque sin gran éxito...

—¡Bah! —dijo mi madre.

—...puede aspirar a tener mujer.

Me miró irónicamente y hasta con cierto desprecio; entonces comprendí súbitamente que mi madre y mi padre no pensaban ya de modo opuesto sobre mí.

—Déjame decírtelo —respondió al fin—; soy una mujer y soy tu madre. No pienses más en el matrimonio: no tendrás suerte.

—Pero ¿no soy acaso un hombre? —grité exasperado.

—Sí, sí —dijo—. Sí, lo eres...

—Lo cierto es que me caso —insistí—; sólo he venido a decírtelo.

Salí repugnado y ofendido; media hora después mi madre me mandó llamar para decirme que hiciera lo que me pareciera oportuno y para ofrecerme dinero. Pero a partir de ese día no fuí ya un médico de almas ni un hombre de sublime inteligencia. Desahogándose con sus amigos, según me informaron, mi madre solía decir:

—Ese muchacho me preocupa mucho. Primero le ha dado por la política, ahora le da por las mujeres. Hasta hoy ha vivido entre la escuela y mis faldas, y cree ser un hombre y conocer la vida.

Nos convertimos en dos extraños. Yo sólo pensaba en mi matrimonio. Se llevó a cabo dos meses después.

El matrimonio debía condensar, según mis cálculos, todas las ambiciones y los placeres del resto de mi vida. Se asociaba para mí a un ideal de absoluto aislamiento amoroso y a la vida campestre. Mi padre, sin cambiar su actitud hacia mí, no quiso mostrarse avaro y me cedió la administración y las rentas de un casa de campo que teníamos en Barracas, cerca de Teruel, ciudad situada al borde de esa meseta desierta que he descrito ya, y a la cual iba a cazar de niño. En Teruel empieza un valle que

desciende rápidamente hacia el mar, como una falla entre montes no demasiado altos pero impracticables, blancos o de color rojo sangre. Al descender, el valle se ensancha aquí y allá, convirtiéndose en una cuenca llana, semejante a un ancho escalón, y en seguida reemprende su veloz descenso. En medio de la primera de estas hondonadas, sobre una tierra rojiza manchada con algunos olivos, espaciados síntomas de un mar no demasiado lejano, surge la aldea de Barracas, semejante a un montón de argamasa. La casa en que vivíamos era la primera hacia el norte; por afuera no se diferenciaba de las casas de los pastores y paisanos, pero al entrar se veía, no sin sorpresa, un hermoso moblaje de caoba rosada, arañas de cobre, grabados que representaban caballos y escenas de caza. Todo lo había llevado mi padre, que solía pasar algún tiempo allí sin que nosotros lo acompañáramos. Después descubrimos que había en la aldea otras casas civilizadas de apariencia miserable, con buenas bibliotecas de obras religiosas y latinas que decidí leer todos los días metódicamente. Desde la ventana, en la cuenca del valle veía humos azules que indicaban los lugares en que los pastores cocinaban su comida, y en torno el círculo de montañas. A la noche mirábamos mi mujer y yo los rebaños de ovejas y cabras negras, nuestros en su mayoría, que al volver del pastoreo se detenían a beber en una fuente. Después entraban en la aldea y después en los establos para pasar la noche. Nos acostábamos muy temprano, envueltos en un rumor y una tibieza animales que nos sumergían en una somnolencia especial.

Cuento cosas inútiles, sólo interesantes para mí. Pero necesito hablar de una época en que no sólo encontré un alivio muy parecido a la felicidad, sino también la salvación. Sin embargo, hablar de Ana me resulta imposible. Cuando trato de evocarla, siento tanta angustia que su imagen se me esfuma. No sé describirla de modo claro y directo y me veo obligado a dejarla en la niebla. Ningún suceso, ni siquiera los más graves entre los que ocurrieron después, me trastorna de tal modo como el recuerdo de lo que ocurrió en Barracas.

Pasábamos allí todo el año. Sin ver a nadie, con los sentidos apaciguados, yo había logrado alcanzar, por primera y última vez, equilibrio, sinceridad. Al cabo de algún tiempo conseguí asimismo elevarme al nivel de una religión sincera, no interesada y equívoca como la de los años pasados. Iba a la iglesia, oía misa, me confesaba, comulgaba en el altar y daba a estos actos toda su significación. La religión aprobaba, sellaba esa gloriosa fidelidad que había consagrado a mi mujer, y que hacía de sus brazos una tumba. El gusto de la castidad, la necesidad de vivir sin contacto físico —gusto y necesidad que habían atormentado tanto mi vida— se mezclaban ahora a la sensualidad cotidiana y se convertían en motivos de auto-complacencia. El ma-

trimonio, en efecto, tal como lo entendía, me proporcionaba el medio de unir en el mismo lecho la castidad y el amor. Había fundado con Ana una sociedad amorosa, sensata y casi glacial para el resto del mundo. Cualquiera fuese el sentimiento que me guiaba, aun admitiendo que hubiera sido el orgullo o el egoísmo, había logrado redimirme de él alcanzando la verdadera virtud. Diariamente hacía confidencias a mi mujer y trataba de descubrirme ante sus ojos. Hablaba sobre todo de mis recuerdos de infancia, que acudían copiosamente a mi mente. En cambio los recuerdos menos lejanos estaban envueltos en esa especie de nube a través de la cual se nos presentan los pensamientos menos agradables, como si nuestra mente, por un instintivo movimiento de defensa, se mantuviera apartada de ellos.

Mi mujer empezó a revelar lo que pensaba de mí precisamente cuando yo evocaba el pasado. Era más bien rubia, esbelta, de largas cejas; hablaba entrecerrando los ojos, muy suavemente, a flor de labio, como estudiando las palabras. Y precisamente porque las decía en voz baja, sus palabras adquirían un tono ardiente, un énfasis contenido. Hacía algún tiempo que notaba en ella cierta inquietud cuando yo iniciaba la conversación por: "Una vez mi padre, mientras íbamos de caza . . ." Buscaba pretextos para no escucharme; si un criado nos interrumpía, no me pedía después que continuara el relato. Aquel día me detuvo y con tono minucioso, casi esforzado, como diciendo palabras pensadas desde hacía mucho:

—¿Por qué no hablas más que de tu infancia, Antonio? —me preguntó.

—No lo sé —respondí turbado e irritado por la interrupción—. Porque quiero enterarte de todo lo que me concierne, hasta de lo más nimio, sobre todo de lo más lejano, de lo que ocurrió cuando mi vida estaba en germen, para que tengas la impresión de que nos hemos conocido siempre.

Sacudió la cabeza con mucha seriedad.

—Ésa no es la razón verdadera. Tu vida terminó cuando advertiste que los demás no te estimaban según tus cálculos. ¡Pobre Antonio, qué decepción has tenido! Oyéndote hablar exclusivamente de tu niñez, comprende uno que a partir de entonces tu vida no ha sido más que dolor.

Lo dijo con calma, pero yo sentí un terror repentino. Desde hacía mucho tiempo, sin que yo lo advirtiera, precisamente mientras hablaba de mí y de mi pasado para darle una prueba de amor, mi mujer me juzgaba. Y me juzgaba del modo más malévolo e injusto, explicando mi vida por lo que había en ella de más vil y reduciendo todos mis esfuerzos a su móvil más mezquino. Ése era el papel del demonio y yo, comprobando que Ana lo había asumido, la contemplaba asombrado. Permanecí un

instante en silencio, aguardando que se calmara poco a poco la turbación de mi mente. Después dije tan sólo:

—Si piensas así, me voy —y salí al aire libre.

Pero al adquirir conciencia de lo sucedido, descubrí la gravedad de mi caso y comprendí que no podía hacer nada. La unión casta y amorosa que pensé haber afianzado en meses de felicidad y paciencia, no había existido nunca. Cada palabra, cada acción mía tendiente a ese fin único, se había vuelto contra él. La respuesta de Ana acababa de destruir en un instante mi orgullo y mi contento, sustituyéndolos por la sombría certeza de mi desventura.

Empecé a observar a mi mujer. Vi que no estaba contenta y los recuerdos exhumados en mi mente me dijeron que nunca lo había estado desde el día de nuestro matrimonio. Sabía que se había unido a mí casi por obligación, sin amor alguno. Después, obsesionado por mi redención, había dado por cierto que se había animado a la llama de mi propio entusiasmo; y precisamente porque la quería de modo total y exclusivo, no me había preocupado nunca de observarla bien.

¿Es que alguna vez —reflexionaba ahora— ocurrió algo que señalara el paso de la frialdad primera al amor que me jactaba de haber despertado? Por más que escudriñara en el pasado, la respuesta seguía siendo la misma: "Nunca". Nunca había podido sorprender una palabra, un gesto que denotara un cambio en ese corazón indiferente y frío. Nunca había respondido a mi amor; sus palabras, que conservaba impresas en mi recuerdo, denunciaban una rebelión latente, una perversidad casi física. Consciente ya de los sentimientos de Ana, confiando aún en el futuro, traté de conquistarla con halagos. Sólo logré ensimismarla. Le pregunté qué tenía. Empezó a quejarse por esa región desolada, por mi frialdad con todo el mundo, por los amigos perdidos. Sus quejas, lo sentía claramente, eran los pretextos de alguien que no se ha formulado todavía la razón esencial. Pero aunque hubieran sido las causas verdaderas de su sufrimiento, habrían bastado para privar de todo incentivo a mi amor por ella. Un amor que no se contenta consigo mismo, que no sabe aislarse del mundo, me causa horror. Dos días después, cuando me lo dijo todo con su voz lenta y velada, tuve la certeza de que mi mujer había callado las razones esenciales de su descontento, no por piedad, sino porque hasta ese momento no había logrado precisárselas.

Acabábamos de comer. Yo estaba sentado en un rincón del cuarto y leía. No hubo ningún motivo inmediato para lo que ocurrió entre nosotros. Oí que Ana me preguntaba tranquilamente:

—Antonio, ¿por qué te has casado conmigo?

—¡Ana! —exclamé con indignación—. Me he casado contigo porque te amaba por encima de todo, para consagrarte mi vida. Y puedo jurarte que nunca he faltado a mis deberes de amor y fidelidad, que nunca faltaré a ellos...

—Lo sé —murmuró mi mujer, como hablando para sí. Después, a flor de labio, agregó—: Es lo que pensaba. ¡Si por lo menos me traicionaras!

Esta última frase me dió un golpe tan fuerte que, al principio, creí desvanecerme. Pero la sangre que parecía haberse retirado de mis venas reafluyó a ellas con doble ímpetu, en una especie de tumulto cuyo asalto sentía por primera vez. Grité, rompí algunos objetos, hice saltar un vidrio en pedazos y, pasado mi acceso de ira, me encontré en medio del cuarto con una mano ensangrentada. Volví a ver a Ana que me miraba en silencio, los ojos semicerrados, el rostro inclinado hacia adelante.

—Y bien —dijo—, no me había engañado. Sabía que eras así. El fondo de tu naturaleza es la violencia. Debería tenerte miedo.

—No —respondí, no soy así; pero cuando un hombre se siente herido, acabado...

—Y sin embargo, tenía que hablar. No debe ocultarse nada entre marido y mujer. No te quiero, Antonio. Nuestra unión es falsa. ¿Por qué me he casado contigo? Sólo por una especie de violencia, casi obligada por tu amor. Ya lo ves, te lo digo francamente. También yo te he hecho la misma pregunta y tú no me has respondido. Responderé en tu lugar. Te has casado conmigo para aislarte del resto de la humanidad y celebrar tu hostilidad hacia la vida en forma de virtud. No, no, Antonio, te lo ruego, no vuelvas a decirme que me amas. Lo sé, pero es eso precisamente lo que me repugna: tu amor lleva la marca de lo que hay de malo en ti, está hecho de odio y de rencor. Cuando me tocas, me estremezco. Cuando me das pruebas de tu amor, de tu fidelidad, siento que de ella brota un frío que me hace pensar en la muerte. El amor que nace de ti expande tristeza y frío. Y debes saber, además, que en tu fidelidad misma hay algo de infiel. Si me fueras infiel, no sentiría mi futuro tan precario, tan incierto. En estas condiciones, no me parece posible que mi vida siga ligada a la tuya. Ya no puedo más; preferiría morir a envejecer junto a ti. No quiero pasar la vida cuidando a un enfermo de una enfermedad que desprecio. Ya te he dicho toda la verdad; espero tu decisión.

Aterrado por estas palabras, me eché a sus pies y empecé a suplicarle que me salvara. Con la ilusión de los amantes la busqué carnalmente y pensé que nuestra unión física había borrado para siempre toda razón de discordia. Pero ella se desprendió llorando. En los días que siguieron, espantado al verla siempre sombría y lejana, no le dí sosiego con mis asiduidades. Su requisitoria había logrado el fin pro-

puesto, pero al mismo tiempo había despertado en mí el instinto y el coraje de defenderme, porque sentía que era injusta. Era el sentimiento de injusticia que se revela cada vez que un examen riguroso nos muestra un móvil bajo en la raíz de nuestros actos más nobles y se obstina en volvernos a él. Al poseer a mi esposa, defendía una virtud no fingida, una fidelidad verdadera. Si no lograba retener a Ana, mi vida futura, abandonada a su propio peso, sólo sería ficción, rencor, un desesperado sentimiento de culpa. Y precisamente porque sentía con angustia, con lágrimas, que lo que había logrado obtener en esa suprema tentativa de salvarme no tenía nada de indigno ni de bajo, pedí ayuda a un sacerdote.

Era un sacerdote cualquiera, el párroco de la aldea. Me prometió ayudarme y fué a visitar a mi mujer. Volvió al día siguiente. Ana no me habló nunca de esas entrevistas, pero salía de ellas triste y con los ojos abatidos. Nunca comprendería mis razones. Me desesperaba ver que había asumido el papel del demonio, como obedeciendo al propósito impío de arrastrarme a mi pérdida.

Con su voz tranquila (lo sabía por el sacerdote que venía a veces a contarme sus coloquios) no hacía más que señalar un impulso vicioso en todas mis acciones y anular todos mis esfuerzos. En mi dedicación, en mi anhelo de recluírme con ella para toda la vida, no veía más que una equívoca especie de amor de la que quería librarse. Llegaba a decir que tenía miedo de mí. Si hubiera sabido disminuir la fuerza de mi afecto quizás habría podido conservarla; mas para debilitar ese apego absoluto con el que había logrado rescatar mi egoísmo y mi orgullo, habría tenido que cambiarme a mí mismo. Me parecía imposible que mis halagos, mis abrazos, los sollozos con que le pedía que me amara no disiparan entre nosotros ese mal entendido, no le mostrarán que yo era digno de amor. En cambio, aumentaron su alejamiento y su temor, aunque los soportó resignadamente.

Un día de verano tuve que marcharme a Zaragoza. Le pedí que me acompañara; prefirió quedarse. Entonces traté de hablar con ella.

—Lo que has dicho de mi carácter es cierto —le dije—. Admito incluso que te quiero por las razones que has censurado duramente. Ya ves qué confianza tengo en ti, cómo te abro mi alma. Todos somos tal como Dios nos ha hecho. Pero nuestra voluntad, si es buena, y la gracia de Dios deben extraer una virtud de todo lo que hay en nosotros. Yo he logrado hacer de mi alma solitaria, sombría y avara, la base de un amor absoluto, de una fidelidad eterna. ¿Puedes decir que la cosa no cambia? Compréndeme, Ana, te lo ruego: me he salvado. No me arrojes de nuevo a la bajeza, no me empujes de nuevo a mis vicios. Estaría perdido sólo por tu culpa.

Después de hablar, la miré temblando. Ella sonrió con una sonrisa penetrante, con los ojos fijos ante sí; luego me dijo:

—No tengas miedo, Antonio, no me escaparé.

Y por primera vez desde hacía mucho tiempo me acarició la frente. Partí más sereno. Cuando volví no la encontré en el salón. Me precipité en el dormitorio. También estaba vacío y mostraba huellas de una partida súbita. Caí al suelo como fulminado y no volví en mí hasta la noche. Durante tres días viví como aturdido; el sufrimiento físico de mi cuerpo, que rechazaba el sueño y el alimento, era más fuerte que el dolor moral. Supe al fin que mi mujer se había refugiado en Valencia, en casa de unos parientes. Al cabo de una semana, supe que había muerto de peritonitis. Consciente de su fin me había escrito unas líneas que me fueron remitidas: *Querido Antonio* —decía—: *no podía vivir en tu casa. Nos habríamos separado si tú lo hubieras permitido. Estoy contenta de morir: es el único medio de marcharme sin tener conciencia del sufrimiento ajeno.* Estas palabras, y su misma muerte, en vez de excitar mi piedad hicieron más intensa la impresión del horrible papel que Ana había desempeñado junto a mí. Dios la había puesto a mi lado como una guardiana que me arrojaba hacía atrás cada vez que yo trataba de evadirme de mi perversa naturaleza. Acabada su misión, asegurada mi pérdida, había desaparecido, como si ya nada tuviera que hacer en el mundo, mediante una muerte que parecía destinada sólo a inmovilizar para siempre el resultado de su obra.

Dejé Barracas y volví a Zaragoza. En los primeros tiempos viví como un enfermo y no pensé en el futuro. La repugnancia por una desventura que consideraba inmerecida, el remordimiento de haber sido con Ana un político torpe, desastroso, me poseían por entero; pero al mismo tiempo estaba hundido en un dolor físico que no me dejaba sufrir moralmente. Las causas de mi condena habían sido un amor absoluto y una fidelidad meritoria. Me había visto acusado, juzgado y castigado por una deformación congenital de mi alma que había logrado corregir a costa de esfuerzos. Era peor —me decía— que una condena inmotivada, pues equivalía a hundirme para siempre en los vicios de mi naturaleza. En efecto, apenas se calmó mi dolor comprendí que ya no buscaría la salvación y acepté el juicio de Ana como justo. Había vencido el diablo, haciendo nacer en mí una tranquilidad proveniente de la clara conciencia de lo que yo era. Las palabras de Ana y mi sufrimiento me habían privado para siempre de toda ilusión futura. Admitía que había querido a Ana únicamente por separarme de un mundo que detestaba. Experimentaba sólo un sentimiento vivo: el odio a la vida. Buscaba otro medio de recluirme, más seguro y más estable que el

matrimonio y sobre todo independiente de la voluntad de los demás. Así renació en mí la idea lúgubre, vislumbrada ya durante mi juventud, de hacerme monje. La muerte de mi mujer había suscitado muchos comentarios. La noticia de que yo tomaría los hábitos hizo aún más ruido. Algunos diarios hablaron de ello. Cumplí en el tiempo debido mi noviciado y pronuncié los últimos votos.

A partir de entonces mi vida cayó verticalmente y se redujo a una sucesión de hechos. Yo me aceptaba tal como era; no tenía ya duda ninguna. De joven, cuando pensaba en el convento, imaginaba una vida de clausura llena de un amor hacia Dios semejante al que después sentí por Ana. Pero ahora, fijado para siempre mi carácter e inmovilizada mi voluntad, no tuve ya impulsos íntimos y me absorbió por completo la búsqueda de medios con qué satisfacer mis pasiones opuestas. Lo que tengo que contar no es más, repito, que una sucesión de hechos.

Mi padre había muerto ese mismo año. Al pronunciar mi voto de pobreza sabía que ocultaba parte de mi fortuna; pero no sentía remordimientos, porque esto dependía también de mi decisión de no resistirme a mí mismo. Me había transformado en un autómata. Después de ingresar al convento, situado en la ribera derecha del Ebro, a unos tres kilómetros de Zaragoza, ante esa llanura cubierta de áridas protuberancias, más allá de las aguas viscosas que adquieren un color verde opaco, reflejando la magra vegetación, tuve algunos días de paz. Había logrado al fin un aislamiento que no dependía de los demás; había sofocado al fin el impulso hacia la muerte.

Pero la compañía conmigo mismo empezó a crearme una obsesión que no me detuve a definir. Sin escrutar ya mi fuero interior, me lancé a buscar remedios para librarme y calmarme, como si el mío hubiera sido un malestar físico. Sólo había apaciguado una de mis necesidades: vivir encerrado; pero había descuidado otra que no era menos esencial: la necesidad de satisfacer la molicie de mis sentidos y mi fantasía. Mi alma, reducida a su naturaleza más desnuda, empezó a buscar un ardid que le procurara alivio. La religión había desaparecido no sólo de mis pensamientos sino también de mis recuerdos. En los momentos de oración sólo pensaba en lo que he referir.

Por esa época una ráfaga democrática había entrado hasta en los conventos, hasta en el mío, aristocrático por tradición y por la condición social de casi todos los monjes. El padre superior, más que ninguno, había sufrido esta influencia. Suprimió, pues, las pompas del culto y guiaba a la comunidad hacia una vida muy simple, buena para la salud de los reclusos y para el presupuesto de la institución. "Ser monje —decía—, no significa macerarse en las privaciones ni llevar una vida de

dolor y lágrimas; debíamos ser monjes modernos." Los libros no le interesaban demasiado; sin embargo, leía, además del breviario, folletos de divulgación sobre medicina e higiene. Le preocupaba mucho que estuviéramos sanos, que tomáramos aire y sol y no entorpeciéramos nuestra digestión con estudios despreciables ni con una vida sedentaria. Era bajo, rechoncho, moreno, vivaz, charlatán, con ojos pequeños e inquietos; me tenía simpatía. Me observó durante un mes y al fin, viéndome abatido y macilento:

—¡Ejercicio! ¡Ejercicio! —me dijo—. A su edad hay que caminar todos los días.

—Padre —contesté—, soy un monje. ¿Qué ejercicio quiere usted que haga?

—¡Ah! —exclamó exasperándose—. ¡Las absurdas ideas de siempre, los prejuicios milenarios! Estamos en el siglo xx, muchacho; hasta un monje debe pertenecer, como monje, a su época.

—Trato de hacer ejercicio —objeté— en las horas de recreo.

Nuestro padre superior, en efecto, nos obligaba a jugar todos los días como niños.

—No basta. ¿Quiere usted la prueba? Mírese la cara. Necesita usted ejercicio, distracción sana y moderada. ¡Un monje no es un enfermo! Como hace poco que está usted aquí, no he podido quitarle de la cabeza todas esas supersticiones. Actividad, amigo mío, ejercicio...

Esta conversación se repitió varias veces. Me dejé persuadir y salí a pasear todos los días, al principio acompañado, después solo. Caminaba tan ligero que los viejos monjes preferían dejarme andar solo. El buen padre superior, para distraerme, me asoció además a su segunda manía: convertir en dinero los objetos inútiles que legados y donaciones habían acumulado en el convento. Esta manía tenía fines dignos y caritativos. El dinero obtenido lo gastaba en limosnas. Tenía por la limosna una obsesión que también se mezclaba a sus veleidades mercantiles. Años antes, un anticuario le había comprado por unas pocas pesetas un cofrecillo que había vendido después por una suma muy alta. Al saberlo, el padre superior nunca había podido consolarse. Chiflado por el comercio, por las limosnas, y al mismo tiempo ignorante del oficio de anticuario, durante muchos años había vivido en una especie de ansiedad, como quien no sabe si es rico o pobre; su fantasía atribuía esa ansiedad a la multitud de pobres a quienes quería socorrer y la multiplicaba con la sospecha de que todo lo que había en el monasterio era buscado por gentes no dispuestas a pagarlo según su precio real. Solía preguntar ansiosamente a los visitantes el valor de cada mueble, de cada cuadro, de cada objeto, sin perjuicio de que después, oída la cifra y encontrándola baja, los declarara gentes sin conciencia, que urdían negocios a costa de sus

proyectos, contra los cuales veía al mundo ligado en una especie de conjuración. Incluso a mí, cuando me preguntaba: "Dígame usted, que acaba de salir del mundo, ¿cuánto cree que valga esto?", me miraba fijamente con ojos en los que yo vislumbraba un principio de antipatía. Pero yo respondía con cifras tan altas que en pocos días logré embriagar a mi superior como si le hubiera dado una droga. Se apoderó de él un delirio convulso; habríase dicho que me veía cambiar en oro y caridad todo lo que tocaba; el padre superior vaciaba cofres y armarios, hurgaba en los rincones, en el granero, en los desvanes para que yo examinara todo. Cuando me llamaba a su escritorio, encontraba su mesa cubierta de floreros de altar, de tazas desparejas, de platos, de botellones. Me los mostraba.

—¿Cuánto vale esto para usted?

Yo decía una suma enorme.

—Lo sé —contestaba él poniéndose rojo—, sé que lo valen, pero, ¡pruebe usted a venderlos! ¡Con estos comerciantes sin caridad!

Viendo que sus dos manías, la de comerciar y la de que los demás hicieran ejercicio, se desarrollaban a tal punto, resolví sacar partido de ambas. Un día dejé caer estas palabras:

—No debería atreverme a decírselo... Sin embargo, si usted me lo permite, hablaría con mi madre... Ella ha coleccionado en otra época algunos objetos antiguos de valor y tiene amigos más apasionados aún por este género de adquisiciones. Podríamos ver si, basándonos en la valuación que hemos hecho...

—¡Pero no tenga reparos! —respondió el buen padre—. Estoy a la disposición de esas nobles damas. Sé que nunca tratarán de robar el pan de los pobres.

Tomé entonces un vaso de altar groseramente pintado con flores azules y rojas y dije:

—Probaré con esto.

Al día siguiente salí del convento.

He dicho ya que al hacerme monje me las había compuesto para eludir todas las obligaciones de mi nueva condición. Conservaba en mi casa de Zaragoza un cuarto; tenía en él un portafolios con algún dinero y una maleta con ropa interior y dos trajes. Fuí a casa y me presenté a saludar a mi madre. Vieja ya, había renunciado a los afeites; las ojeras, cada vez más hondas, resaltaban como aceitadas sobre el rostro moreno que se volvía hacia mí con una expresión de burla leve y acaso involuntaria. Me preguntó cómo me iba en el convento.

Respondí que me encontraba bien, que por fin había descubierto mi verdadera vocación.

—Ésta —agregué— es la vida que me hacía falta. Sólo ahora comprendo qué locura cometí al buscar la felicidad en cosas tan absurdas como una carrera, una mujer...

—¡Bien puedes decirlo! —contestó—. Yo te lo advertí: ésas son cosas que debes dejar para los demás.

Esta respuesta me despechó. Tenía la impresión de que se había trabado entre mi madre y yo —y sólo entre nosotros dos— una lucha en la que yo quería demostrar a toda costa que había vencido en la vida, no refugiándome en el convento para disimular mi derrota, sino encontrando en la vida religiosa la coronación triunfal de mis aspiraciones. Con el tono de su respuesta mi madre me batía en retirada, volviéndome a la verdad.

Abandonando la lucha, me contenté con pedirle una maleta para llevar al monasterio algunos libros latinos. Después subí a mi dormitorio, dejé el vaso de altar sobre una mesa, llené la maleta con mis trajes, mi ropa interior y una manta; tomé un gran cuchillo con vaina de paño y el portafolios con mi dinero. Con esta pesada carga salí de la ciudad, atravesé el Ebro y empecé a costearlo en dirección al monasterio, pero desde la ribera opuesta. Di al fin con un angosto valle sin árboles, sin piedras siquiera, de suelo árido y arcilloso, que se insinuaba entre esas protuberancias de la llanura de que he hablado ya. Detrás de una de ellas, disimulada de todas partes, encontré una casa ruinosa.

Durante mis paseos aparentemente casuales, había buscado lo que necesitaba. La gran llanura ondulada que había recorrido tantas veces cuando cazaba en compañía de mi padre estaba grabada en mi mente con cada detalle de su topografía. Así había vuelto a encontrar todas las casas en ruinas cuya existencia recordaba. En general no son más que un montón de piedras, y aunque ninguna tenga más de cincuenta años, todas dan a la llanura el solemne aspecto de una región cubierta de ruinas antiguas. La casa que había elegido tenía la ventaja de estar cerca del convento y de conservarse en buen estado (sólo faltaba el techo y entre los muros todavía en pie se veía el cielo); estaba bien oculta y tenía, además, lo que en esa región se llama una bodega, es decir un agujero cavado en el suelo, de un metro cuadrado más o menos, donde los paisanos guardan su vino al reparo del intenso frío o calor reinantes. Casi siempre estaba cubierto, como una escotilla, por un postigo de madera; en la casa que había elegido, subsistía aún; sólo faltaba el picaporte; al principio no pude levantar el postigo, tan

bien encajaba en su marco; después lo conseguí gracias al cuchillo que había llevado con ese fin, tapicé las paredes con la manta, metí en la bodega los trajes, la maleta, el portafolios con el dinero, del que sólo había tomado un billete de cien pesetas, cerré el postigo y volví al convento.

El hermano portero estaba en el umbral. A pesar de que caía la noche, me distinguió desde lejos; no había llegado aún cuando me gritó: "¡Rápido! El padre superior le aguarda". Y el padre superior, apenas me vió, me interrogó con la mirada. Contesté modestamente, fríamente:

—Cien pesetas. Lo ha adquirido mi madre y quiere ver otros.

Ése fué el único triunfo de amor propio en mi vida. Durante toda la noche el padre superior tembló de gozo y su rostro se iluminaba si yo posaba en él mis ojos. Los demás monjes habían sabido secretamente mi triunfo; yo los veía ir y venir como sonriéndose a sí mismos. En la sonrisa de todos bebí un aplauso silencioso.

Dos días después, cuando estábamos a punto de bajar al refectorio, el padre superior me llamó, me preguntó por mi salud, se refirió largamente a sus pobres. Sonaba ya la campana para el refectorio cuando, después de divagar un rato sobre asuntos sin importancia:

—A propósito —me dijo—, usted ha hecho mucho ya; no quisiera importunarlo; pero, bien lo sabe, los pobres no tienen dinero en el banco. Si por casualidad su madre o alguno de esos señores se interesara de verdad en nuestros cachivaches... No deben suponer que los reservamos para clientes ocultos. ¡Qué pensarían de nuestra educación! Quizás haría usted bien, guardando las formas, en advertirles que tenemos muchas otras cosas.

Esperaba este discurso. Respondí que haría una tentativa al día siguiente.

—Sí —dijo el padre superior mientras bajábamos la escalera—, pero no quisiera sacrificar su salud; usted necesita ejercicio; le hará falta algún tiempo para mostrar los objetos a esos señores y concertar la venta. ¡Bueno estaría que su trabajo, enteramente voluntario y caritativo, lo privara de esas caminatas que son su salvación!

Le aseguré que saldría durante todo el tiempo que exigieran los negocios y la higiene.

—Y tal vez —continuó el padre—, el día en que esas personas comprendan bien de qué se trata, podríamos invitarlas a venir aquí, siempre que estuvieran dispuestas a ello y sin compromiso de ninguna especie.

—No creo que convenga —respondí—. Ofreciendo los objetos uno por uno, podemos obtener el precio justo. Sin contar que podemos venderlos cada vez que lo

juzguemos oportuno. Si vienen aquí, serán ellos los que escojan, nos dejarán los desechos, comprarán en masa lo mejor y ya no se dejarán ver.

—¡Dios mío! —dijo el padre—. ¿Sabe usted que habría sido un buen comerciante? Pero entendámonos: esas señoras deben pagar el precio justo, ni una peseta de más. No debe engañarse ni a los pobres ni a los ricos.

Al día siguiente salí del convento con una gran frutera. Atravesé el Ebro, bordeé la elevación, entré en mi casa, abrí la bodega, utilizando el acostumbrado cuchillo que guardaba cómodamente en los amplios bolsillos del hábito, me puse mis ropas laicas, costeé de nuevo el río, lo atravesé a las puertas de la ciudad y me dirigí en seguida al barrio de mis placeres juveniles. Nadie habría reconocido en mí a un fraile; estaba ya demasiado calvo para que se distinguiera la tonsura de mi cabeza.

Ese primer día, un poco aturdido, me limité a alquilar en una calle estrecha y retirada una habitación decente. Posé sobre la cómoda, primer adorno, la frutera. Volví después sobre mis pasos, oculté de nuevo en su escondrijo los vestidos laicos y recobré el hábito monástico. Calculé que para ir del monasterio a Zaragoza, teniendo en cuenta el largo rodeo y el tiempo de cambiar de ropa, me hacían falta cuarenta minutos; una hora y media entre ida y vuelta. En adelante podría, pues, detenerme casi dos horas en la ciudad sin llamar la atención. Cada uno de mis viajes proporcionaría demasiado dinero al padre superior para que nadie pensara en aguardarme reloj en mano. Y, en efecto, el padre superior no tardó en invitarme a ponerme en marcha con una pintura sobre vidrio; esta vez fuí directamente al grano. Diré de antemano que, al cabo de tres semanas, el comercio de antigüedados fué considerado en el monasterio como mi deber particular, un deber no diferente del deber del padre tesorero, por ejemplo. Vivía, como sucede en algunos sueños, en medio de sonrisas halagüeñas; pero eran sonrisas exigentes.

En mi tercer viaje cumplí mi propósito y llevé al cuarto de la callejuela a la primera de las mujeres que durante ese año cuidaron de mi vida. No encontré al principio ningún placer, porque la muerte de Ana, la angustia que la había precedido y seguido, la época de mi noviciado, los primeros meses de vida en el monasterio, el endurecimiento, la aridez de mi alma, me hacían verlo todo con los colores más sombríos. En ese barrio que conocía desde mi juventud, las calles tenían siempre un aspecto de fiesta y de agitación; las mujeres estaban contentas y pintarrajeadas, las risas, las voces, los gritos y los ruidos del trabajo eran incesantes. Mas para mí, que venía de una campiña fúnebre, seca, barrida por los vientos, en donde nadie se atrevía a aventurarse, las caras pintadas, lejos de tener

un aspecto alegre, daban la impresión de seres muertos embalsamados, y el barrio, con su orgasmo intensivo, me parecía abstracto y lejano como una estrella. En la intimidad de las mujeres, sin embargo, cambié poco a poco, porque todas eran buenas, naturales y muy conscientes de la humildad femenina. La sociedad con nuestras prostitutas es, acaso, la más instructiva que pueda darse en el mundo. No habían cambiado desde mi juventud y conservaban un tenaz instinto familiar. Y como eran cristianas y se mezclaban a las mujeres honestas del pueblo, que las aceptaban a título de amigas y de conocidas, me enseñaban cómo se puede encontrar una regla en una vida azarosa y perdida, pronta a los contactos y a los contagios del cuerpo, dedicada a la piedad, al sacrificio por la salud ajena, para llegar así a un fin que yo estaba lejos de alcanzar. Pero ya era demasiado tarde para mí; ésa no sería nunca mi regla: había buscado otra muy opuesta, sin ningún éxito. Hallaba en Zaragoza el complemento de vida fácil que mi reclusión necesitaba y que mi alma árida no podía ya darle. Mas por desgracia faltaba un elemento a mi satisfacción. No lograba hacer creer a mi madre que había vencido y que estaba contento. Repetí las tentativas, pero ella las rechazó siempre; seguía mirándome con sus ojos hundidos en las órbitas; tenían un fondo de burla.

Aumentaba el temor de que descubrieran mis prácticas viciosas, mientras aumentaba, ante los hermanos del convento, mi religiosa intransigencia. Una intransigencia, una especie de fanatismo nebuloso, que se me hacía cada vez más natural; no provenía de la fe, sino de una creciente inclinación a la violencia. Por mi actitud, introduje entre los hermanos un principio de división; obligaba a cada uno a precisar su parecer respecto a la penitencia. Un día, en el refectorio, un hermano de bastante edad me dijo:

—¡Ah! ¡Qué desgracia sería si los sacerdotes tuvieran la facultad de saber, antes de dar la absolución, si el pecador se ha arrepentido! ¡Qué desgracia, sobre todo, si pudieran exigir la garantía de que el penitente renuncia a todos sus malos hábitos! Terminarían por alejar a las almas del confesonario...

Reaccioné con una violencia excesiva, que correspondía a mi sentimiento.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Es que debemos, al administrar el sacramento de la penitencia, ignorar elementos tan esenciales como el arrepentimiento y el propósito de no reincidir en el pecado?

—No —respondió el hermano—; desde luego que no. Pero a menudo nos atenemos a la palabra. Es necesario guardarse de hacer el mal, aunque las intenciones sean buenas. En ciertos casos...

—¡Cómo en ciertos casos! Un sacramento es un sacramento, y el sacerdote es su custodia. Más vale una iglesia con pocos fieles que otra atestada de creyentes dudosos. ¿Y hemos de ser nosotros, sacerdotes, quienes prediquemos semejante compromiso?

Yo era, pues, partidario de la aplicación rigurosa de cada principio y condenaba toda falta a las reglas. Esta manía de lo absoluto no era fingida; provenía, antes bien, de lo más hondo de mí mismo. Tampoco estaba en contradicción con mis flaquezas; más bien me parecía un resultado de mi tendencia al mal. Por eso imaginaba a veces que era descubierto en flagrante delito de pecado; me parecía entonces que era un hombre reducido a la defensa última de su vida; como en una llamarada de sangre gritaba interiormente: "¡Te mataré, te mataré!", mientras tanteaba en mi bolsillo el cuchillo con que abría la bodega y que llevaba siempre conmigo. Con la repetición de este reflejo físico y, además, por efecto de una maduración interior, adquirí inconscientemente y de improviso el hábito de los pensamientos sanguinarios. A veces me veía a mí mismo partiendo a matar a la gente que me había ofendido cuando estaba en el mundo, y toda mi alma se diluía en un vaho de sangre. Muy a menudo me sorprendía gritando de improviso: "¡Te mataré!', como si, ignorándolo yo, la fantasía me hubiera representado la escena en que me veía descubierto; comprendía entonces que, en efecto, estaba viviendo, desde hacía algunos instantes, la escena. Gritaba, alzaba los brazos, hacía el gesto de herir. Me quedaba un tumulto en el corazón y una impresión de suciedad en las manos.

Después de cambiar cinco o seis veces de mujer encontré una que me gustó más que las demás: se llamaba María, o más bien Mary, según la costumbre de Bilbao, su ciudad natal. La cara, demasiado ancha, no era hermosa, pero era una muchacha grande y sana, de pecho amplio y generoso, con los pezones chatos y como prontos a amamantar. Me dijo que era viuda desde hacía sólo un año; llevaba anillo de compromiso y hablaba sin cesar de su vida conyugal. La llevé a mi habitación, le permití que viviera en ella. Me preguntó de dónde venía. Respondí que vivía en Belchite, un villorrio no muy lejano, con mi mujer y mis dos hijos; por eso era necesario ocultar cuidadosamente mis relaciones con ella.

Cuando le dije que estaba casado y tenía hijos, la pobrecilla no quiso instalarse; apenas consintió en verse alguna vez conmigo, pues tenía una concepción reverencial de la familia. Le dije que mi mujer estaba enferma y hasta un poco loca.

—Si me dejas —agregué—, deberé buscar a otra, quizá menos discreta, más exigente que tú...

—En esto tienes razón —respondió—. Si tu mujer está enferma y tú necesitas una mujer, será mejor que sea yo y no otra. Me instalaré aquí por tu bien y hasta por el bien de esa pobre desdichada... Pero cuando quieras verme ¿tendrás que hacer cada vez el camino desde Belchite?

—Desgraciadamente, sí —dije—. Por eso no me detendré nunca demasiado tiempo. Te daré dinero y tú cuidarás de esta habitación de modo que de cuando en cuando pueda venir a encontrar en ella un poco de tranquilidad. Porque te aseguro que la vida no me ha tratado muy bien.

—¡Pobre! Tienes que contármelo todo. Pero ¿no llevas tu anillo?

—¿Crees que faltaré al respeto a mi mujer al extremo de presentarme con mi alianza? No, no podría. Tampoco podría ahora contarte mi pasado. Quizá más tarde... cuando te conozca mejor...

Pero muy pronto empecé a conversar para aliviarme. Mi experiencia matrimonial surgía vivamente y volvió el tumulto a mi corazón. Conté a Mary, en efecto, el relato de los dolores y las angustias que había padecido. Le conté toda la historia de mi amor, cambiando sólo lo necesario para ocultarle quién era y que mi mujer había muerto. Mary me dió tardíos y amargos consuelos que yo rumiaba entre visita y visita. La pobre mujer, siguiendo su propio instinto, trató de ser para mí más una mujer que una amante durante las horas que pasaba a su lado cada tres o cuatro días. Había adornado el cuarto con una jaula llena de loros, una muñeca con un enorme vestido, sentada en medio de la cama, una pantalla para la lámpara hecha con un pañuelo de seda a franjas, con perlas, con todo lo que le había parecido apropiado para consolar a un marido infeliz. Le había dicho yo que me gustaban mucho las antigüedades y los objetos de arte, pero que mi mujer, con su neurastenia, no podía soportarlos. Le rogué, pues, que considerara con indulgencia esa pasión, quizá ridícula pero muy inocente. Ella creía todo lo que le decía y admiraba mis trastos. Pensaba que encontraría en ellos un medio secundario de unirme a ella; los admiraba durante el día entero y los hacía brillar amorosamente.

—Mira —me decía cuando iba a verla—, mira qué hermosas son tus antigüedades.

Había hecho con ellas una especie de exposición sobre un mueble, frente a la cama, y yo debía forzarme para contemplarlas con deleite.

Las sumas que llevaba al padre superior por cada una de sus baratijas eran tan

excesivas que hasta él mismo lo advirtió; se sentía dichoso por sus pobres, pero sus palabras, en mi oído, sonaban un poco a burla. Me trataba con mucha consideración, casi diría con respeto, como si de los dos él hubiera sido el inferior. Pero sus maneras me hacían pensar que estimaba muy poco a mi madre, a sus amigos y a mí mismo. La prosperidad de los negocios lo volvía cada vez más vivaz, alegre y conversador. Se había puesto a hurgar en todos los rincones del viejo monasterio y también en su memoria para recordar los distintos objetos que había visto desde que era padre superior. Cuando recordaba alguno, atormentaba a toda la cofradía para que se lo llevaran en seguida. Si no lo encontraban, aseguraba que la casualidad, la ignorancia, la incuria habían dilapidado un tesoro que no era suyo sino de sus protegidos. En su escritorio, transformado en una especie de depósito, clasificaba los objetos: por un lado, los que en su opinión eran útiles, y se venderían tarde o temprano; por otro, los inservibles, que me entregaba para que los vendiera. Los llamaba "cosillas curiosas".

—Los conocedores no se interesan por lo que es normal. Además —digámoslo entre nosotros, pero tan bajo que nadie pueda oírnos—, como toda la gente de inteligencia viva y de gran cultura, son un poco chiflados... Si en una habitación hay un objeto en el que nosotros no repararíamos, sobre ese objeto se arrojan ellos. Pero, desde el momento que ponemos sus extravagancias al servicio del bien, nada debemos reprocharnos...

Empecé a temer que la manía caritativa de mi padre superior no resultara demasiado onerosa para mi bolsillo y a buscar una excusa que me permitiera seguir cultivando el vicio, pero librándome de la esclavitud de una pasión desencadenada por mí y a punto ya de tranformarse en locura. Un día fuí a ver a Mary bastante malhumorado, precisamente por las contrariedades que me causaba el padre superior. Ese día me había obligado a salir con un portafolios cubierto de groseros bordados. Me detuve poco tiempo junto a mi amiga.

—¿Por qué te vas tan pronto? —me preguntó.

—Uno de mis hijos está enfermo —contesté—. Quizá Dios me castigue por haberte traído aquí.

—¿Por qué —me respondió llorando— habría de castigarte Dios si buscas fuera de tu hogar un poco de consuelo y de afecto? ¿Es que no tienes todo el derecho de buscarlo? ¿Es que alguna vez te he dado otra cosa? No, no puedo creer eso. Si estás triste, no es por eso. Dime la verdad.

Me exasperé y le respondí violentamente que le prohibía la menor indiscreción sobre mi vida fuera de esa pieza. Luego salí para volver al convento. Ya había llegado

el otoño y, a lo largo de las márgenes del Ebro, el verde de los árboles se había transformado en un amarillo claro y resplandeciente que encendía el paisaje del fondo confundiéndose con él y comunicaba al espíritu una especie de exaltación cuya causa no comprendía. El agua, de color amarillo turbio, hacía pensar en una nieve precoz que hubiera caído sobre los montes para derretirse al sol. Después de atravesar el puente encontré a un paisano sobre su asno que seguía mi camino. Temiendo que se dirigiera precisamente donde yo iba, entablé conversación. Señalé el horizonte, donde se distinguía, gracias a la pureza del aire, en dirección a Huesca, los primeros ramales de los Pirineos.

—Ya hay nieve en las montañas —dije—. Pronto hará frío.

—No hay duda —respondió—. El invierno se acerca.

—Las casas del campo deben de ser más frías que las demás. ¿Vive usted lejos?

Me respondió que sí, que vivía a siete kilómetros de allí. Tranquilizado lo acompañé un trecho, más allá del sitio en que debía torcer. Después volví sobre mis pasos y al fin me deslicé en la guarida ruinosa donde guardaba mis ropas. Apenas había terminado de endosarme el hábito monástico, oí una gran carcajada. Me volví. Era Mary.

—¡Te he cogido al fin! —exclamó—. Hace una hora que te seguía. ¡Un monje! ¡Un monje!

¿Por qué Dios no me concedió un instante la capacidad de reflexionar y descubrir la verdad? La risa de Mary era afectuosa. Acostumbrada a las extravagancias morales y físicas de los hombres, quizá no veía en mí nada perverso ni extraordinario. Sin duda no me habría traicionado; más bien habría aligerado, compartiéndolo conmigo, el peso de mi simulación. Por fin habría logrado vivir en compañía de otro ser humano dejándome ver tal como era. A veces se me ocurre que la verdadera oportunidad de salvarme se me ofreció, no en la política, ni en el amor conyugal, sino en el instante en que Mary descubrió que yo era un monje. Pero no pude comprenderlo. Sentí un odio agudísimo por la muchacha que tenía ante mí, un odio físico y absoluto. La costumbre, que me había penetrado en la mente y en los nervios, de reaccionar con el homicidio durante la escena que se llevaba a cabo y que había imaginado muchas veces, me inspiró el gesto habitual. Una especie de sacudimiento me llenó el corazón y la garganta, me cortó el aliento; a la luz siguió una bruma en que toda conciencia se extinguió. Mi mano entró en el bolsillo, encontró el cuchillo, empezó a sacarlo de la vaina de paño. Pero, aunque estaba sumido en las tinieblas,

una parte de mí registró lo que se produjo. La desdichada se acercaba y decía, siempre riendo:

—¡Bonita historia la de tu mujer y de tus hijos . . . ! ¡Cómo te has burlado de mí! Yo la esperaba con la mano en el bolsillo.

—¡Atrás, Mary! —le grité casi en la cara—. ¡Atrás, Mary, atrás!

Sólo por ese grito comprendió, palideció, calló; pero ya estaba al alcance de mi mano. Asesté el golpe y cayó muerta.

Toda mi perturbación física cesó en cuanto ví a Mary por tierra. Me encontré lúcido y espantado, sobre todo, por la fulmínea conciencia de que mi acción no ponía término a nada; por el contrario, era el principio de una infinita angustia, de una serie de actos bajos que serían los actos de un hombre vil y vencido, cosa que me disgustaba por encima de todo. Aparté la idea, y en ese preciso instante las campanas del convento, atraídas hasta allí por una ráfaga, me rodearon de golpe, causándome tanto terror que estuvo a punto de caer desvanecido. Pero conseguí dominarme y hacer las consideraciones prácticas y claras que exigía mi situación. No sólo debía ocultar las ropas laicas, la valija y la manta, sino también los objetos del convento reunidos en mi cuarto de Zaragoza. Identificado el cadáver, hallado el alojamiento de Mary, la policía entraría sin duda en sospechas por esos trastos, la mayoría de los cuales eran de origen eclesiástico, y daría en seguida conmigo. Quedaba poco tiempo, pero tenía que arriesgarme. En el pecho de Mary encontré la llave de la pieza, tomé de la bodega las ropas laicas y la manta, metí la manta entre las que había en la cama; vaciada a medias la valija, rompí en pedazos los objetos que quería esconder y los introduje en la valija. Fuí luego a mi casa y, presentándome ante mi madre, le dije que había venido a cambiar los libros latinos. La ropa interior y el traje laico volvieron a mi cuarto; subí furtivamente al granero y arrojé en un arcón los restos de objetos que había llevado. Como temía a mi madre y su irónica atención, y como, poco antes, había temblado ante ella, no me atreví a dejar allí la valija, cosa que me habría obligado a volver al día siguiente. Temía menos recorrer nuevamente el horrendo camino hacia la casa en ruinas, y, para colocar la valija en su lugar habitual, ver nuevamente el cuerpo de Mary. Volví al convento, ya era de noche, corrí en busca del padre superior, le dije que, sospechando que su portafolios de damasco bordado era de gran valor, antes de venderlo había consultado a un erudito amigo mío, el cual, hallándolo hermosísimo, me había presentado a varios coleccionistas. Uno de ellos me había pedido que le permitiera retenerlo vein-

ticuatro horas para examinarlo. El padre me miraba sorprendido, perplejo ante mis maneras febriles; repetía:

—Pero sí, hijo mío, ¿quién le dice a usted nada? ¿Le mido acaso los minutos? Es natural que ese señor quiera tomarse su tiempo. Vaya usted mañana a buscar la respuesta.

Cumplía todos estos actos como alguien que se ha lanzado a correr en una pendiente y no se detiene para no rodar por tierra; así pasé la noche en un terror físico que me impedía pensar, gritando y golpeándome la cara, porque sabía que si aflojaba no encontraría ya fuerzas para afrontar la última prueba, la peor. Al día siguiente, venciendo mi repugnancia, volví a la casa en ruinas, ví de nuevo a Mary, tomé la maleta y, maldiciendo la angustia que me había privado de mis ropas laicas, subí la escalera de nuestra habitación y recogí lo que quedaba para llevarlo a casa de mi madre. Ésta me preguntó si había leído ya otra serie de libros latinos; le respondí que sí con una violencia inconsciente que la hizo mirarme sorprendida. Arrojé los desechos al granero, puse la valija en un rincón y, de vuelta ya al monasterio, di al padre superior ciento cincuenta pesetas en pago de su trozo de tela. Me echó los brazos al cuello, pero yo, apoyándome en él, me sentí destrozado súbitamente y me desvanecí.

Al volver en mí, me encontré en cama: el rostro humano que vi inclinado sobre la cama, y que era el de un monje, me produjo una indecible repugnancia, como si hubiera vertido en mi sangre una sustancia corrosiva. Cerré de nuevo los ojos, rogando que me dejaran solo. En mi mente, ahora más lúcida, brotó el recuerdo del paisano con quién había hablado media hora antes del crimen y que podría encontrar si salía de nuevo del convento. Pensé que el infatigable padre superior me mandaría sin duda a la ciudad para que vendiera alguna otra baratija; y en la ciudad había más de una mujer que recordaba al amante de Mary. Pero aun si lograba sustraerme a eso que mis hermanos religiosos consideraban uno de los deberes de mi estado, permanecer en un monasterio, donde a menudo entraban extraños, era una prueba intolerable. De nuevo me sentí presa de la angustia; mi espíritu ingenioso empezó a buscar un medio de evasión. De pronto recordé que un monje que forma parte de una orden puede pasar, si lo desea, a otra más rigurosa, de absoluta clausura, a un monasterio en donde nunca entren extraños y del que nunca se salga. El miedo y mi nuevo plan me pusieron en pie, me devolvieron las fuerzas. Esa misma noche me lancé contra uno de los monjes, el mismo con quien había discutido a propósito del sacramento de la penitencia porque se había mostrado inclinado a la concilia-

ción. Inicié entonces una disputa más áspera y empecé a predicar una religión que llegara a los extremos del ascetismo. El celo de que daba muestras me inflamaba, pues daba libre curso a mi antigua misantropía. El crimen me había descubierto a mis propios ojos, señalándome el verdadero sentido de mi vida: había descubierto que era ante todo un asesino. Cuando lo hube reconocido, mi imaginación adquirió un tinte de sangre, turbio, espeso.

Después de familiarizar a mis compañeros con el acto que deseaba realizar, me dirigí al padre superior; le dije que la vida que había llevado hasta entonces no se avenía con mi concepto rígido y casi primitivo del claustro. Le pedía permiso para pasar a otra orden que exigiera una penitencia absoluta. A tal punto había conseguido fatigar a esos buenos monjes, incluso al padre superior, a tal pnnto había introducido confusión y estruendo en la comunidad, que no se opuso a mi proyecto. Lo cumplí en el menor tiempo posible, aguijoneado por el terror de un descubrimiento que me habría arrojado para siempre al mundo de los condenados y de los parias. Debo decir que el cuerpo de Mary fué hallado quince días después. Los diarios se refirieron al hombre que la visitaba; el paisano acudió a declarar que había hablado con un forastero nunca visto cerca del lugar del asesinato. Mary había divulgado mis confidencias; los policías orientaron su búsqueda hacia Belchite, donde turbaron la paz por lo menos de dos familias compuestas por padre, madre y dos hijos. A nadie se le ocurrió sospechar de los monjes. Me recluí, como dije, en una orden de clausura y al mismo tiempo caí en un estado de distracción esencial y suprema. De los otros monjes, mis compañeros, y de ese segundo monasterio, sólo tengo una noción confusa. Mi espíritu se ha oscurecido: nada nítido hay en él fuera de un sentimiento de dolor. Los pocos instintos y deseos que de cuando en cuando me remueven, los abandono en aras de una vejez precoz, y espero que pronto estaré paralizado del todo.

Ya no me importa haber vivido mal. Durante cada minuto, sea yo bueno o malo, corre por lo bajo el mismo tiempo, rápido, real, destructor. Esta idea me reconforta. Sólo me queda una ambición: darme cuenta del momento en que esté a punto de morir para evadirme de nuevo, no importa a dónde, sin hábitos eclesiásticos, y encontrar a alguien que recoja y lea estas páginas.

(Traducción de Enrique Pezzoni)

GUIDO PIOVENE

LA ESCUELA DE LOS POBRES

ACTO TERCERO [1]

La misma decoración, pero todo el moblaje ha desaparecido. Las paredes están desnudas. Algunas sillas modestas y de diverso origen.

Al levantarse el telón, GONZALO *y* VALENTINA *están en escena.* GONZALO *sentado, con aire triste.* VALENTINA *tiene una escoba con la que intenta barrer.*

VALENTINA. — Gonzalo... ¿Qué prefieres? ¿Leche o café?

GONZALO. — ¿Qué?

VALENTINA. — Sí. ¿Qué te gusta más? ¿Leche o café?

GONZALO. — Depende... ¿Para qué?

VALENTINA. — Para tu desayuno.

GONZALO. — ¿Para mi desayuno? ¡Prefiero café con leche!

VALENTINA. — Sí, pero café con leche no es posible. Comprar las dos cosas es demasiado caro. Hay que elegir. Café o leche.

GONZALO *(gimiendo dolorosamente).* — Ah...

VALENTINA. — Uno u otra. Por eso tienes que decirme qué prefieres...

GONZALO. — Prefiero no desayunarme.

VALENTINA. — ¡Gonzalo, habla en serio!

GONZALO. — ¡Estoy harto! ¡Harto!

VALENTINA. — Pero esto apenas empieza, mi pobre Gonzalo.

GONZALO. — ¿No comprendes que no puedo más? *(Gimoteando):* Ah...

VALENTINA. — ¿Qué tienes ahora?

GONZALO. — Esta silla me rompe la cintura.

VALENTINA. — ¡Estira las piernas!

GONZALO. — Me siento mal, no digiero el almuerzo, estoy dolorido, tengo frío...

1 Véase SUR, Nos. 180 y 181.

VALENTINA. — No caviles siempre en lo mismo. Haz como yo. Trabaja.

GONZALO. — ¡Dios mío!

VALENTINA. — Sí, ya lo sé, no es divertido... ¡Pero hay mucho que hacer!

GONZALO. — No hay nada que hacer.

VALENTINA. — ¡Pues sí! Mira, ve a lustrar los zapatos.

GONZALO. — No.

VALENTINA. — Gonzalo...

GONZALO. — ¡No, no he de lustrar los zapatos!

VALENTINA. — Gonzalo, te lo ruego, no me hagas la vida imposible. Haz un esfuerzo. Recuerda... Sí, bien lo sabes: todo lo que te dijo Palmiro...

GONZALO. — ¡Ah, en cuanto a ése! ¡Nos dejó plantados!

VALENTINA. — Sí, pero estaba muy contento de ti. Lo hacías muy bien. En las lecciones eras siempre el mejor.

GONZALO. — Sí, pero ya no sé más...

VALENTINA. — Haz la prueba.

GONZALO. — No puedo. Este drama me ha aniquilado. Ya no me acuerdo de nada. Tengo el cerebro vacío... Pero tú, que estabas ahí, que asistías a las lecciones, hubieras podido retener lo que decía...

VALENTINA. — Yo te miraba... Pensaba que tú comprendías...

GONZALO. — Sí... ¡En ese momento!

VALENTINA. — En todo caso, recuerdo muy bien que te recomendó que fueras cariñoso conmigo.

GONZALO. — ¡Cariñoso! Y bien, soy cariñoso.

VALENTINA. — No, Gonzalo, debes serlo más.

GONZALO. — ¡Valentina!... En nuestra situación... ¡No estoy para esos bailes!

VALENTINA. — ¡Gonzalo, no quiero decir lo que piensas!

GONZALO. — Entonces ¡déjame en paz!... Además, no se trataba solamente de cariño.

VALENTINA. — Sí, por supuesto... pero ¿de qué?

GONZALO. — Pues bien... Pues bien...

VALENTINA. — Espera... Sí, ya sé... Era necesaria cierta distinción, cierta elegancia en las maneras... Sí, es muy justo... Ponte derecho... Yérguete, no te desparrames en la silla... Y mírame... Mira cómo barro... con... ceremonia, ya ves... *(Barre haciendo visajes. Pasa delante de* GONZALO.) ¡Dis-

culpa!... ¿Verdad que no parezco una criada?... No es desagradable... No es un feo espectáculo...

GONZALO. — Tal vez, pero barres mal, y tendrás que empezar de nuevo... Además, es inútil: ¡estoy asqueado, me duele la cintura y tengo frío!

VALENTINA *(descorazonada, va a sentarse junto a él).* — Yo también. Tengo los pies hinchados, estoy despeinada, ¡y me dan ganas de llorar!

GONZALO. — La pobreza, mi pobre Valentina, la pobreza... ¿Creías tú que era esto?

VALENTINA. — No, creía que era menos triste, más vivo...

GONZALO. — ¡Oh, bien sabía que da preocupaciones, desvelos, que no facilita la existencia! En fin, que perturba... ¡Pero esto!... Esto... ¡No, no! ¡Es inadmisible! ¡Es monstruoso!... ¡Si esto es la pobreza, es un escándalo!... ¡Sí, sí, un escándalo! Y nadie hace nada para socorrerla. ¡Se burlan de ella! Existe una cosa semejante, y la encuentran natural. La vida continúa, nadie se inquieta... Pero ¿en qué piensan?, ¿en qué? ¡Semejante vergüenza!... Debe hacerse algo. ¡Hay que ocuparse de ello! *(Toca el timbre.)*

VALENTINA. — ¿Qué haces?

GONZALO. — Llamo.

VALENTINA. — Pero, ¿a quién, Gonzalo?

GONZALO. — ¿Eh?... Ah, es verdad... Ya no hay nadie, ya no hay nada... ¡Quita el timbre, pues!

VALENTINA. — Muy bien... ¡Pero ve a lustrar los zapatos!

GONZALO. — ¡Los zapatos!

VALENTINA. — Anda, querido.

GONZALO. — Piensas en los zapatos, y ni siquiera sabemos cómo haremos para vivir.

VALENTINA. — Viviremos, sencillamente...

GONZALO. — Pero ¿con qué?

VALENTINA. — Debe quedarnos algo...

GONZALO. — ¡Oh!... Quizá cinco mil francos por mes...

VALENTINA. — Y bien, debe ser posible arreglarse...

GONZALO. — Cuando tenía dinero, lo creía... pero ahora...

VALENTINA. — Sin embargo, organizándose bien...

GONZALO. — No, no busques... No hay medio... ¡Es la miseria! ¿Qué hacer, Dios mío? ¡No lo sé, no lo sé!

Entra SUSANA *que viene de la calle.*

VALENTINA. — ¡Estás aquí! ¡Por fin! Empezaba a inquietarme.

GONZALO. — Traes mala cara, querida.

SUSANA. — No tiene importancia.

VALENTINA. — ¿Has visto a tía Clementina?

SUSANA. — Sí, ha venido conmigo. Está aquí.

Entra CLEMENTINA, *gruesa dama aturdida.*

GONZALO *(a* CLEMENTINA). — ¡Oh, tía, qué buena sorpresa!

CLEMENTINA. — Pasaba por aquí con Susana; ella quiso que subiera a saludaros. ¿Cómo andáis? Yo tengo jaqueca. ¡Estos médicos son unos animales! Dicen que como demasiadas cosas ricas. Bueno ¿y qué? ¿Será necesario que coma inmundicias? ¡Qué imbéciles! Entonces, Gonzalo, ¿qué? ¿Tienes disgustos? Ya pasarán. Si eso me ocurriera a mí, sería terriblemente desgraciada, pero tú tienes tan buen carácter... Todo lo tomas sonriendo. En cuanto a ti, Valentina, has vivido siempre en éxtasis ante tu marido, así que ahora no podrás quejarte. Además, ya estás libre de modistas. No es poca suerte. Son unas ladronas. Cada día más caras. Es un horror. Ya verás: acabarán por arruinarme si mi chauffeur no me mata antes: ¡es de una imprudencia loca! Bueno, hijos míos, hasta pronto; no me olvidéis, pensad en mí; ven, querida, que te bese... *(Sale.)*

GONZALO *(a* VALENTINA). — No podrás quejarte: como tía, es una tía.

VALENTINA. — Sin embargo, me quiere mucho...

SUSANA. — Naturalmente, mamá, te quiere mucho. Ah, estoy harta. Toda esta gente me asquea. No quiero verlos más. No quiero pedir limosna a nadie. Quiero trabajar. ¡Haré cualquier cosa, pero quiero hacer algo!

GONZALO. — Soy yo, Susana, quien debe trabajar.

SUSANA. — Papá, tú solo has sabido tener dinero sin trabajar. ¡No vas a empezar hoy!

VALENTINA. — A Dios gracias, querida, estás de novia. Hoy, ése es todo mi consuelo.

SUSANA. — Si viene Roberto, que me espere. Tengo que hablarle... Salgo.

VALENTINA. — ¿A dónde vas?

SUSANA. — A buscar trabajo. *(Sale.)*

GONZALO. — ¡Pobrecita! Felizmente que la tenemos. Porque estamos solos, completamente solos... ¡Ah, Valentina, esta soledad, este desierto!

VALENTINA. — Sí. Ve a tomar un poco de aire.

GONZALO. — No. Voy a lustrar los zapatos.

VALENTINA. — ¡Nunca haces lo que te digo!

GONZALO. — ¿Dónde está el cepillo?

VALENTINA. — En el saloncito. ¡Y no hagas como ayer! ¡No uses el cepillo de la ropa!

GONZALO. — No, no... *(Tocándose la cintura.)* Mi cintura... *(Sale.)*

VALENTINA *(sola)*. — Cuando teníamos dinero, me daba bastante trabajo, pero ahora... Ah, pobre Valentina. ¡Y me duelen los pies!

Entra PALMIRO *sin que* VALENTINA *lo vea.*

PALMIRO. — ¡Cucú!

VALENTINA. — Ah...

PALMIRO. — Encontré la puerta abierta, entré.

VALENTINA. — ¡Señor Palmiro, es usted!

PALMIRO. — Soy yo. Vengo a verlos una vez más. Es una regla que me impongo. Después de la ruina, hago siempre por delicadeza una última visita a mis discípulos.

VALENTINA. — Muy amable en haber venido.

PALMIRO. — ¿No es verdad? Entonces, ¿todo va bien?

VALENTINA. — ¡Oh, no!

PALMIRO. — ¿Cómo no?

VALENTINA. — No. Está muy golpeado, muy abatido.

PALMIRO. — ¿Quién?

VALENTINA. — Gonzalo... Mi marido.

PALMIRO. — ¡Vamos!

VALENTINA. — Ah... Está descorazonado, desesperado, se queja continuamente.

PALMIRO. — ¡Qué me dice usted!

VALENTINA. — ¡Somos terriblemente desgraciados!

PALMIRO. — ¿Habla usted en broma?

VALENTINA. — ¡En broma! ¡Si lo viera usted! ¡Inspira piedad!

PALMIRO. — No es posible. ¿Dónde está?

VALEQNTINA. — Ahí...

PALMIRO. — ¿Qué hace?

VALENTINA. — ¡Nada, seguramente! Suspira...

PALMIRO. — Llámelo usted.

VALENTINA. — Ah, estará muy contento de verlo. *(Abre la puerta y llama:)* ¡Gonzalo, ven pronto! *(Entra* GONZALO.)

GONZALO. — ¡Señor Palmiro! ¡Al fin!

PALMIRO. — Y bien, y bien, ¿qué sucede? ¿Qué significa esto? La señora de López Martel me dice que las cosas no andan bien.

GONZALO. — ¡Oh, no!

PALMIRO. — ¡Vamos, vamos!

GONZALO. — ¡Ah, me siento muy mal!

PALMIRO. — ¡Vamos! No habla usted en serio.

GONZALO. — ¡Sí, me siento muy mal!

PALMIRO. — Pero en fin, ¿qué tiene usted?

GONZALO. — ¡Estoy arruinado!

PALMIRO. — Bueno. ¿Y qué más?

GONZALO. — ¿Y qué más...? ¡Que ya no me queda nada!

PALMIRO. — Naturalmente. Pero ¿ha seguido usted mis consejos?

VALENTINA. — ¡Oh, sí! Lo hemos intentado todo.

PALMIRO. — Bueno. ¿Y entonces?

VALENTINA. — Pues bien: sufre.

PALMIRO. — ¡Qué idea!

GONZALO. — ¡Sufro!

PALMIRO. — Pero ¿de qué?

GONZALO. — De todo, de todo... En la pobreza, todo molesta.

VALENTINA. — Haga usted algo, señor Palmiro. No lo abandone. ¡Ayúdelo!

PALMIRO. — Sí, sí... Estoy aquí para eso... Pequeña crisis de melancolía... No es muy grave... *(A* GONZALO.) Veamos, ¿de qué se queja usted? ¿Qué le hace falta?

GONZALO. — Dinero...

PALMIRO. — Ah, eso no. ¡Tonterías, no! Hablemos seriamente. Es usted pobre. Y un pobre con dinero, eso no se ha visto nunca... No. Busque otra cosa.

GONZALO. — Sin embargo, debo tener razón...

PALMIRO. — ¡Disculpe usted!

VALENTINA. — Además, a él le gustaba tanto la gente, y ahora está tan solo... ¡Si usted supiera, señor Palmiro! ¡Estamos a tal punto abandonados!

PALMIRO. — Bueno, eso sí. La soledad del arruinado. Evidentemente. Ahora tocamos el asunto real. Es una cuestión que conozco a fondo.

VALENTINA. — ¡Ah, tanto mejor!

PALMIRO. — Y bien, sí. Están ustedes solos. Naturalmente. Han dejado ustedes el mundo de los ricos. Los puentes están cortados. Ese mundo no les conoce ya. Están ustedes lejos, muy lejos de los ricos, y los ricos no vendrán más...

GONZALO. — ¿Cree usted?

PALMIRO. — A usted le consta. No, se acabó. ¡Ya no los verán más! Olvídenlos. Ahora deben entrar en un mundo nuevo, el de ustedes, el de los pobres. Ustedes ignoran ese mundo. ¿Dónde está? ¿Cómo encontrarlo? ¿Cómo penetrar en él? No lo saben ustedes. Pero para eso estoy yo. Yo los conduciré. Vengan conmigo.

VALENTINA. — ¿A dónde?

PALMIRO. — ¡Hablo por imágenes, señora! Vengan ustedes, entren, conozcan a sus semejantes, ocupen su sitio junto a ellos. Es mi última lección después de la ruina. ¿Lección? No, mejor aún. ¡Es la misión que me he impuesto! Misión muy elevada, muy hermosa... Noble en su inspiración... ¡Y hasta qué punto saludable en sus efectos! He logrado verdaderos salvatajes...

VALENTINA. — ¡Oyes, Gonzalo!

PALMIRO. — Ustedes flotan a la deriva... Yo los tomo de un brazo, los arrastro y abordan conmigo el mundo de los pobres; llegan a él desnudos, sin bagajes... ¡No se alarmen ustedes, es lo habitual! ¡Serán bien recibidos!

VALENTINA. — ¡Oyes, Gonzalo!

PALMIRO. — Les haré conocer sin demora algunos habitantes de esa tierra nueva... Sí, algunos de mis antiguos discípulos. Personas enteramente pobres, perfectamente pobres y, por añadidura, distinguidas, corteses, dignas y meritorias... ¡En fin, gente bien, verdaderamente bien!

GONZALO. — ¿Quiénes?

PALMIRO. — Quedarán ustedes satisfechos. Por otra parte, ¡ya verán!

VALENTINA. — Pero ¿cuándo?

PALMIRO. — En seguida. Estarán aquí inmediatamente.

VALENTINA. — ¡Por Dios!

PALMIRO. — Tranquilícese. Serán puntuales.

VALENTINA. — Pero no es posible... Cómo quiere usted... Yo no puedo... La casa está en un estado....

PALMIRO. — ¡Vamos, señora, abandone esas preocupaciones que no son propias de su situación. ¡Simplicidad, simplicidad!

GONZALO. — ¡Naturalmente!

VALENTINA. — Pero ¿cómo recibirlos? ¡No tenemos nada!

PALMIRO. — Tienen ustedes corazón.

GONZALO. — ¡Muy justo! *(Se oye un timbre.)*

PALMIRO. — ¡Aquí están! *(Sale.)*

VALENTINA. — Gonzalo... ¡Tu corbata!

GONZALO. — Han venido en seguida... Qué amabilidad... Bésame, Valentina, me siento mejor.

VALENTINA. — Ya lo ves: a pesar de todo están contentos de visitar a gente como nosotros.

PALMIRO *entra de nuevo seguido de la* SRTA. DE GAMELÍN, *de* MINUSCO *y de* VETIVER.

PALMIRO *(a los visitantes).* — ¡Entren, entren, están ustedes en su casa! (*A* GONZALO *y* VALENTINA.) Mis discípulos, de quienes les he hablado ya... Mis buenos discípulos... bien arruinados... *(Presentando.)* La señorita de Gamelín... *(Saludos.)* El señor Minusco... *(Saludos.)* El señor de Vetiver... ¡Siéntense ustedes, por favor! *(Revuelo de sillas. Cambio de cortesías al sentarse. Todos se sientan.* PALMIRO *queda frente a ellos.)* Queridos amigos, van ustedes a conversar alegremente, libremente... Entre ustedes, de ahora en adelante, no más vanidades mundadas, no más personajes que simular, no más papeles que representar. ¡Todo eso se acabó! ¡No les queda a ustedes nada, no tienen ustedes importancia, son pobres pobres, y eso es todo!

SRTA. DE GAMELÍN *(embelesada, a su vecino).* — ¡Es encantador!

PALMIRO. — Entonces ¿verdad? inútil darse tono, pretender asombrar... ¿Qué les queda?... La inteligencia, el encanto, y esas cualidades del corazón que la pobreza hace florecer naturalmente en los hombres... ¡Gocen de ellas! Me complacen esos goces que todavía pueden ustedes permitirse! Yo me voy. Voy a visitar a mis ricos. ¡Ésos están desesperados! Buenas tardes. ¡Diviértanse bien! *(Sale. Silencio molesto. Visajes, sonrisas. Por último):*

VALENTINA. — ¡Es muy amable que hayan pensado en nosotros!

SRTA. DE GAMELÍN. — ¡Es muy natural!

GONZALO. — Estamos encantados...

SRTA. DE GAMELÍN. — ¡Yo estoy fascinada!

VALENTINA. — Los recibimos muy sencillamente...

GONZALO. — Disculparán ustedes...

SRTA. DE GAMELÍN. — De nada, de nada...

MINUSCO *(amablemente)*. — ¡No somos personas difíciles!

VALENTINA. — Sí... Estábamos tan solos...

VETIVER. — Como nosotros. ¡Veríamos a cualquiera!

MINUSCO. — Y díganos usted, señor, su...

GONZALO. — ¿Qué?

SRTA. DE GAMELÍN. — Sí, su...

VALENTINA. — ¿Nuestra desgracia?

SRTA. DE GAMELÍN. — ¡Eso es!

MINUSCO. — Sí. ¿Cómo sucedió?

VETIVER. — En efecto, ha pasado completamente inadvertida. ¡Como todas las ruinas, por lo demás!

GONZALO. — Y bien...

MINUSCO. — ¡Ah, sí!

GONZALO. — Ocurrió qué...

MINUSCO. — ¿Habían hecho ustedes economías? Porque yo había hecho economías. ¡Ah, yo no tengo nada que reprocharme! ¡Ni un gasto inútil, ni una colocación aventurada! ¡Tomé todas las precauciones, compré todas las acciones seguras, todos los valores del padre de familia! Pues bien, señor, al cabo de treinta años de prudencia, de treinta años de economía, no tengo nada. El ahorro, que constituye la fuerza de nuestro país, me ha arruinado completamente...

VETIVER. — ¡Dos pájaros de un tiro!

MINUSCO *(a* GONZALO*)*. — ¡Vaya usted a comprender!... Piense usted, señor: la economía que arruine, las privaciones que no alimenten... ¡Es incomprensible!

GONZALO. — Mi caso, señores...

MINUSCO. — Pero, ¿comprende usted el mío?

VETIVER. — Pues sí, estimado señor, la economía es una manía, y las manías arruinan siempre.

GONZALO. — Yo, señores...

SRTA. DE GAMELÍN. — Yo, un día, fuí a ver a mi banquero, y mi banquero me dijo: Estimada señorita, se acabó. ¡Ya no le queda a usted nada!

VALENTINA. — ¡Oh!

SRTA. DE GAMELÍN. — Así fué. ¡Como por encanto!

VETIVER. — ¡Un cuento de hadas!

MINUSCO. — Pero, ¿qué había sucedido?

SRTA. DE GAMELÍN. — Nada. Me dijo: "Son cosas de la época...." Qué curioso, ¿verdad?

VALENTINA. — Y bien, nosotros...

MINUSCO *(a* VALENTINA *y* GONZALO*)*. — Ustedes, es natural. ¡Yo, es incomprensible!

GONZALO. — Dsiculpe usted. Nosotros...

VETIVER *(a* GONZALO*)*. — ¡No, señor, no insista¡ La ruina de unos no interesa a los otros.

GONZALO. — ¿Eh? Disculpe usted...

MINUSCO *(mirando a su alrededor)*. — Pero, díganme ustedes, aquí se está bien...

SRTA. DE GAMELÍN. — En efecto, yo me decía...

VALENTINA. — Oh, vamos a mudarnos...

GONZALO. — Buscamos un departamentito modesto...

MINUSCO. — Ah, bueno.

VALENTINA. — Sí... es aquí donde hemos sido dichosos...

GONZALO. — Durante largos años...

VALENTINA. — Estábamos bien aquí...

GONZALO. — Aquí venían a reunirse nuestros amigos...

VETIVER *(mirando a su alrededor)*. — Sí, ya veo. Algunas pretensiones, pero, en suma, gustos muy sencillos.

VALENTINA. — ¡Disculpe usted, señor! ¡Ahora no se puede juzgar! Como usted comprende, los muebles no están ya... Había objetos muy hermosos.

VETIVER. — ¿Eh? Phst...

GONZALO. — ¡Ah, por todos lados!... Aquí, por ejemplo, había un Pissarro de primer orden.

VETIVER. – Eso se dice siempre de los objetos perdidos.

SRTA. DE GAMELÍN. – ¿Y qué importancia tiene la decoración? En mi casa, las fiestas eran del espíritu. ¡Todos los miércoles, tres académicos!

VETIVER. – ¡Qué picarona!

VALENTINA. – Nosotros también recibíamos mucho...

VETIVER. – No. Ninguno de ustedes ha conocido la vida inimitable, como la he conocido yo.

GONZALO. – ¡Pero también nosotros llevábamos un gran tren!

VETIVER. – No. Ustedes, no. Yo.

MINUSCO. – Y bien, ¡pagan ustedes sus locuras! ¡Estaba seguro de ello! Por lo demás, ¿qué placer hay en todo eso? No veo sino los gastos...

VETIVER. – ¡Gastos míseros!

MINUSCO. – ¿Puedo decirlo? *(A* VETIVER.) ¡Usted ha debido gastar mucho en mujeres!

VETIVER. – ¿Quién lo autoriza, señor mío, a esa familiaridad? ¡Y sepa usted que dar dinero a las mujeres es darles muy poco!

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡Qué bien las conoce usted¡

MINUSCO *(a* VETIVER). – ¡Calle usted! ¡Es vergonzoso! ¡Usted no ha sabido nunca contar!

VETIVER. – ¿Contar qué? ¿El centavo? ¡El centavo, señor mío, no se cuenta!

MINUSCO. – ¡Si se cuenta! Ah, si yo no hubiera economizado, ¿dónde estaría hoy? ¿Dónde?

VETIVER. – Aquí mismo, señor.

MINUSCO. – No, no hay más que el ahorro... ¿Qué más hermoso? Pero, ¿dónde encontrar hoy algunos centavos para economizar? ¡Ése es el drama! ¡Ése es todo el drama!

VETIVER. – ¡Curioso chiflado!

SRTA. DE GAMELÍN *(a* MINUSCO). – Le diré a usted. Si fuera usted de buena familia...

MINUSCO. – ¡No le permito que hable de mi familia! ¡Si mi pobre padre estuviera aún en este mundo, y viera el estado en que me encuentro, moriría!

VETIVER. – ¡Moriría de risa!

SRTA. DE GAMELÍN *(a* MINUSCO). – Sin embargo, no se creerá usted más digno de compasión que yo...

MINUSCO. – ¡No conozco un caso peor que el mío!

SRTA DE GAMELÍN. – Pero yo, señor, tengo un alma refinada y un corazón sensible.

MINUSCO. – Y yo, señorita, colocado en su sitio.

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡Yo soy una mujer!

MINUSCO. – ¡Y yo soy un hombre! ¿Es que está usted arruinada, siquiera? ¡A mí no me queda nada!

SRTA DE GAMELÍN. – ¡Y a mí menos que nada!

MINUSCO. – ¡Me parece usted muy presuntuosa, señorita!

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡Y a mí, señor, me parece usted un poco insolente!

MINUSCO. – ¡Señorita!

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡Es demasiado!

GNOZALO *(interponiéndose)*. – Señorita...

VALENTINA *(ídem, a* MINUSCO*)*. – Vamos, señor...

VETIVER *(a* MINUSCO *y a la* SRTA. DE GAMELÍN*)*. – Sí, tengan ustedes a bien... ¡Un poco de pudor! Yo estoy aquí. Y estando yo aquí, ¿no sienten ustedes que tratar de hacerse compadecer está fuera de lugar?

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡Oh!

MINUSCO. – ¿Qué? ¿Qué?

VETIVER. – Que yo esté en la miseria en que estoy, yo, digo *yo*, ¿es que hay algo más miserable?

MINUSCO *(a la* SRTA. DE GAMELÍN*)*. –¡Oh! ¿No le parece a usted, señorita, que es irritante?

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡No es cortés!

MINUSCO *(a* VETIVER*)*. – Pero, señor, ¿sabe usted acaso cómo vivo yo?

VETIVER. – Mejor que yo.

MINUSCO. – ¿Dónde come usted, señor?

VETIVER. – Yo no como, señor.

MINUSCO. – ¡Vanidoso!

SRTA. DE GAMELÍN *(a* VETIVER*)*. – ¿Trata usted de herirme, señor?

VETIVER. – No se exaspere usted. ¿A qué sirve? Yo soy el más desventurado. No es culpa mía. ¡Aguántense ustedes!

MINUSCO *(indignado)*. – ¡Miserable!

SRTA. DE GAMELÍN *(a* GONZALO*)*. – ¡Voy a estallar!

GONZALO. – ¡Señorita!

VALENTINA. – ¡Por favor, señores!

MINUSCO. – ¡Oh, oh!

GONZALO. – ¡Señores, señores!

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡Se atreve! ... ¡Se atreve! ...

VALENTINA. – Vamos, señorita.

GONZALO. – Calma, por favor, calma ... Siéntense ustedes ... Aseguro a ustedes que esta discusión es bien superflua ... Sí, sí. Los pondré fácilmente de acuerdo ... Mírennos ...

MINUSCO. – Bueno, ¿y qué?

GONZALO. – ¡Los más desventurados, no busquen ustedes, somos nosotros!

VALENTINA. – ¡Ay, señores!

MINUSCO *(sofocado)*. – ¡Eso no!

SRTA. DE GAMELÍN *(ídem)*. – ¡Eso es el colmo!

VETIVER *(comprobando)*. – Están locos.

GONZALO. – Pero señorita ...

VALENTINA. – Aseguro a ustedes, señores ...

MINUSCO. – ¡Callen ustedes! ¡Hablan de lo que no conocen!

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡Es indecente!

MINUSCO. – ¡No tienen vergüenza!

VETIVER. – ¡Ah, estos nuevos pobres! ¡De una fatuidad, de una presunción. *(A* GONZALO): Ahí está usted, lanzando gritos ...

GONZALO. – No ...

VETIVER. – ¡Le oigo! ¡Lanza usted gritos horrorosos para atraer la atención! ¡Se cree usted el centro del universo, como siempre!

GONZALO. – ¡Lo hemos perdido todo!

MINUSCO. – ¡Es fácil decirlo!

GONZALO. – ¡Pero, señores, ya no me queda nada!

VETIVER. – En apariencia, al menos, tiene usted a su mujer. Y una mujer legítima, a partir de cierta edad, se conserva siempre.

SRTA. DE GAMELÍN.– ¡Naturalmente!

VALENTINA. – ¡Gonzalo, respóndeles algo!

GONZALO. – ¿Qué puedo decir, Valentina?

SRTA. DE GAMELÍN. – No, señora. Ya ha dicho bastante. Y no hemos venido aquí a oír cosas desagradables.

VALENTINA. – ¡Señorita!

SRTA. DE GAMELÍN. – No esperaba, lo confieso, ser recibida de esta manera.

MINUSCO. – ¡Tampoco yo!

SRTA. DE GAMELÍN (*a* MINUSCO *y a* VETIVER). – Nos hemos equivocado, señores. No veo que tenga yo nada que hacer aquí.

VALENTINA. – ¡Señorita, por favor!

SRTA. DE GAMELÍN. – Adiós, señora.

MINUSCO *(siguiéndola).* – ¡Yo no vuelvo en mí! *(La* SRTA. DE GAMELÍN *y* MINUSCO *salen.)*

VETIVER. – No me gustan esos estallidos que son de mal tono. Aquí no estoy en el sitio que me corresponde. Me retiro, pero con distinción, presentando a usted, señora, todo lo que poseo: mis respetos. *(Sale.* GONZALO *lo sigue para abrirle la puerta y luego vuelve a cerrarla violentamente.)*

VALENTINA. – ¡Habráse visto!

GONZALO. – ¡Han hecho bien en irse! ¡Ya iba a ponerlos de patas en la calle! ¡Qué maneras, qué presunción! ¡Sólo existen ellos! ¡Ellos y su desgracia! ¡Su desgracia, su desgracia! ¡Por lo que nos importa!... ¡Y ni una palabra amable para nosotros...! Porque yo, en fin...

VALENTINA. – No sabrían, seguramente, que yo soy una Verdaga.

GONZALO. – ¡Pero bien veían quién era yo! ¡Ah, si ésos son los amigos que debemos frecuentar! ¡Bonita sociedad!

VALENTINA. – Tienes razón. Son imposibles.

GONZALO. – Pero entonces, ¿a quién ver? ¿A quién ver?... ¡Los amigos de antes, desaparecidos! En cuanto a éstos, ¡gracias!

VALENTINA. – Ella, sobre todo, era exasperante.

GONZALO. – ¡Estos fracasados, estos imbéciles! ¡Y el gran papanatas que quería darme consejos! ¡Qué me dices!

VALENTINA. – Sí. Estuviste de una paciencia...

GONZALO. – Esperaba que tú hablaras. Pero tú no decías nada. Los dejabas continuar. No sabes dirigir una conversación ¡Nunca has sabido recibir!... ¡Yo no puedo hacerlo todo!

VALENTINA. – ¿Tú? ¿Qué hacías tú?

GONZALO. – ¿Qué hacía yo? Les ponía la cara que se merecen. Pero tú, por muy Verdaga que seas, no sabes conducirte.

VALENTINA. – ¡Gonzalo, eres injusto!

GONZALO. – ¡Soy injusto, como siempre que te canto las verdades!... ¡No, por favor, cállate! ¡Basta, oyes, basta! ¡Sé soportar muchas cosas, pero esto es

demasiado! (VALENTINA *sale, desolada. Él continúa sin advertir que está solo.*) ¿Te das cuenta que, desde nuestra desgracia, no veo sino a ti todo el día, no veo sino a ti de la mañana a la noche?... ¡Podrías comprender, sin embargo!... La familia, cuando es uno rico, pase. ¡Pero cuando no se tiene nada!... Siempre estás a mi alrededor... Siempre... Nunca un minuto de descanso... Nunca tranquilo, nunca solo... *(Advirtiendo que está solo.)* ¡Valentina! ¿Dónde está?... ¿Dónde estás, Valentina?... ¡Valentina! ¡Valentina, ven aquí! *(Valentina vuelve.)* Sí, ¿oyes? Te digo que nunca estoy tranquilo, que nunca estoy solo...

VALENTINA *(a* GONZALO). — Es la última vez que recibimos. *(Suena el timbre.)* ¡Bueno!

GONZALO. — Ve a abrir, si quieres. Yo me voy. (VALENTINA *sale.)*

GONZALO *(solo).* — ¿Quién puede ser? *(Entreabre la puerta.)* No veo. Valentina se pone delante... No veo sino a ella. ¡Siempre a ella! *(Sale. Entran* VALENTINA *y* ROBERTO.)

VALENTINA. — ¡Sí, Roberto, estamos decididos!

ROBERTO. — ¡Ah!

VALENTINA. — Mi marido y yo estamos enteramente de acuerdo. Puede usted fijar la fecha del casamiento. El día que quiera...

ROBERTO. — ¡Por fin!

VALENTINA. — Se entenderá usted con Susana. En cuanto a la ceremonia, no haremos ninguna... No sé qué podemos hacer aquí, ni cómo... En fin, qué quiere usted, ya veremos...

ROBERTO. — Sí, sí, sí... Ah, qué contento estoy, qué contento. Ah, señora... Por lo demás, sabe usted, lo sospechaba. Cuando supe que estaban ustedes arruinados, en seguida pensé: ésta es la mía. Matrimonio hecho. ¡Qué felicidad! Sin embargo, vean ustedes, no estaba del todo tranquilo. Me decía: ¡son tan raros ¿Qué irán a inventar ahora? Pues no, me equivocaba. Han perdido ustedes todo, pero han encontrado la razón... y un yerno encantador. ¡Verán ustedes!

VALENTINA. — Gracias, Roberto. Es usted muy bueno.

ROBERTO. — No. ¡Soy dichoso!

VALENTINA. — Tanto mejor... Nosotros somos tan desgraciados...

ROBERTO. — No piensen en ello. ¡No piensen sino en la felicidad de Susana!

VALENTINA. — Es mi único consuelo. Puesto que usted está aquí, me atormento un poco menos por ella...

ROBERTO. — ¡Oh, no se haga usted ilusiones! ¡No la pasaremos siempre bien! Nos costará trabajo vivir, tendremos muchas dificultades...

VALENTINA. — Por supuesto, muchacho, por supuesto... Pero son ustedes jóvenes, valerosos, decididos... ¡Y, además, está el amor!

ROBERTO. — ¡Eso es!

VALENTINA. — Sí, creo que el amor es lo esencial... Y sobre todo —escúcheme usted bien—, sobre todo, ocurra lo que ocurra, tenga siempre consideración y miramientos con Susana. No olvide usted nunca que es nuestra hija. ¡Porque usted, Roberto, sabe quiénes somos!

ROBERTO. — Sí, señora. Usted es...

VALENTINA. — Gracias, Roberto.

ROBERTO. — Y el señor López Martel es...

VALENTINA. — ¡Ah, él... Está tan triste, tan amargo, tan desamparado...

ROBERTO. — No se desconsuele. Pronto se verá obligado a ocuparse en algo. Y ahora, además, tendrá más grandeza, más amplitud de miras... Verá usted, se volverá más inteligente.

VALENTINA. — Pero está de por medio esta cuestión del dinero. ¡No sabemos cómo haremos para vivir!

ROBERTO. — Bah. ¡Ahora que son ustedes pobres!...

VALENTINA. — ¡Justamente!

ROBERTO. — Reflexione usted. Los ricos, para vivir, no pueden arreglárselas sino haciendo gastos considerables. ¡Pero los pobres necesitan para vivir mucho menos dinero que los ricos!

VALENTINA. — Con todo, necesitan...

ROBERTO. — ¡Oh, tan poco!

VALENTINA. — ¡Dios le oiga, Roberto! *(Entra* SUSANA.)

ROBERTO. — ¡Ah, Susana!

VALENTINA. — Me voy, hijos míos. Roberto, ¡lo quiero a usted mucho! *(Sale.)*

ROBERTO. — ¡Susana, Susana! ¿Te lo han dicho tus padres? Todo se arregló, ya no hay obstáculos, es magnífico, ha llegado la felicidad... ¡Bésame!

SUSANA. — Roberto, tengo que hablarte.

ROBERTO. — ¡Habla, Susana, habla! ¡Deja hablar a tu corazón, deja que

tu corazón desborde! ¡Empieza a divagar! ¡Di todas las locuras que te pasen por la cabeza!

SUSANA. — Oye, Roberto...

ROBERTO. — ¡Te oigo, te oigo embelesado! Oigo ya las palabras que habrás de decirme. Cantan en mí como un carillón de fiesta. Hoy me serán más dulces, más queridas... ¡Dilas, dilas!

SUSANA. — Roberto, he reflexionado desde hace algunos días...

ROBERTO. — ¡Reflexionar, Susana! Hablemos seriamente.

SUSANA. — Roberto, hay que esperar.

ROBERTO. — ¿Esperar?

SUSANA. — Sí.

ROBERTO. — ¿Esperar qué?

SUSANA. — No es posible que nos casemos ahora.

ROBERTO. — ¿Qué dices? ¡Si tus padres han consentido!

SUSANA. — No se trata de mis padres. Soy yo quien te lo digo.

ROBERTO. — Susana, Susana, ¿qué pasa? ¿Qué tienes?

SUSANA. — Soy pobre.

ROBERTO. — ¿Qué importa eso?

SUSANA. — No tengo nada.

ROBERTO. — Bueno, ¿y qué?

SUSANA. — No quiero casarme en este momento.

ROBERTO. — ¿Qué dices? ¡No es posible! ¡He oído mal! ¡Dime que no es verdad!... ¡Susana, es horrible que hables de esa manera! También tú, el dinero...

SUSANA. — Roberto, comprende...

ROBERTO. — Sí, comprendo. Comprendo, y es espantoso. Para ti, como para tantas otras, el matrimonio... ¡Ah, es monstruoso! ¡Y yo te quiero!... Pero, ¿qué juego has jugado conmigo? ¿Por qué decirme que me querías? ¿Por qué todas esas mentiras? ¡No me quieres, nunca me has querido

SUSANA. — Roberto, no digas esas palabras. Sí, te quiero, te quiero.

ROBERTO. — ¡No!

SUSANA. — Te quiero, y te hablo así porque te quiero.

ROBERTO. — Ya no comprendo nada. Acaba de torturarme, por favor.

SUSANA. — Roberto, antes de casarme contigo quiero ganar mi vida.

ROBERTO. — ¿Estás loca?

SUSANA. – No, Roberto. Quiero ganar mi vida porque, aun contigo, no quiero ser esclava de ciertas cosas. No quiero estar ligada a ti por razones materiales sino por el corazón, y sólo por el corazón. Quiero estar segura y quiero que estés seguro de que, si me caso contigo, no es por cálculo.

ROBERTO. – ¡Pero es absurdo!

SUSANA. – Piensa, Roberto. No debemos dejar que el dinero...

ROBERTO. – ¡El dinero! ¡Todavía y siempre! ¡Tú también! En esta casa, entonces, no se hablará sino de dinero. ¡Sóis ricos, y tus padres no se deciden! ¡Sois pobres, y eres tú la que no quiere! ¡No, no! ¡Es inverosímil! ¡Es insensato!

SUSANA. – ¡Pero, comprende, Roberto! Yo también tengo mi orgullo. Tanto como un hombre. ¡Hoy, las mujeres existen!

ROBERTO. – ¡Bah!

SUSANA. – ¡Sí! Y quiero, ante todo, tener una vida mía, una vida que me haya hecho yo misma.

ROBERTO. – Todo eso no tiene nada que ver con el amor.

SUSANA. – ¡Sí! Cuando tenemos de qué vivir, somos libres, y yo quiero ser libre. Sí, Roberto. Libre, libre ante todo de quererte, libre cada día de quererte para quererte cada día más. Para mí, el matrimonio es un don, no una servidumbre... O entonces... Si te debiera mi pan de cada día, estoy segura de que me guardaría rencor por ello. También estoy segura de que te guardadaría rencor, y te querrría menos.

ROBERTO. – Todo eso no quiere decir nada. Cuando uno quiere, no hace tantos razonamientos .

SUSANA. – Créeme, Roberto. Te doy una gran prueba de amor al decirte: ¡Más adelante!

ROBERTO. – Me estoy enloqueciendo.

SUSANA. – No tendremos que esperar mucho. Ya he comenzado a buscar. Seguramente encontraré trabajo.

ROBERTO. – ¡Trabajo, trabajo! Cuando tenemos necesidad no lo encontramos nunca.

SUSANA. – Ya veremos. Tengo valor, Roberto, mucho valor, y lo tengo porque te quiero.

ROBERTO. – ¡Susana!

SUSANA. – Hasta mañana, Roberto. *(Sale.)*

ROBERTO *(solo)*. – ¡Es pavoroso! ¡Locura, locura pura! Pero ¿quién, Dios mío, quién les meterá estas ideas a las muchachas?... *(Entra* PALMIRO.)

PALMIRO. – Saludo a usted, joven.

ROBERTO. – Yo, señor, no tengo el valor de hacer lo mismo.

PALMIRO. – No insisto, joven. ¿Ha visto usted a mis pobres?

ROBERTO *(entregado a sus pensamientos)*. – ¿Qué?

PALMIRO. – Estaban aquí... Pero ¿qué tiene usted?

ROBERTO. – ¿Yo? Estoy enamorado.

PALMIRO. – Lo felicito.

ROBERTO. – ¡Ah, no es por mi gusto! *(Sale.)*

PALMIRO *(solo)*. – Unos pierden el dinero, otros pierden la cabeza... Pero ¿dónde diablos se han metido? *(Entra* GONZALO.)

GONZALO. – ¡Ah, de nuevo usted!

PALMIRO. – ¿Dónde están sus amigos?

GONZALO. – ¡Mis amigos! ¡Ah, va usted a oírme!

PALMIRO. – No, tengo prisa. ¿Dónde están?

GONZALO. – Los puse en la calle.

PALMIRO. – Qué mala suerte. Los necesito.

GONZALO. – ¡Mis amigos! No tiene usted vergüenza. ¡Esa gente imposible, esos peleles grotescos! ¡Y usted, usted también es un presuntuoso, un fanfarrón y un incapaz! ¡Sí, señor, un incapaz! No sabe usted nada de nada, no sirve usted para nada, no hace más que agravar nuestra situación. ¿Qué dice usted?... ¿Eh? ¿Nada?... ¡Más vale así! Sus fábulas insensatas, sus consejos, sus remedios, no me hacen caer más ¿comprende? ¡Se acabó, búsquese otro imbécil!... ¡Estoy harto, harto, quiero vivir tranquilo, váyase usted de paseo y déjeme en paz!

PALMIRO. – Perfectamente. Veo que no ha quedado usted abatido. ¡Bravo! Tengo algo para usted.

GONZALO. – ¡No, Díos mío, no!

PALMIRO. – Sí. Un puesto.

GONZALO *(tentado)*. – ¿Eh?... *(desconfiado)* Oh...

PALMIRO. – ¡Como le digo!

GONZALO. – No confío en usted... ¿Un puesto pago?

PALMIRO. – Sí. Oiga usted. Hay un rico. ¡Un rico célebre! No uno de esos ricos como se ve en todas partes... ¡No! Éste es auténtico, un ejemplar único.

Es Ozul. Ha oído hablar de mis lecciones de pobreza. Le he visto. Él me ha escuchado. Está seducido. Pero vacila, no tiene confianza, es un poco incrédulo, quiere pruebas... Y bien, ¡se las daremos!

GONZALO. – Ah, en cuanto a eso...

PALMIRO. – Necesito de usted y de sus amigos.

GONZALO. – ¿Para qué?

PALMIRO. – Para ponerle ante los ojos un testimonio vivo. Para demostrarle cómo, gracias a mí, soportan ustedes su condición. Están ustedes bien instruídos, bien adiestrados, son agradables de ver. ¡Triunfarán, ciertamente!

GONZALO. – No sé... No sé...

PALMIRO. – ¡No es difícil! Él vendrá, los examinará, los verá vivir un momento, verá lo que son los pobres formados por mí... Estoy seguro de que habrán de sorprenderlo. Y si todo anda bien...

GONZALO. – ¿Qué?

PALMIRO. – Pues bien: se trata de crear una organización... Pienso incorporarlos a mi Instituto como muestras...

GONAZLO. – ¿Sí?

PALMIRO. – Si Ozul toma lecciones, el porvenir de ustedes está asegurado.

GONZALO. – ¡No es posible!

PALMIRO. – Se lo repito. Pero no hay tiempo que perder. Lo traeré en seguida aquí.

GONZALO. – ¡Dios mío!

PALMIRO. – ¿Dónde están los otros? ¡Hay que encontrarlos!

GONZALO. – Los buscaré.

PALMIRO. – Bueno. ¡Pero pronto, pronto!

GONZALO. – ¡Voy corriendo!... Pero ¿a dónde?

Entra VALENTINA.

GONZALO. – ¡Valentina, Valentina, voy a desempeñar un papel en mi vida!

VALENTINA. – ¿Qué?

GONZALO. – Figúrate...

PALMIRO. – No, discursos no. Dése prisa.

GONZALO. – Sí. Ella me acompañará. ¡Pronto, Valentina, pronto! ¡Tu sombrero, tu abrigo! ¡Vamos a buscarlos!

VALENTINA. – ¿A quiénes?

GONZALO. – ¡A nuestros amigos!

VALENTINA. – ¿Cuáles?

GONZALO. – ¡Ay, Valentina! ¡Pero Vetiver, Minusco!

PALMIRO. – ¡Rápido, rápido!

GONZALO *(a* VALENTINA). – ¡Tu sombrero!

VALENTINA *sale y vuelve de inmediato con un sombrero y un abrigo que se pone precipitadamente.*

PALMIRO. – Éstas son las señas.

GONZALO. – Bueno, yo me encargo de los hombres. Tú, Valentina, corres a casa de la excelente señorita.

VALENTINA. – ¿Estaré loca?

GONZALO. – Y tráela contigo, entiendes. ¡Tienes que traerla a cualquier precio!

PALMIRO. – ¡Vamo, vamos!

GONZALO. – Sí. (*A* VALENTINA.) Y, sobre todo, muéstrate amable.

VALENTINA. – Gonzalo ¿no me haces conmeter un disparate?

GONZALO. – ¡Es la vida!.... ¡Corre, mujer, corre!

VALENTINA *sale.*

GONZALO. – ¡Qué buena mujer!... Yo también voy corriendo.

PALMIRO *(mientras* GONZALO *sale).* – Corra usted. Que de esto depende la salvación de un rico, la de ustedes y la mía.

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración. En escena están PALMIRO, MINUSCO, VETIVER *y la* SRTA. DE GAMELÍN.

PALMIRO. – Supongo que han comprendido ustedes bien de qué se trata y que saben exactamente cómo deben proceder. Deben mostrar que, a pesar de la triste situación en que se encuentran, conservan el espíritu libre y el corazón tranquilo; que son apacibles y benévolos, que no tienen amargura... En fin, que son ustedes pobres serenos.

GONZALO. – Muy bien. Es fácil.

VALENTINA. — ¡Pero Gonzalo! ¡Tú eres justamente lo contrario!

MINUSCO. — Es que un pobre sereno...

SRTA. DE GAMELÍN. — Sí, es el mirlo blanco.

VETIVER. — Nunca lo hemos visto. Felizmente, tengo imaginación.

PALMIRO. — ¿Que significa esto? ¿A qué viene tanto alboroto? ¿Qué pretenden ustedes insinuar? ¿Hacen los perturbadores, los escépticos? No admito ese género de burlas. Sé perfectamente, a Dios gracias, que he puesto en ustedes esa serenidad de que hablo...

GONZALO. — Por supuesto.

PALMIRO. — ¡Y que ustedes se esfuerzan ahora en ocultar por un sentimiento inexplicable! Si tal es la decisión que han tomado, díganlo en seguida. ¿Se niegan ustedes a ganarse la vida? Les devuelvo, pues, la libertad; puedo prescindir de ustedes en esta nueva experiencia que les ofrezco... ¿Nadie contesta? ¿Estamos de acuerdo, pues? Continúo. Ante el visitante, no demuestren un celo excesivo, no exageren... ¡Mesura! Sean corteses, claro está, amables...

SRTA. DE GAMELÍN. — Y seductores.

PALMIRO. — Pero nada de genuflexiones... ¡Ninguna obsequiosidad! ¡Soltura, dignidad!

VETIVER. — ¡Clase!

PALMIRO. — Jovialidad, un poco de alegría, pero no carcajadas... Y si les habla de dinero, no se alteren ustedes. Sepan contenerse y hacer como si nada fuera...

VETIVER *(indicando la expresión indiferente que habrá de tomar).* — ¡Phst, phst!

MINUSCO. — ¡Prudencia, en fin!

PALMIRO. — Conserven una apostura perfectamente natural... *(A* GONZALO, *designándole a la* SRTA. DE GAMELÍN*).* — Usted conversará amablemente con la señorita...

GONZALO *(con gracia).* — Señorita...

SRTA. DE GAMELÍN *(ídem).* — Señor...

PALMIRO *(a* VETIVER, *designando a* VALENTINA). — El señor jugará una partida de piqué con la señora... El señor Minusco llevará bondadosamente la cuenta de los tantos...

VALENTINA (*a* VETIVER). — Pero yo no sé jugar al piqué...

VETIVER. – Entonces, perderá usted.

PALMIRO. – ¿Todo está a punto? ¿Podemos empezar?

GONZALO. – ¡Con los ojos cerrados!

PALMIRO. – Voy a buscarle. Estaremos aquí dentro de cinco minutos. *(Sale.)*

GONZALO *(con entusiasmo)*. – ¡Ah, este Palmiro! Amigos míos, creo que esta vez nuestro porvenir está asegurado.

SRTA. DE GAMELÍN. – Siento que triunfaré. ¡Piensen ustedes, con la gracia y el ingenio que tengo!

GONZALO. – Yo también. Había nacido para hacer algo en la vida. ¡Por fin encontré la oportunidad!

VALENTINA. – ¡Dios mío! ¿Estaré bien preparada?

GONZALO. – Claro está. No te preocupes. Sobre todo, no te pongas por delante; déjame hacer a mí. Yo soy un hombre de acción. Ya verán ustedes.

VETIVER. – No veremos nada. Pero todo irá muy bien. No teman ustedes. Me haré el chiquito para no intimidarlo.

VALENTINA *(a* GONZALO). – ¡Qué lástima que Susana no haya vuelto!

GONZALO. – Evidentemente, la experiencia le habría interesado mucho. Tanto peor. Será para otra vez.

MINUSCO. – Díganme ustedes, ¿cuánto ganaremos?

GONZALO. – ¡Oh, mucho!

MINUSCO. – Me imaginaba!

GONZALO. – ¿Están prontos? A empezar, entonces. ¡Sonriamos!

Todos se disponen: ensayo general de actitudes, ademanes y sonrisas.

SRTA. DE GAMELÍN *(soñadora)*. – ¡Debe ser encantador!

MINUSCO. – Pero ¿qué hacen? ¿Qué hacen?

GONZALO *(en la ventana)*. – ¡Helos aquí!

Abre la puerta de par en par. Todos adoptan actitudes. Entran PALMIRO *y* OZUL.

PALMIRO *(a Ozul)*. – Éstos son mis amigos.

OZUL *se inclina en silencio. Parece un poco embarazado e intimidado.*

VALENTINA *(avanzando hacia* OZUL). – Señor, se lo ruego, siéntese usted.

OZUL *se sienta. Ella desfila.*

GONZALO *(ídem)*. – Buen día, señor. Estoy muy bien. ¿Buena salud, dice usted? No. ¡Serenidad! *(Desfila.)*

SRTA. DE GAMELÍN *(ídem).* – Comprendo su sonrisa, señor. Es tan agradable conocer a personas inteligentes... ¡Gracias! *(Desfila.)*

VETIVER *(ídem, y con un pequeño ademán insolente de la mano.)* – ¡Buen día! *(Desfila.)*

MINUSCO *(ídem).* – Señor... Temo decir una tontería. Entonces, no digo nada... *(confidencial y con aire de entendido)* pero...

PALMIRO. – ¡Vaya, vaya! ¡No se ocupe del señor!

Todos ocupan sus sitios.

SRTA. DE GAMELÍN *(a* GONZALO). – ¡Conversemos!

GONZALO. – Sí, conversemos.

MINUSCO *(a* VALENTINA *y* VETIVER). – Ustedes juegan, ¿verdad?

VALENTINA. – ¡Por supuesto!

VETIVER. – ¿Dónde están los naipes?

VALENTINA. – ¡Ah, Dios mío, los naipes! ¡Qué aturdida soy!

SRTA. DE GAMELÍN (*a* GONZALO). – ¿Qué dicen?

GONZALO. – Sí, ¿qué dicen?

La SRTA. DE GAMELÍN *y* GONZALO *se acercan a* VALENTINA *y a* VETIVER.

MINUSCO. – ¡Buscan los naipes!

VALENTINA. – ¡Sí, buscamos los naipes!

SRTA. DE GAMELÍN. – Y bien, busquemos los naipes.

GONZALO. – Perfectamente, querida amiga, busquémoslos.

SRTA. DE GAMELÍN. – Pero ¿dónde, querido amigo? ¿A derecha, a izquierda? ¿Por aquí, por allá?

GONZALO. – Por donde usted quiera, querida amiga, por donde usted quiera. Yo la sigo.

VETIVER. – Pero ¿es que hay naipes?

MINUSCO. – Muy justo. ¿Es que los hay?

GONZALO. – Adivinen ustedes.

VETIVER, MINUSCO, *la* SRTA. DE GAMELÍN. – Ah...

VALENTINA. – No, no los hay.

GONZALO. – No era broma. Tú lo sabías.

VETIVER. – Pues bien, juguemos sin naipes.

SRTA. DE GAMELÍN. – ¡Oh, jugar sin naipes!

VETIVER. – Sí. ¡Qué hay de más divertido! Jugar a los naipes sin naipes

es el juego puro, es la libertad. Es la fantasía sin bridas, la poesía sin metro, es trotar sin varas, viajar sin bagajes, casarse sin mujer. En resumen: divertirse sin ceremonias.

SRTA. DE GAMELÍN. — ¡Qué diablillo!

MINUSCO. — ¡Siempre me sorprenderá!

GONZALO. — Me parece oírme cuando estoy de humor.

VALENTINA. — ¡Mi Gonzalo!

Un instante de silencio.

OZUL. — Estoy conmovido.

PALMIRO *(a los otros)*. — ¡Chit! Suficiente.

OZUL. — Estoy turbado... muy turbado... Entonces... ¡Es posible!

PALMIRO. — ¡Ya ve usted!

OZUL. — ¡Es posible!... Han olvidado...

PALMIRO. — Sí.

Durante la réplica siguiente, VETIVER, MINUSCO, *la* SRTA. DE GAMELÍN, GONZALO *y* VALENTINA *se acercan poco a poco a* OZUL *y lo escuchan con atención creciente. Bien pronto están pendientes de sus labios.*

OZUL. — Han olvidado dinero, bienestar, variedad de la vida, medianoche, cenas, mujeres, perfumes, brillo de las copas, brillo de las voces, vestidos únicos, joyas que se llevan, joyas que se ofrecen, mano que prende un brazalete, collares, divanes, pieles resbalando de los hombros, tibiezas, largos cigarros, oporto auténtico, modistos, sastres, ropas agradables, telas seductoras, músicas raras, espectáculos célebres; bellos parques silenciosos, céspedes, ramilletes de árboles, galope sobre los setos, terraza del castillo, patio de honor, recibimiento, fasto negligente, fiestas inesperadas, orgullo de los invitados; partidas, libertad, viajes, países lejanos, novedad, novedad, Vancuver, Seringapatam, coches-camas, hermosas valijas en manos de lacayos, paquebotes, mares tropicales, sillas sobre el puente; mujeres tentadas, palacios blancos, coral, islas inverosímiles, luz, luz, oasis, el asno bajo la palmera, danzas negras, danzas amarillas, ríos llenos de juncos, cuarto de baño del bungalow, ruinas, desiertos, campanarios, cuadros famosos, estanques, cipreses, laureles rosas, naranjas en el puerto, sol de medianoche, Cabo Norte, rascacielos, hoteles de Singapur, hoteles de Chicago, vagabundeo por las capitales, tiendas, tiendas, lanas de Escocia, sedas impalpables, maderas preciosas, cueros magníficos, objetos de antes, objetos de hoy,

compras imprevistas, compras meditadas; villas primaverales, temporadas florecidas, tapete verde, apuestas, bola que gira, barajas, fichas, billetes arrugados, bacarat, nueve en la banca; paseos muelles, navíos de placer, tripulación obsequiosa, rutas nocturnas, ocho cilindros, largo capot, silencio, silencio... *(Calla un instante.)*

TODOS *(menos* PALMIRO*).* —¡Siga, siga usted!

OZUL. — Hermosa vivienda, jardín cerrado, servidores perfectos, muebles exactos, colecciones, platería, cristal tallado, dulzura de las lámparas, cocina perfecta, platos delicados, bodegas exquisitas, Borgoña 24, Brut 28, alfombras profundas, destellos en la porcelana, tañido de un reloj, ausencia de tareas, días lentos, noches lentas, ocios, ocios, ocios, biblioteca, fuego de leña, soledad respetada, libros, libros, trabajo placentero, deseo de saber... *(Mientras habla, recorre lentamente la escena. Los demás lo siguen, como hechizados.* PALMIRO, *el último de todos, se une al movimiento.)* Diversiones de un día, beneficencia magnífica, talentos descubiertos, azar de los encuentros, amistades ofrecidas, amistades escogidas, hombres célebres, mujeres secretas, placeres escondidos, existencias diversas, vicios, misterio del rico... *(Sale. Los otros van tras él. Únicamente* PALMIRO *se detiene en el momento de salir y vuelve lentamente sobre sus pasos.)*

PALMIRO *(solo).* — Se fueron... Estoy perdido... Se han llevado todo: mis esperanzas, mi valor, mi certidumbre... ¡He quedado solo! Tantos esfuerzos, tanta invención, tanto genio despilfarrado... y después ¡phst!

Entra ROBERTO.

ROBERTO. — Disculpe usted ¿no ha visto al señor López Martel?

PALMIRO. — No sé.

ROBERTO. — ¿Lo espera usted?

PALMIRO. — No sé.

ROBERTO. — Necesito verle. Es importante.

PALMIRO. — Ya no hay nada importante, señor.

ROBERTO. — Pero ¿dónde está?

PALMIRO. — Ha partido al son de la flauta mágica.

ROBERTO. — ¿También usted desvaría?

PALMIRO. — ¡Dios lo quisiera!

ROBERTO. — ¡Basta de enigmas, se lo ruego! ¿Dónde han ido todos? ¡Respóndame, o aquí va a pasar algo!

PALMIRO. – Demasiado tarde. Todo se ha consumado.

ROBERTO. – ¡Ah, váyase al diablo con sus jeremiadas! ¡Estoy harto de que unos y otros me zarandeen, de perder un tiempo precioso y quizá mi felicidad! He decidido imponerme, exigir, mandar. *(Gritando.)* Ea, señor López Martel, ¿dónde está usted? ¿Dónde está usted, señora de López Martel?

PALMIRO. – Es inútil. Están hechizados y perdidos para siempre.

En ese momento entran GONZALO *y* VALENTINA *y se sientan muy corridos como alumnos castigados.*

ROBERTO *(a* GONZALO). – ¡Señor, esto no puede continuar así!

GONZALO. – Es lo que pienso.

ROBERTO. – No, usted no piensa nada, porque está obsesionado por una sola idea: su ruina. Pero es una idea absurda, que no tiene sentido.

VALENTINA. – ¡Oh Roberto!

ROBERTO. – ¡No hay oh que valga! ¿Qué significa estar arruinado? Significa estar como todo el mundo, o casi. Entonces ¿a qué tanta historia? Ser rico, ser pobre, ¿quién sabe lo que eso quiere decir hoy? Es uno rico y pobre, por turno, sin que nadie sepa por qué ni cómo. ¿Cree usted que haya reglas, leyes económicas, como aseguran para echárselas de importantes? ¡Pamplinas! El dinero viene y se va, como el viento y la lluvia. Hay que dejar de acongojarse y vivir.

PALMIRO. – ¡O morir!

GONZALO *(aterrorizado).* – ¡Oh!

ROBERTO. – Pues no, grandes insensatos, hay que vivir ante todo. Ya morirán después: siempre habrá tiempo para ello. Sólo que ustedes no creen más que en el dinero. Yo no. El gusto por la aventura, el buen humor, el placer del esfuerzo, la confianza en el hombre, la alegría del corazón, la fe, el amor, la libertad: ¡ésa es la fortuna, mi fortuna! Estoy lleno de vida y quiero la dicha. No tengo dinero, pero tengo ímpetu, y eso vale más. ¡El dinero, bah! Quien no se preocupa por el dinero, tiene siempre lo bastante para vivir.

GONZALO. – Ésas son palabras.

ROBERTO. – ¿Palabras? Pero ¿no ve usted que son ustedes desgraciados porque han sido ricos y sólo han creído en el dinero? En tanto que yo... Y después de todo, basta. Me caso con Susana y me ocupo de todo. Todo marchará bien. Ya verán ustedes.

VALENTINA. – ¿Pero cómo, Roberto?

ROBERTO. – Ah, todavía no sé cómo, pero estoy seguro de que todo andará, tan seguro como de que la tierra da vueltas.

GONZALO. – Palabra de honor, levanta el corazón.

ROBERTO. – Vivirán sin preocuparse, sin pensar en nada. Susana y yo seremos el porvenir de ustedes; tendremos dicha para dar y regalar, y se la pasaremos a ustedes. Y para permitirles gastar, me gastaré yo mismo. ¡Vamos, a reírse, queridos suegros! ¡Se acabaron los lloriqueos!

GONZALO y VALENTINA *(a punto de llorar)*. – ¡Roberto!

VALENTINA. – ¡Ya no quedan niños!

ROBERTO. – Diga más bien que ya no quedan padres. Hoy es imposible prever nada. Entonces, ¿de qué sirven los padres? Ya la razón no conduce al mundo; y quizás ha llegado el tiempo en que los niños deben enseñar a los padres a arreglárselas en la vida.

PALMIRO. – Sería un buen profesor. Lo escucho con la boca abierta.

VALENTINA. – Me siento otra. Estoy casi contenta.

GONZALO. – Yo también.

PALMIRO. – De nuevo tengo confianza.

ROBERTO. – Sólo falta lo esencial: Susana. ¿Dónde diablos está?

SUSANA *(entrando)*. – ¡Aquí estoy! ¡Oh, Roberto, has llegado! Soy feliz. He encontrado un puesto, algo formidable.

ROBERTO. – Yo también, Susana, te he encontrado uno.

SUSANA. – ¿Dónde?

ROBERTO. – ¡En mis brazos!

SUSANA *(acurrucándose en ellos)*. – ¡Roberto!

GONZALO. – No comprendo nada, pero me siento feliz.

PALMIRO. – Ser feliz sin comprender es la mejor manera de serlo.

GONZALO *(a* PALMIRO). – ¿Amigos? No le guardo a usted rencor.

PALMIRO. – Yo tampoco *(se dan la mano)*. Al contrario; a su vez, me ha dado usted una lección. Hoy he aprendido que toda preparación a la pobreza es pérdida de tiempo. No abandonaré a los ricos, porque estoy acostumbrado a ellos. Pero en adelante les enseñaré a gustar su riqueza, a servirse de ella, sin que se preocupen en conservar lo que debe escapárseles. Viviré con ellos la verdadera vida de los ricos, la que casi todos tienen necesidad de aprender, porque vean ustedes, entre nosotros, los ricos han sabido siempre perder su

dinero, pero nunca han sabido gastarlo. Desde mañana daré mi primera lección de riqueza.

SUSANA. – Enséñeles a querer.

ROBERTO. – Y a no tener miedo de nada.

GONZALO *(abrazando a* VALENTINA). – ¡Como nosotros!

VALENTINA. – ¡Mi Gonzalo!

GONZALO. – Y ahora, Valentina, ¿si nos hicieras un buen café con leche?

F I N

(Traducción de José Bianco)

FRANÇOIS DE VEYNES Y LÉON REGIS

Absolutamente reservados todos los derechos de reproducción, adaptación y representación para todos los países. Copyright by SUR, 1949.

CRÓNICA

VARIOS ASPECTOS DE UN PROBLEMA MUNDIAL

Nos estamos acercando a la aurora de un renacimiento mundial. El mundo no tuvo nunca la potencialidad que hoy posee. En todos los siglos ha habido un mutuo intercambio y un mutuo estímulo entre los pueblos, que llevó las ideas y los bienes de China a Grecia, y los ideales y el arte griego a China. La similitud que existe entre las filosofías de un Jesús judaico y de un Confucio chino no es accidental. Grecia tuvo influencias en la India, y Persia fué un nudo de influencias recíprocas. Los conquistadores romanos miraron hacia el Este, y quizá habrían llegado a dominarlo si sus sucesores no hubieran decaído. Europa admiró al Oriente, y cuando Inglaterra descubrió las riquezas del Asia, las consideró con entusiasmo y no con espíritu de superioridad. Siendo diversos los contactos —pacíficos y bélicos— el resultado fué una nueva vida de los participantes.

Pero hoy el contacto es único, y creo que nos sobra el derecho de usar esta palabra, sin temor a equivocarnos. Con anterioridad la tierra nunca ha sido una totalidad como lo es hoy. Los hombres y las mujeres, a veces sin quererlo, comprenden poco a poco en todas partes que los pueblos no pueden vivir aislados. Hasta el campesino norteamericano, satisfecho de sí mismo, comprende que no puede mantener su nivel de vida a menos de vender las existencias que le sobran a los pueblos que las necesitan. Cuando los hambrientos no pueden comprar, como en la India o en Inglaterra, no por falta de dinero, sino por un desequilibrio financiero, el campesino norteamericano empieza a padecer los mismos problemas que el hombre necesitado. La necesidad nos obliga a simplificar la compleja vida internacional. El nacionalismo es una barrera, y a menos de que sea flexible, puede hacer daño al patriotismo que lo mantiene.

Es este llamado al sentido común en las relaciones internacionales el que está obligando a los gobiernos a tomar medidas adecuadas, como el Punto 4 del Presidente Truman. Y aunque el problema sea difícil, la forma misma en que ha sido enunciado y atacado reconoce que el mundo es uno. Tarde o temprano el mundo funcionará como uno. El primer paso, por supuesto, será económico. El intercambio internacional

permite que los pueblos sean alimentados y vestidos, y deberá aumentar a pesar de todos los obstáculos. Y esto ocurrirá no obstante las medidas que se empleen en contra.

Aunque tarde, los países que están a la cabeza del mundo han comprendido, más que nunca, que los "pueblos atrasados" deben ser educados, no sólo para qu sean más felices, sino para bien de quienes desean mantener su nivel de vida actual. Países como los Estados Unidos, que producen más de lo que su población puede consumir, deben estar en condiciones de vender a otros pueblos, y esos pueblos deben ser educados para que deseen las nuevas mercancías, y desarrollados en forma tal que se encuentren, a su vez, en condiciones de poder comprarlas. En términos generales, tal es la idea vaga que está detrás de los proyectos internacionales. Puede uno denunciar los motivos como egoístas y miopes, pero la denuncia tiene poco valor. El hombre es egoísta, al menos en su conjunto, y el rico y el pobre son, por supuesto, egoístas. Dejando de lado la denuncia, el hecho es que se ha iniciado un proceso para educar a los ignorantes y para desarrollar a los "pueblos atrasados". Esperemos que los pueblos respondan a este movimiento porque todos habremos de gozar de sus frutos. Será imposible que el paisano chino sea educado sin que nosotros también lo seamos. Los chinos han enseñado más al mundo de lo que el mundo ha aportado a su cultura. La India ha demostrado la inconquistable independencia de su mente y de su espíritu. En el contacto que hoy es inevitable entre los pueblos de Occidente y Oriente, se notará un mayor cambio en los pueblos de Occidente. En un principio no será tan visible como en Oriente. Un refrigerador es algo monstruosamente visible, pero un cambio en la actitud del hombre hacia la vida es mucho más importante y poderoso.

Tomemos en consideración los pueblos que hoy se encuentran en la "retaguardia". Son, en primer lugar, los pueblos de Asia y de África y, en segundo, algunos pueblos de Latinoamérica. Sin duda, en todos los pueblos hay círculos de civilización, individuos de una profunda cultura. No falta quien con razón los admire, quien deje de reconocer su superioridad. En el norteamericano corriente, por ejemplo, existe una actitud humilde frente a las figuras de Gandhi y Nehru. Hay una conciencia casi endémica en los pueblos occidentales de que el gran hombre de Oriente tiene siempre algo admirable. Pero la humildad desaparece cuando se descubre la choza de un hindú, o la aldea polvorienta de un chino. Sus instrumentos de vida nos parecen primitivos hasta lo absurdo. Hasta sus costumbres nos parecen muchas veces absurdas, por ejemplo las de Gandhi, que bebía leche de cabra y comía espinacas hervidas en vez de carne asada y buen vino.

No debemos pensar que los pueblos que nosotros consideramos atrasados se consideran siempre atrasados. El chino, aunque gustoso de observar nuestras máquinas, no querrá complicar su vida con ellas. El empleo del gas puede ser tan útil en un pequeño departamento de Shanghai como en uno de Nueva York. Es incomparablemente mejor utilizarlo que servirse de un brasero de carbón, leña o paja y, sin embargo, es de presumir que la mente, acostumbrada a un inveterado uso de éste, se niegue a aceptar aquél. Los instrumentos más sencillos son los más útiles, y la mujer china considera sencillos los que tiene. De emplear conservas para alimentarse necesitará de un abrelatas, y con todo preferirá probablemente la comida fresca a la refrigerada o a las conservas. Por otra parte, la mujer de la India recibirá encantada un refrigerador, a causa del clima. Pero tendrá que pensar en su situación económica, y no querrá esperar hasta tener un ingreso suficientemente considerable para comprarse un refrigerador americano. La fábrica que establezca en la India un mercado de refrigeradores, que no necesiten electricidad, podrá obtener grandes ganancias.

Educar los pueblos atrasados para que adquieran mercaderías europeas y americanas a precios corrientes es, por consiguiente, un sueño tal vez irrealizable. Desgraciadamente, para los soñadores, los pueblos atrasados no lo son en grado tal. Siendo antiguos, son agudos, inteligentes y sabios, a pesar de que no lean ni escriban. El alfabetismo no ha sido una necesidad absoluta para el desarrollo de la mente en la mayor parte de los pueblos de la tierra. La mente se desarrolla por sí sola.

Yo creo en la importancia de una alfabetización universal y la considero como un deber fundamental de instituciones tales como la Unesco, porque sólo cuando los pueblos dejen de ser analfabetos podrá haber un intercambio internacional por medio de los periódicos y de la literatura. Acabar con el analfabetismo es esencial para lograr la paz y el entendimiento de los pueblos. Para la mente individual el saber leer implica una mayor fuerza, pero no es esto lo esencial. Algunas de las mentes más sabias y brillantes que he conocido correspondían a personas que no sabían ni leer ni escribir y, sin embargo, tenían una cultura mucho mayor que la mía. Sin duda cuando la gente puede leer, está en la posibilidad de descifrar los anuncios, y los anuncios, según se dice, promueven el deseo de poseer. Pero la gente sabia, por lo general, no desea poseer más de lo que puede usar. La simplicidad es una parte de las religiones y de las filosofías de los pueblos llamados atrasados. Y puesto que han existido estas religiones y filosofías durante milenios, no es creíble que los anuncios de aparatos eléctricos o de belleza vengan a perturbarlas.

A pesar de todo lo dicho, el Presidente Truman tiene grandes razones para querer

aumentar los beneficios materiales de los pueblos de las regiones no desarrolladas. Pero no sería prudente sostener una acción adecuada con premisas exclusivamente egoístas. China, por ejemplo, necesita comida, pero sólo temporalmente. Es un mito, repetido por doquier, que el principal problema del pueblo chino es un problema de hambre. No es ésa la verdad. La necesidad primordial no proviene de la falta de alimentos, sino de la falta de paz y de buenos caminos. China tiene, o puede tener, una inmensa cantidad de alimentos. Tiene el más rico suelo del mundo, hablando en términos generales. Durante cuarenta siglos ha cultivado el suelo, y eso ha dado lugar a la ruina de algunas de sus tierras, que no son sino una mínima parte del territorio cultivable. Todo aquel que vivió en China antes de esta guerra tuvo que sentirse sorprendido frente a la riqueza de los mercados chinos. La variedad de verduras que había en ellos era mucho mayor que la que existe en los grandes mercados norteamericanos. Los chinos comen muchas más raíces, frutos, carne y pescado que los americanos, y encuentran proteínas allí donde nosotros no las encontramos. La comida no es sólo una necesidad para el chino, sino un placer, y la buena comida, incluso en las clases bajas, es una tradición. Cuando veo el pobre producto pastoso que los norteamericanos llaman pan y recuerdo las distintas clases de pan que hay en China, dudo sobre cuál sea el pueblo atrasado. China es un país rico en alimentos y los chinos son huéspedes generosos. Su hambre no proviene de una natural escasez de comida, sino de desastres tales como las inundaciones y las guerras. Las comunicaciones son tan pobres que los problemas locales no pueden ser resueltos trayendo productos que abundan en regiones más o menos vecinas. A menudo resulta más barato —como ocurrió la última vez en que hubo hambre y de que fuí testigo— traer granos desde los Estados Unidos que llevarlos en la espalda del hombre o en el lomo de las bestias de una provincia que está a trescientos kilómetros y que tiene abundancia de alimentos.

China necesita caminos. Una buena red de ferrocarriles y de carreteras, un mayor número de vehículos motorizados, acabaría con el problema de la alimentación. Su agricultura está muy desarrollada. La agricultura "moderna" no tiene mucho que enseñar al campesino chino, aparte de algunos métodos para seleccionar semillas o eliminar los insectos y las enfermedades. En la fertilización es maestro, pero tiene que aprender que el excremento humano no puede aplicarse directamente al suelo del que se extraen los alimentos, sino que es necesario transformarlo para evitar que propague gérmenes infecciosos. En el norte de China esta lección ha sido aprendida ya.

La distribución de la tierra tampoco es un problema en China. A pesar de todo lo que se dice, sólo una parte reducida del territorio chino pertenece a los grandes

propietarios. Por lo general las granjas son pequeñas y muy cultivadas. La primogenitura no es una regla. La tierra de un hombre es dividida entre todos sus hijos a su muerte, pero como se reconoce que para mantener una familia un hombre necesita por lo menos cinco acres, algunas veces los miembros de la familia se entregan a otras labores.

De ello debemos deducir que los chinos no están atrasados. China necesita un desarrollo material determinado. Desde un punto de vista industrial, no debería hacer planes para la creación de grandes centros industrializadores. Su pueblo será más feliz y rico si desarrolla muchas instalaciones descentralizadas. Siempre es peligroso para un pueblo agrícola pasar rápidamente a ser un pueblo industrial, porque carece de los elementos necesarios para defenderse de la explotación. Cuando estos pueblos se industrialicen, no deberán vender barato su trabajo, ni a sus compatriotas, ni a los extranjeros, y es éste un problema que nos concierne a todos.

La India es muy distinta de la China. Allí la agricultura está realmente atrasada, y el suelo no ha sido adaptado de modo que queden eliminadas las dificultades climatéricas. Nunca olvidaré mi sorpresa cuando en una visita que hice a la India, en un mes de febrero, descubrí que a pesar de un calor que podía hacer crecer y madurar las semillas, las tierras eran secas e improductivas, ni siquiera aptas para el pastoreo. Faltaba el agua, y los habitantes estaban lejos de emplear los métodos científicos que permiten extraerla del mar, de los pozos, etc.

El servicio médico hace falta en todas partes. Este problema ni siquiera ha sido resuelto en los Estados Unidos, donde los descubrimientos médicos están a la cabeza de la lucha contra las enfermedades humanas; sin embargo, buen número de ciudadanos no pueden utilizar el servicio médico porque son incapaces económicamente. Los pobres viven de la caridad, los ricos compran lo que quieren, pero los hombres de la clase media temen siempre recibir la cuenta del médico. Es un problema tan grande como el de la falta de hospitales en China o el de la corta duración de la vida en la India o en África. La medicina y el conocimiento médico deben salir del mercado para ser puestos al servicio de la humanidad. Nada quiero decir sobre cómo deberá resolverse el problema. Solamente digo que es necesario resolverlo. Y es una hipocresía lamentarse por el atraso de los pueblos que no tienen medios de conocimiento, cuando nosotros que los tenemos estamos incapacitados para usarlos a menos que los paguemos.

Es absolutamente indispensable desarrollar en los países de Oriente, y especialmente en China, un espíritu de cooperación social, de amor a la humanidad, que dé a los jóvenes educados el ánimo necesario para que estén dispuestos a soportar el ais-

lamiento del campo. A más de las enseñanzas que normalmente se imparten en los grandes centros médicos, donde se puede trabajar con facilidad, se necesita enseñar a los graduados la manera de usar de sus conocimientos en un pueblo hindú o javanés, allí donde tienen que fabricar sus propios instrumentos y construir sus propios hospitales. Algo se ha hecho al respecto, pero mucho queda por hacer, y como para estas tareas se necesita más que nada energía espiritual, esa energía de que tanto carece la medicina moderna, hay que empezar aumentándola. Si se quiere que los pueblos tengan mejor salud y vida más larga, que tantos niños que mueren antes del año vivan, es absolutamente esencial fomentar entre los jóvenes doctores el espíritu de sacrificio.

¿Y no llegará a haber más hombres de los que el mundo puede alimentar? He aquí una pregunta formulada y discutida muy a menudo, y en realidad uno de los principales mitos de nuestro tiempo. Robert Owen, el gran industrial inglés, dijo en su libro *Nueva visión de la sociedad,* publicado en 1812, que "El miedo de todo mal que provenga de un exceso de población, y que durará hasta que la tierra sea un jardín cultivado, no es —si se investiga detenidamente el problema— sino un fantasma de la imaginación, hecho tan sólo para que el obrero continúe en una ignorancia, un vicio y un crimen innecesarios... El abastecimiento artificial que se funda en la ley de la oferta y la demanda, basada en el principio del medro individual, se opone al bienestar de la sociedad, y ha hecho que hasta ahora la población se preocupe por la comida."

Nunca se dijeron palabras más verdaderas, y hoy tienen más peso que entonces. Owen fué odiado y aislado por sus compañeros de industria por haber enunciado la verdad y haber puesto en práctica una serie de medios para probarla. La ganancia individual se ha opuesto y siempre se opondrá al bienestar de la sociedad, mientras sea tolerada. Entre tanto, un grupo pequeño, pero honesto, de sabios está luchando para que sean escuchadas las soluciones que proponen al problema y que en poco o nada difieren de las que dió Robert Owen hace más de cien años. Afirman que no hay superpoblación en el mundo; que se puede cultivar más de lo que se cultiva; que el mar es un depósito de alimentos que apenas han sido tocados; que la ciencia apenas empieza a producir comida. Un viajero no puede menos que sorprenderse al ver las inmensas regiones del Canadá que están sin cultivar. Todos los grandes países, incluso los Estados Unidos, tienen vastos territorios que no aprovechan; eso sin contar las tierras que son poco cultivadas o mal cultivadas. Sudamérica apenas es explotada, desde el punto de vista agrícola, y se dice que sólo Brasil, de ser cultivado, podría ali-

mentar al mundo. Incluso en China hay tierras que podrían usarse para producir alimentos. En la India la tierra produce un mínimo de lo que podría producir. Otro tanto ocurre en Australia.

La comida es el primer problema de los pueblos del mundo y por tanto debería ser resuelto con la facilidad con que sería posible hacerlo, si no se opusieran los intereses individuales. En la solución de todo problema hay quienes pierden y naturalmente se oponen por miedo a no seguir beneficiándose, o por miopía. No comprenden que un mundo en el que todos obtengan beneficios será un mundo más seguro.

Pero no hay dificultades materiales insuperables que se opongan al desarrollo de un mundo contento y bien alimentado. Nada en Asia ofrece tales dificultades que no puedan ser vencidas por la ciencia. La principal dificultad surge de un grupo de individuos, relativamente pequeño, pero bien organizado, que funda sus beneficios en el malestar de la sociedad. Todos los planes, todos los proyectos, todos los recursos con que se pueda contar, han sido expuestos, pero los conductores no quieren dar la señal para que se lleven a cabo. Es ésta la verdadera barrera.

No sé qué respuesta habrá de darse a este grave problema. No creo en las demandas que se hacen por la fuerza. Me opongo terminantemente a la violencia de las revoluciones. Nunca se logra nada bueno por medios turbios. No tengo, por tanto, ninguna sugestión que hacer y es posible que todo lo que he dicho y defendido falle por esta causa. Sin embargo, pienso que estas personas son pocas, aunque poderosas, y que en todas las comunidades donde el pueblo está suficientemente seguro de lo que puede tener, provee lo necesario para tenerlo y lo obtiene. Puesto que los pueblos se despiertan al saber que es enteramente posible el que todos los hombres puedan alimentarse bien, ser bien educados y gobernados, también es posible que el tiempo no preserve a esos cuantos privilegiados como los ha preservado en el pasado.

Si bien no creo que haya pueblos atrasados en la tierra, sé que hay muchas regiones del mundo que están sin desarrollar. Es necesario hacer hincapié en la necesidad que existe de desarrollar estas regiones, de aumentar sus comunicaciones, su producción de alimentos, su salubridad pública, en lo que respecta a lo físico; de aumentar el número de habitantes que sepan leer, los intercambios culturales, el espíritu de cooperación, en lo que respecta a lo espiritual. Sé que existen los medios necesarios para este desarrollo y que lo único que se necesita es trabajar. Las Naciones Unidas y sus Agencias pueden dirigir el aumento y mejora de los alimentos. En materia de salubridad pública sabemos que el hombre es capaz de eliminar hoy las más grandes calami-

dades del mundo. James Jen ha descubierto y probado la eficacia de un método de enseñanza de las primeras letras, y otros pedagogos han hecho otro tanto en el mundo. Nos encontramos en condiciones de marchar hacia adelante, en cuanto lo permita "la ley artificial de la oferta y la demanda, que nace del principio de la ganancia individual y que se opone al bienestar de la sociedad".

PEARL S. BUCK

Copyright by Unesco, 1949.

1

N O T A S

Libros

POESÍA

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA: *Oda a la alegría y otros poemas* (Losada, Buenos Aires, 1949).—

González Lanuza nos da, con la opulencia de sus recursos poéticos y metafísicos, un nuevo libro en la línea ascendente de los anteriores, *Oda a la alegría y otros poemas*, que lo refleja tal como yo sé que es. Siempre sus obras son —y recuerdo esa joya, *Variaciones sobre la poesía*— una dádiva, "un bien para siempre". Cada vez va el poeta serenándose y profundizándose más, internándose en sí mismo, para tomar contacto, por el otro extremo, con el mundo y con nosotros; hacia el logro de una poesía que se despoja, hasta donde puede, de las sobrecargas ineludibles de todo pensamiento que quiere expresarlo todo con la palabra, pero sólo en tanto es un sistema de signos orales de la Música. No tiende la poesía de González Lanuza a la transparencia de lo simple —a convertir las cosas en transitable cristal—, porque González Lanuza es complicado, y la complicación tiene una simplicidad que le es propia y que, por condensación, alcanza una equivalencia de diafanidad en otros planos. La sencillez es una cómoda abstracción, un robo.

Gusto de esta clase de poesía que estremece todas las regiones del alma, y no sólo una parte de ella, aunque sea la más fértil, revelándonos una imagen en pluralidad de imágenes, en resonancias y escorzos, tal como el juego de espejos multiplica

y multidimensiona un objeto único. Si debiera explicar qué encuentro en su poesía que difiere de la de otros autores nuestros —también excelentes y a seis mil codos sobre nuestra prosa—, diría que éstos se contentan con dos dimensiones para proyectar sus estados de ánimo, y que González Lanuza necesita tres. Porque además de la poesía tan rica de imágenes, que bastara con eso para ser de gran calidad, va proyectándose constantemente en planos profundos, con el manejo en que es hábil, de ideas que engendran ideas. González Lanuza lleva a la poesía vivencias de otras actitudes del hombre ante la vida. Sólo cuando se vive la vida plenaria del espíritu se puede escoger un instrumento de reducidas notas, como siempre es la poesía en comparación, por ejemplo, con la música. Podría citar muchos ejemplos de lo que entiendo que ha de ser un poema, comenzando —¿y concluyendo?— con Goethe y Keats, Hölderlin y Baudelaire, para llegar a nuestros días, y esto ha de ser suficiente para que se comprenda qué es lo que echo de menos en muchos de nuestros meritísimos poetas —jóvenes todos— y lo que me ofrece, colmado, González Lanuza. Me apenaría que se pensara que hago mi propio elogio, pero me parece que la poesía ha de ser para el hombre actual una amalgama, todo lo rica que se alcance a formar, de emoción, pensamiento y saber de cultura (no técnico). Porque únicamente cuando el poeta es al mismo tiempo un filósofo; cuando ha perfeccionado su técnica manual, por decirlo así, de pensar poesía, más que por un método de afinación y seguridad, por impregnación capilar de conocimientos diversos y por conciencia de las infinitas maravillas del mundo en que vivimos, puede expresar, olvidándolo todo, aquello que cada cual debe revelar de su propia, única, individual experiencia poética. Aunque, lo admito, haya de hacer sagrado cierto desorden.

Es inevitable que declare que nuestra poesía nueva —y en esto iba a la zaga o a la par de otras, sin nada nuevo y sin nada *poiético*— se ha satisfecho con poco, y éste es nuestro mal del tuétano. Hasta, se me ha de permitir, que encontró, adecuado a su ser, un nuevo canon y por cierto muy fácil, tal como, diría, lo descubre para sí, en música, "el niño prodigio". Autoinstrumentalización. No solamente una técnica verbal, sino un repertorio de la maestría, de modos de captar las notas de una realidad simplificada para el juego de la metáfora o de las resonancias de crispatura sobre el lago, de la imagen (pienso en Debussy, después de pensar en Beethoven). Satisfacen una exigencia de virtuoso. El poeta, en general, va al encuentro del lector exhibiendo al andar sus admirables dotes de ilusionista, con una confesión insincera que, al ir a dormirse, no podrá darle la santa plenitud del sueño. Nos sustraía su persona para darnos una ejecución admirable, un diabólico juego de manos de la mente. González

Lanuza se nos entrega vivo y entero, con sus éxtasis de observador mas también con sus vivencias angustiosas, y al fin de la lectura descubrimos que hemos estado leyéndolo a él y descubriéndonos.

¿Debo referirme en concreto a poesías del libro? Tenemos el poema a Pablo Neruda, que no es un poema sino en su forma inevitable: hervor de sangre, sangre que es el cuerpo intranquilo y viviente en los moldes exánimes del cuerpo; calor de vergüenza, de iracundia y de venganza —la de todos los hombres hombres— por los crímenes que envilecen y no salvan. Hablar así, sentir así, castigar en la cara a los fratricidas, escupirles en la cara cuando están en su trono con la tiara o la diadema, sobre pueblos prosternados, eso es poesía que sale de las entrañas y que canta porque gritar es menos. Hay también esa maravilla de arquitectura orgánica, que Goethe aprobaría con un signo de cabeza, la "Oda al reino vegetal", que es otra vez el dibujo de lo tectónico, la *hoja* que se desarrolla a nuestra vista. Y esos dos poemas que Whitman aprobaría con una sonrisa complacida, "El niño que juega a la orilla del mar" y "En este preciso instante". O, porque no puedo omitirla, su "Oda de las generaciones", de una terrestre confraternidad, con su final digno de Bach: *sumo mi voz a las corales / voces que han callado / para aceptar mi parte en su pecado, / oh, despiadadas cifras inmortales!*

El gozo que se experimenta en la lectura de estos poemas, proviene en parte de que en cierto modo expresa lo que, por descuido, no pudimos nosotros expresar. Y así su poesía nos pertenece, en condición de que, vivida por nosotros, halló en él su forma poética. ¿Cómo no sentir, en el poema a Helen Keller que, efectivamente, nuestra ilusión de un mundo mecido en terribles ondas de luz y de sonido, nos oculta al otro, más profundo, más serio, más eterno, más de los cuerpos vivos y sin conciencia, más del vegetal y del invertebrado? Porque en ese mundo vivimos, sin pensar jamás en él. Ponernos en contacto con sus raíces sombrías, rehabilitar en la conciencia las casi abolidas sensaciones somáticas de los sentidos "inferiores" —los que realmente piensan—, revivir nuestra antigua vida de organismos elementales —¡tan sencillo y feliz era todo!—, es una superextensión perfectamente lícita de nuestra emoción de la vida, que sólo la poesía puede realizar.

González Lanuza nos transporta muchísimas veces hasta esos confines de la conciencia lúcida con la vaga intuición de un cosmos infinito e informe, de materia y de espíritu, sumergiéndonos en su amnios vital, de nuevo; y enriquece así su sensibilidad y la nuestra con inéditas exploraciones. A esta forma de bordear lo insondable pertenecen sus sagrados salmos profanos. Sentimos, olvidada, la ausente presencia

de un Ser que ya no existe, pero que ha existido muchos centenares de millares de años; o que comienza a existir. Y su hueco, su vacío perfectamente recortado del cosmos que lo configura rodeándolo, tiene la misma sustancia y la misma forma que tuvo cuando lo ocupó. Y no ocupándolo, siendo su no, su hueco, vuelve en esos Salmos a revestir la misma majestad que en la trémula exaltación de David. ¡Cuánto tiempo que no se elevaba hasta Él una plegaria tan pura!

Y esta misma actitud, tan de Lao-Tsé el Mirífico, anima en lo más recóndito el otro salmo a Helen Keller, que me place sobremanera y que estoy seguro de sentir con el pensamiento como si yo lo hubiera concebido. Helen Keller ha hecho lo que nosotros, disminuída en sus órganos de captación de la realidad, y aumentada en la capacidad de resonancias cerradas de los sentidos restantes, misteriosas vías de contacto con lo que no es ella. Su mundo ("el mundo en que vive") no es menor, ni inscrito en una zona del nuestro: es otro, ¿y por qué más pobre y más sencillo? El privilegio de la vista y el oído, más el de la expresión verbal, es don excesivo que nos ofusca, y que *acaso se nos dió para perdernos*. El de Helen Keller es un carecer que se lleva lo superfluo, lo que con su magnífico atavío nos cubre la mente con el velo de Maya, y deja desnuda la intuición de las cosas en sí, en su lóbrego silencio, del mundo de tierra y de agua, de fuego y de ondas magnéticas. No ver, no oír, no expresarse con la palabra sino con signos órficos o pitagóricos o táctiles; dejar que los sentidos cuyos órganos no se proyectan al exterior sino que lo absorben todo, y dialogan en las sombras entre sí, creando "sus fantasías" mudas y ciegas, de carne, de vida secreta, reflejándose a su vez en la conciencia (si es que a tal punto nos resulta indispensable para comprender), eso es lo que yo siento en la lectura del poema de González Lanuza. No es un poema, es una ofrenda que a todos nos hace en la persona de aquella mujer extraordinaria. Yo he tenido la merced de conocerla, tan sensible como un registrador de las ondas más sutiles, y sé que si ella conociera ese poema y estuviese, las manos en las manos, conversando con el poeta en silencio, le besaría la frente.

Lo hago yo por ella, ¡tan distante!

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

OCTAVIO PAZ: *Libertad bajo palabra* (Tezontle, México, 1949). —

Curiosa y aleccionante es la actitud poética de Octavio Paz. Como en el linde de dos mundos, de dos planos, su ambición atiende a la consulta inmediata de la in-

timidad, a la revelación instantánea que hace al poema como el fuego su llama; y, a la vez, un imperioso deber expresivo lo fuerza a dar al poema su sistema de claves, su topografía transitable. El contenido mayor de *Libertad bajo palabra* es testimonio de esa coexistencia dolorosa del poeta con el artista, del fuego con la iluminación.

Es cierto que, después de no pocos malentendidos, se ha llegado a liquidar la querella "fondo-forma" que incidía con particular perjuicio en tanta labor poética del pasado. Es también cierto que, cuando un problema alcanza solución, conviene examinar si ésta, después de todo, no continúa el problema bajo un mejor disfraz. Si todo fondo presupone su forma, si no cabe ajustar el dato puro a la norma porque no hay dato que no implique su norma, esta evidencia no se da con total validez más que en la esfera personal, donde nada tiene nombre porque el poeta *is made one with Nature* —como se dice de Keats en Adonais. Ahora bien, poesía es siempre una cierta denominación, un salirse del contacto esencial y, a la vez, mantenerlo y comunicarlo; por eso hay poesía mística. El riesgo principia allí donde el poeta vacila entre el contacto y la denominación; mejor aún, entre la denominación y el mensaje; para que éste contenga a aquélla, para que el *yo* alcance a valer en el *tú* y no traicione retóricamente su esencial originalidad, un destino poético es necesario, una moral se juega a cada paso; toda poesía entraña una decisión de su poeta; y si ha podido señalarse que no hay, *stricto sensu*, poesía sin comunicación, sin *tú*, los grados de esa trascendencia contienen la prueba del poeta, su batalla para que el fuego original sea también fuego cuando otros ojos lo contemplen en el poema, y no una imagen lunar de la llama. Creo que el valor más auténtico de la poesía contemporánea está en esa voluntad de no darnos luna por sol, de conectar al lector en una relación equivalente a la que hizo posible el poema. (Por eso tanta poesía actual tiene por tema su propio génesis; el poeta busca, necesita comunicar todos los elementos, desde el impulso inicial hasta el proceso mismo de la expresión; ¿no se tiene frecuentemente la impresión, al leer, de que se está asistiendo al actor creador mismo? Neruda, Eluard, Pierre-Jean Jouve; vicariamente, leer sus poemas es hacerlos.)

Octavio Paz pisa de lleno en esta difícil zona del deslinde; su obra es un esfuerzo para asumir el contenido de su sensibilidad, sin retacearlo *ni elegir a posteriori*, y a la vez favorecer verbalmente la aprehensión de esa totalidad confusa y varia. Como Aleixandre —con quien le adivino un contacto y un afecto—, su poesía es altamente inteligible, por poco que se acepte dar al término un valor menos escolar y localizado. Paz nos dice que inventa la Palabra, y la rica imagen que titula su libro proclama la libertad verbal del poeta; pero la suya es la mejor libertad, la

que se inserta en las dimensiones humanas, la que da al hombre su movimiento más puro y propio. No la libertad furibunda de la pesadilla; el mundo poético de Octavio Paz es libre porque no olvida la ubicación de las puertas y las paredes, los ojos y los oídos. ¿Se puede hablar de la libertad *funcional?* Este poeta recoge todo lo que en él crece, y nos lo tira a la cara. Nos lo tira a nosotros; su tiro tiene intención, dirección. Para jugar y para querer se precisan por lo menos dos.

Tal intención y dirección están presentes en casi todos los poemas de este libro; los de *Vigilias* y *Asueto* las muestran por la vía real de los sonetos y las inscripciones; el resto —más duro, próximo a las fuentes y por eso más amenazado de confusión y aislamiento— prueba la eficacia de la invención verbal de Paz; dueño de sus palabras —a las que empieza por invectivar con legítima cólera de amante—, sabe distinguir entre las que se ordenan poéticamente y las que sólo por prestigio retórico o psicológico tienden a instalarse en el poema; a estas últimas las arroja por la borda, o las neutraliza sometiéndolas a curiosas significaciones marginales, que son uno de los encantamientos de su verso. Se queda así con un vocabulario muy simple, como si no viera otra manera de que su materia poética —simple por elemental, por entrañable— alcance comunicabilidad. Las imágenes de *Libertad bajo palabra* nacen de esa simplicidad original, y se ofrecen distintamente al sentimiento; su carga intelectual apenas pesa al lado de su transferencia sensible, plástica, sonora. No es la suya una poesía sensual sino sentimental —quitándole al término toda la escoria que le ha echado encima el mal uso.

No es desacertado mirar la obra de Paz desde la palabra; él lo quiere así, tiene la buena humildad del pintor que hace sus colores y mezcla las tierras. Alabo su rechazo del lujo sudamericano, su miedo a la palabra cuya tremenda fuerza conoce. Como Cernuda (otro armónico en su canto), se ve en Paz una voluntad de metopa, de friso; y esto, cuando se es portador y responsable del fuego sin forma, explica la tremenda tensión de *A la orilla del mundo, Puerta condenada* y *El girasol,* donde se aloja lo mejor de este poeta. Quisiera citar tres poemas: *A un retrato, Cuerpo a la vista* y *Sueño de Eva,* como testimonios de esa tensión entre el balbuceo original y la voluntad de trascendencia que hace de Paz un alto poeta. Cito también un verso:

Siempre hay abejas en tu pelo.

JULIO CORTÁZAR

ENSAYOS

ALDOUS HUXLEY: *La doble crisis;* JOHN RUSSELL: *La salida* (Sudamericana, Buenos Aires, 1949). —

La doble crisis que aflige a la humanidad de nuestro tiempo se manifiesta en dos niveles: un nivel superior, social y político, para todos visible; y otro nivel inferior —donde opera un proceso más grave pero menos manifiesto a la conciencia común— que es la incapacidad del hombre para producir el mínimo de alimentos que reclama la población del Globo.

El socialismo nos había acostumbrado a pensar que en cuanto fuese racionalizada la economía, esta tierra, donde hemos caído, nos daría la abundancia, la paz, y vagares generosos. Muy lejos de ello —nos dice Aldous Huxley—; fuese cual fuere el sistema económico y social que adoptemos, persistirá la miseria, especialmente la insuficiente nutrición, porque somos incapaces de alimentar a los actuales pobladores del mundo y, sin nuevos e imprevisibles descubrimientos técnicos, no podremos hacer frente a las necesidades del aumento numérico de la especie que crece a razón de 200 millones de seres humanos cada diez años.

Lo peor es que el suelo se está volviendo estéril, al tiempo que la civilización industrial saquea apresuradamente los recursos minerales del Planeta, sin ninguna posibilidad de reproducirlos. "El hombre moderno —escribe Ward Shepard en su libro recién publicado, *Alimento o Hambre*— ha perfeccionado dos procedimientos, cualquiera de los cuales es capaz de aniquilar la civilización. El uno es la guerra atómica; el otro, el desgaste universal del suelo. De los dos, el desgaste del suelo es el más insidiosamente destructivo. La guerra quiebra y destruye el medio ambiente social, que es la matriz de la civilización. El desgaste del suelo destruye el ambiente natural, que es su fundamento."

¿Qué hacer? ¿Limitar los nacimientos por la persuasión y la compulsión? Empresa difícil y de alivio no inmediato. Entretanto, el nivel inferior actúa sobre el nivel superior, y puede desencadenar las temidas catástrofes políticas, como la guerra de agresión para procurarse materias escasas y tierras productivas. O dicho con una metáfora un tanto apocalíptica: el terremoto provocará la tempestad en el nivel atmosférico y superior.

Pero a remediar nuestra congoja, si la tenemos, acude John Russell con su *Sa-*

iida. Nos dice que la expansión agrícola en nuevas tierras brinda anchas posibilidades. La técnica moderna hace factible el cultivo en regiones secas, antes desaprovechadas; también fueron vulnerados los "límites de temperatura", y hoy es posible cultivar vegetales donde antes no prosperaban por razones de clima, como es el caso del trigo en la franja ártica de Rusia y Siberia; finalmente, queda la gran reserva de los trópicos, y ya se están haciendo planes para el desarrollo de África (hace poco los organismos de crédito internacional concedieron 1.300 millones de dólares para el África británica). La técnica, en lo que respecta a abonos y métodos de cultivo, ofrece también mucha elasticidad en cuanto al aumento de los rendimientos. En fin, que no es seguro en modo alguno que vayamos a morirnos de hambre, ni que nuestra civilización tenga que destruirse, siempre y cuando las naciones cooperen razonablemente.

Sin embargo, existen problemas de alimentación que parecen insolubles, como el de la India, "si su población continúa creciendo en la proporción actual". ¿Cómo darle el alto a esta importuna riada de vida? El autor no nos lo dice, y en cambio no nos ahorra esta sentencia de ilustre y aun divina resonancia: "No hay perspectivas de existencia fácil; la suerte de la humanidad será siempre dura."

El trabajo de Aldous Huxley, desolado, es de una desolación encantadora, por el orden gracioso de la exposición, y el arte cisorio con que separa las ideas y las hace brillar limpias, pulidas. El estudio de John Russell es más optimista, pero no resulta tan grato, a causa de la forma menos elegante. En cambio tiene a su favor la riqueza de datos y conocimientos técnicos. Es de notar también que, mientras la versión del ensayo de Huxley es buena, la del trabajo de Russell, en cuanto puede juzgarse sin tener a la vista el original, se resiente en algunos de sus pasajes.

ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ

CONTESTACIÓN A UN DIÁLOGO POLÉMICO SOBRE EL CINE Y EL TELÉFONO

Guillermo de Torre —que en una polémica consigo mismo nos dice evitar, a la vez, lo "standard" y lo "huero"— acaba de servirnos en SUR (Nº 178) un ataque en regla a "la civilización de la coca-cola". Sin embargo ¿es que hay algo más "standard", hoy, que ese género de disquisiciones? ¿Y de más "huero"? Confío en que

el mismo Guillermo no esté de acuerdo con el personaje a quien le hace repetir esos lugares comunes. Es demasiado inteligente para ello. Por consiguiente, pienso tomármelas con ese personaje.

En Estados Unidos nadie, que yo sepa, está hipnotizado por un cuarto de baño, por un automóvil, por un surtidor de nafta, por una frigidaire, por un aspirador de polvo, por un teléfono. Allí esas cosas forman parte de la vida cotidiana y se usan, a su hora, como un cepillo de dientes. Desde luego, cuando no se tiene automóvil se desea tenerlo. Ídem para lo demás (incluso el cepillo de dientes). Pero ¿es que ocurre algo distinto en los países exquisitamente, delicadamente latinos como los nuestros? ¡Vamos, vamos! En cuanto a Europa . . . Me ha sucedido, en 1939, vivir unos pocos días en Alemania a donde fuí a visitar a un amigo, privado por Hitler de su pasaporte. (¡Ah, eran los buenos tiempos! Nos imaginábamos que una vez vencido el nazismo y decapitado el monstruo, ya no necesitaríamos mendigar papeluchos, como criminales, para conseguir el permiso de pasar de un país civilizado a otro.) Yo viajaba en un Packard que no tenía nada de sensacional. Y bien, cuando el auto se detenía en una calle de Darmstadt o de Francfort, la gente se agrupaba alrededor para mirar la máquina. Si me hubiera paseado en una calesa tirada por cebras, no habrían quedado más boquiabiertos. En los Estados Unidos nadie nos hubiese mirado.

En cuanto al teléfono, nuevo totem del cine según el personaje de Guillermo, ¿cómo es posible que personas que parecen haberlo leído todo, retenido todo, olviden de dar al César lo que es del César? En este caso, César es Cocteau. El personaje de Guillermo no puede ignorar que hacia 1931 (¿o 1930?) París fué arrebatado por el ensayo general de *La voix humaine*. Eso ocurría en un teatro que nadie llamaría teatro de vanguardia: la Comedia Francesa. Yo estaba ahí por casualidad. Pues bien: el único héroe de esta pieza en un acto es precisamente el teléfono. Mlle. Bovy parecía no existir sino en la medida en que aquél funcionaba de acuerdo con sus necesidades. Al final, llevaba el paroxismo hasta parecer que intentaba estrangularse con el hilo de dicho aparato. Si alguna vez el teléfono fué tratado como totem, lo ha sido en esta pieza. Por lo contrario, en una opereta de un acto, *The Telephone*, Gian-Carlo Menotti, músico italo-yanqui, caricaturiza a los telofómanos. Pero fué compuesta sólo hace dos años. De donde se deduce que esos pobrecitos yanquis (tan atacados, tan difamados, pero que aguantan los golpes con perfecta indiferencia y siguen muy campantes) no han inventado siquiera la utilización artística de este "chirimbolo mecánico". La paternidad de la idea es de Cocteau (y hace muchos carnavales que Cocteau no pertenece ya a la "vanguardia").

Esto dicho, el teléfono no ocupa en los films yanquis —con excepción de *Sorry! wrong number*— más lugar del que ocupa en nuestras vidas: mucho lugar, ¿por qué no? Tengo cantidad de amigos que hacen de este aparato un uso tan inmoderado como el que hacen los perros, en sus paseos, de los troncos de árbol y de las paredes. No pueden pasar al lado de un teléfono sin intentar una llamada. Conozco algunos tan extravagantes como para hacer oír discos a larga distancia. He asistido a pesar mío (no puede uno taparse los oídos durante horas) a conversaciones telefónicas de las que sólo oía por boca de una de las partes (a intervalos diferentes, con inflexiones de voz muy matizadas, debo reconocerlo) estas dos únicas sílabas: "¿Que qué?" Sin embargo, tales personas no eran más yanquis que yo. Difícilmente las imagino sin un tubo pegado a la oreja y lanzando en el receptor unos "¿Que qué?" plañideros, o indignados, o arrulladores, o apremiantes, o distraídos.

Tampoco estoy de acuerdo en lo que respecta a la propaganda. Cada cual la trata a su manera y según lo que pretenda obtener de ella. Cuando en un film europeo nos muestran un cuarto sucio y destartalado, niños andrajosos, adolescentes mal alimentados y viciosos, no lo hacen para invitarnos a compartir, a admirar ese "way of life" sino para probarnos, al contrario, que conviene acabar con él. Y está bien que así sea.

Pero no veo por qué esta propaganda ha de ser menos propaganda que la que nos presenta frigidaires llenas de fiambres apetitosos, cuartos de baño relucientes (que existen en la vida corriente de todo yanqui corriente, lo crea o no el interlocutor de Guillermo de Torre). Y si la frigidaire o el cuarto de baño no pueden y no deben saciar las necesidades del alma, son —no lo dudemos— una alegría para el cuerpo. Y con nuestro cuerpo hemos de convivir.

En cuanto a *Alejandro Newsky* (que admiro mucho) e *Iván el Terrible* (que no me gusta), ése es otro cantar. Nos encontramos con ellos en plena exaltación nacionalista. Se necesita todo el genio de un Einsenstein para que esos films, admirables como ballets, resulten soportables a quienes no creemos fanáticamente en los "chirimbolos mecánicos" de los Soviets. ¿Y acaso los otros films de Eisenstein estaban desprovistos de espíritu de propaganda política? *¿La línea general,* el *Acorazado Potemkin?*... ¿Qué dice de ello el amigo Guillermo (o sus personajes)?

No se anda con vueltas para atribuir todas las necedades y las tretas hilvanadas con hilo blanco (olvidando las tretas hilvanadas con hilo rojo) a los pobrecitos yanquis. Hasta la conversión al dólar de Salvador Dalí. Si a este pintor (a quien nadie le niega talento) le gusta la moneda *bien respaldada,* es éste un gusto

que le pertenece y que ha traído sin duda de su Cataluña natal. No pocos europeos lo comparten abiertamente o en su fuero interno.

¿No habría, pues, más que un solo film americano de calidad: *Citizen Kane*? Esta afirmación es ya "wishful thinking". Hay otros films admirables y sin teléfono, como *The search (La búsqueda)*, americano cien por ciento. Americano cien por ciento a la manera del joven actor que tiene a su cargo el principal papel: Montgomery Cliff. Este muchacho, cuyo uniforme reducido (como el de todo el ejército norteamericano) a su más simple expresión podría pasar por el de un mecánico, es la imagen de la juventud yanqui *at her best*. Da placer verlo, esbelto, elástico y fuerte, caminar, bajar una escalera, saltar a un *jeep*. Además, una fina cabeza de aguilucho, movimientos rápidos de animal joven en acecho. Inteligencia en la interpretación del personaje y nunca sensiblería en la emoción. Pero no sólo se admira a Montgomery Cliff en *The search*. El film entero está logrado y los actores, empezando por el niño (europeo, creo) y la excelente Aline MacMahon convencen sin recurrir nunca a la grandilocuencia en la expresión de la alegría o del pesar.

Y no olvidemos que Chaplin hace sus films en Hollywood. Y no olvidemos que Danny Kaye es uno de los actores más irresistiblemente cómicos de nuestro tiempo.

Habría mucho que hablar al respecto. Pero es ésta una simple nota.

Si lo que he visto y oído en U. S. A. (qué orquestas, qué teatros, qué puentes, qué parques, qué bibliotecas públicas, qué museos, qué helados de crema) es el resultado de "la civilización de la coca-cola" (que no bebo): ¡Viva la coca-cola!

VICTORIA OCAMPO

SOBRE LA VIDA DIARIA

En cierto número de SUR, a Victoria Ocampo le extraña que nadie pensara en escribir un ensayo sobre el lavado de platos. Ampliando esta sugerencia, se me ocurre decir algo sobre las pequeñeces diarias en su relación —mejor dicho, en su eterna disensión— con las almas sedientas de creador retraimiento.

Buenos Aires, selva o no, es amarga, dura. Buenos Aires es la ciudad del tiempo perdido, de las paciencias y las impaciencias sin fin, del mal humor y la grosería unánime. Esto puede parecer lo que es: una lamentación adolescente; sin embargo, las he oído parecidas en boca de muchas otras gentes, infinidad de veces. Buenos

Aires debe de ser la ciudad con mayor número de descontentos. No puedo defenderla con comparaciones, porque ninguna de las pocas ciudades que conozco —New York, Washington, Río— me han saturado de igual infelicidad. Aunque es muy posible que éste sea un punto de vista turístico. Juan Ramón, por ejemplo, no entendía nuestro rencor por Buenos Aires: él la vió llena de luz, de espíritu. Tal vez luz y espíritu que él lleva siempre consigo, nada más. El Buenos Aires que se llevó en el alma es demasiado perfecto para ser cierto: es el Buenos Aires que él hizo, descubriendo muchas verdades y muchas mentiras, como una ciudad fantástica surgida a su paso y sumergida tras él.

En la ciudad, por lo tanto, empieza el drama que continúa en la casa y acaba, enloquecedor, en nuestras pobres mentes. ¡Dichoso el que pueda tañer la lira en su olimpo familiar, en soledad o amparado por discretas y comprensivas presencias, entonces! ¡Heroico —y más común— el que pueda hacerlo careciendo de tales auspicios!

Para fundamentar mi queja, tengo que referirme a experiencias personales o ajenas, pero muy próximas. En las ya históricas no confío ni me interesan: digo lo actual, sin comparación temporal o espacial, a pesar de lo que Manrique y las guías de turismo propongan.

Mi experiencia es un acondicionamiento de circunstancias familiares adversas que me desconectan del mundo ideal lo más asiduamente posible. Es decir, que pocas veces puedo darme el lujo de una hora seguida de concentración. (Lo digo, no por ser excepcional, sino desgraciadamente demasiado común: desgracia de este lugar y de este tiempo.) Eso, descontadas las tareas, que debieran ocupar un tiempo aparte, pero que a veces usurpan horas imperiosamente dedicables a mejor empleo. (Esto debe de resultar un poco absurdo para las aristocracias deshumanizadas a lo Virginia Woolf en sus teorías sobre el cuarto propio.)

La tarea doméstica tiene, en realidad, la virtud de ser una gimnasia y de procurar un descansado vacío mental por donde transcurren, al menos, algunas fértiles ráfagas de pensamiento. En eso difiere de la terrible agonía oficinesca, que mata por los números, agobia por la estupidez y vacía por el cansancio.

Los platos brillosos de agua, las manos resignadas al asco, pueden estar a gran distancia de la ocupación mental, hasta provocar una feliz distracción resuelta en canturreo o monólogo insigne.

Para mí, tareas como ésta empiezan a ser denigrantes desde el momento en que, sin derechos, se expanden de su tiempo para usurparnos el que tendría que ser —íntima y divinamente— de la musa de nuestra preferencia.

Entre las experiencias ajenas, la más ejemplar que conozco es la de Juan Ramón Jiménez. Me refiero al mismo Juan Ramón Jiménez de la famosa leyenda del cuarto impermeabilizado madrileño. Juan Ramón no tiene cuarto de trabajo, ni siquiera escritorio. Escribe en un sillón de la sala muy próximo a la puerta de entrada, bloqueado de libros, papeles y vasos florecidos de lápices amarillos. Proveedores e inesperados visitantes interrumpen su tarea a cada rato. Además, su avanzada aristocracia —verdadera aristocracia de inteligencia y humanidad— le impide aceptar cualquier servidumbre. Él mismo tiende su cama, prepara su comida y lava sus platos amarillos, sin tolerar la menor intervención ajena. Todavía más: se indigna contra el rutinario concepto servil. Tal dignificación del trabajo menudo puede llevar a un increíble entendimiento social. En Norteamérica, por lo pronto, no va a haber más remedio que aceptarla, y es justo.

A veces se me ocurría pensar que Juan Ramón, pese a toda la verdad de su ejemplo, era capaz de llevar sin perjuicio tal vida, por acumulación de paz interior. Es decir, Juan Ramón pudo crear su intimidad, desde niño, en un ambiente propicio: los años no hicieron más que fortalecer su soledad, su estar en sí mismo, pese a los vaivenes exteriores. Y esa concentración acumulada es lo que ahora lo salva, lo inmuniza contra un desgajamiento insoportable.

En cambio, los que no tienen ni siquiera una paz de infancia que recordar, las juventudes rotas por el trajín, ¿en qué futuro pueden confiar para el establecimiento de su verdadero destino? Nacemos para hacer ese destino nuestro, y si no lo fortalecemos temprano, el tiempo no hará más que debilitarlo.

Pero hay otra cosa importante: que el genio no es sólo genio por su facultad creadora, sino también por la fortaleza que le hace superar las dificultades, por su capacidad de adaptación y por su sensibilidad desangrada en canto.

Seamos geniales, entonces, y las quejas sobren.

MARÍA ELENA WALSH

Música

EL OCASO DEL VIOLÍN

He meditado estas líneas frente a un viejo atril, antiguo testigo de mis soledades de violinista. No es que me sienta inspirado por él, aunque él bien merezca, de quien fuera poeta, los versos propicios. Pues en cierto modo el atril es la medida del ejecutante y su permanente espectro familiar, la sombra y el representante del ausente. No es el expresivo maniquí, el mímico personaje inerte quien dicta estas palabras inmóviles, sino dos cuadernos de música que en él reposan al azar y que espiados distraídamente una y otra vez, desde la mesa en que escribo, han terminado por sugerirme algunas reflexiones no menos nostálgicas que las que hubieran motivado dichos versos, aunque, eso sí, más prosaicas. Uno de aquellos cuadernos contiene antiguas páginas, y el dudoso color de sus cantos traiciona el reiterado manoseo. El otro es, por el contrario, pulcro y flamante, de moderna factura e impresión. Una sonata de Corelli y un concierto de Bartók reposan, en increíble vecindad, sobre la pequeña tabla que los sostiene en pie. A su modo simbolizan dos épocas, dos mundos. Dos violinistas.

Y es cierto que ambos lo hacen de manera insigne. Debo hacer esta salvedad, incluída en la palabra "ambos". Pues en general, y para algunos modernos a ultranza, los violinistas estamos señalados como insanables reminiscentes, definitivamente anclados en el Trino del Diablo. Se nos sospecha de retrógrados. Y es verdad que no faltan en nuetra cofradía: desde el cursi, eternamente aferrado a su media correspondencia con Tartini, hasta el negligente, feliz de no pasar de su tercera posición. Satisfechos el uno y el otro con sus consabidas fórmulas. Porque pretendo no pertenecer a ninguna de tales especies es que anticipo no querer hacer aquí el panegírico de la era clásica para oponerla, en fácil contraste, con los tiempos de la nueva música. Tal podría hacerlo maliciar el lamentoso título con que inicio esta nota. Pero se quiere, tan sólo y "sine ira", subrayar un hecho.

Todo tiene su apogeo y su decadencia. El violín y su música pasan por su época de oro en los siglos XVII y XVIII, después de una gestación que venía produciéndose desde el Renacimiento. Ambos habían irrumpido en prometedora plenitud hacia el 1700 y el uno y la otra se habían urgido recíprocamente bajo el signo

de las nuevas exigencias armónicas y del perfeccionamiento constructivo del instrumento. Hay un instante en que la necesidad melódica de un tipo de música se confunde con las virtudes propias del instrumento llamado a expresarla, sin oscilar ni más acá ni más allá de sus posibilidades propias. El ajuste es entonces perfecto y ninguna discrepancia separa al autor del ejecutante. El hecho de que los grandes compositores de la época clásica del violín —Corelli, Vivaldi, Tartini— hayan sido a un tiempo incomparables ejecutantes del instrumento para el cual escribían es un símbolo de aquella armonía. Unos y otros tuvieron la fortuna de decirlo todo sin violentar en ningún momento las posibilidades del violín a que su mensaje iba destinado. Bastaría con echar una ojeada a la música producida en el período que sigue a Tartini para convencerse de que tanto aquellas figuras ilustres como su fiel legión de secuaces habían procedido de acuerdo a una discreción impar.

Es bien conocido el principio a que aquellos músicos ajustaron sus procedimientos, en la relación que les imponía el instrumento a que iban dirigidos. Dicha norma es el canto, primera virtud del violín y del violinista. Todo lo demás había de darse por añadidura, en gracia a la riqueza ingénita del instrumento y a las infinitas posibilidades del arco, aptos el uno y el otro para las invenciones más audaces, como lo demostraría, más tarde, Paganini. Melódico por definición y singularmente dotado por su cuerpo y su voz para la representación más íntima, el violín había de ser el vehículo perfecto de una música que se descubría a sí misma como expresión del más hondo lenguaje humano: de un "pathos" cuya calidad sentimental se adecuaba sin resquicios al más puro rigor formal.

En un sentido estricto, pues, y si debe entenderse por apogeo de un instrumento y su música aquel que es señalado por la más estrecha correspondencia entre ambos, podría decirse que el violín acaba con Tartini y que el *Arte del Arco* es su definitivo testamento. La evolución histórica cumplida en el arte de este instrumento inmediatamente después del gran maestro de Padua confirmaría de modo ejemplar la rigidez de aquel aserto. Es sabido que el arte del violín sufre en su patria un colapso repentino: su incomparable escuela pasa a Francia a través de Viotti, el último gran violinista italiano si exceptuamos a Paganini. Pero ya la estética de Viotti es muy otra que la de sus ilustres antecesores, cuyo arte había recibido de manos de Pugnani. Su siglo es otro y es una aura romántica, cargada de las suertes de la ópera, la fuerza que anima, pese a la sobriedad apolínea del discurso, las frescas modulaciones del concierto en *la* menor (Nº 22).

La ópera va a resultar funesta para la música de violín al introducir en su arte

un discurso que sólo le conviene en la deleznable medida de un "canto" que no es, ya, el suyo. Los conciertos para violín escritos en el período francés que culminará en la famosa escuela de París (Baillot, Kreutzer, Rode) parafrasean a la "diva" que sus autores acompañan, desde el foso, en los teatros de ópera y el solo subtítulo del concierto op. 47 de Spohr: "*in Form einer Gesangszene*", bastará para confirmar, poco más tarde, la caída del violín en una estética que no le es propia. Hay en todo el proceso que aquí tan sólo apuntamos un primer germen de disolución del arte del violín, demasiado conocido, por otra parte, para que insistamos sobre él. Bastará recorrer cualquiera de los conciertos de Kreutzer, de Rode o de Baillot para concluir sobre un gusto amanerado y barroco, rebajante, en definitiva, de un violín que es capaz de mucho más, como lo van a demostrar en el mismo siglo Beethoven, Mendelssohn y Brahms. Ello sin desmedro de la pericia pedagógica que hiciera la fama de aquellos maestros y del respeto, bien loable, que por las posibilidades mecánicas del instrumento reflejan sus partituras.

Pero ya en Paganini hay un principio de disolución del violín, por más que el aserto parezca a muchos un sacrilegio. Y lo hay en el doble aspecto de una técnica instrumental y de una música que en el gran violinista se funden en un sólo concepto artístico. Dejamos de lado, momentáneamente, al Paganini de los *Concerti*, de las *variazioni* y de las *paráfrasis*, composiciones de raro interés, en cuanto la técnica deslumbrante que exponen pertenece también a una estética, pero en las que el genovés no nos dice esencialmente nada desde el punto de vista musical. Ya volveremos, por lo demás, sobre ellas. Entendemos referirnos al Paganini de los *Caprichos*, op. 1, obra tan única como el genio que la concibe y su más auténtico reflejo. Vale la pena insistir sobre este carácter de "único" que, como un sino indeclinable, define la trayectoria entera del gran violinista. Porque ni procede de nadie ni a su vez genera escuela alguna. Está solo. No hay tránsito de los procedimientos de Tartini a las suertes de Paganini, y éste último no deja sino un discípulo: Camilo Sívori, artista mediocre, por otra parte. Son hechos sintomáticos, en estricta correspondencia con una estética que vuelve irrenovable la hazaña, curiosamente infecunda en el arte mismo a que sirve.

Ya con sus incursiones foráneas en la guitarra (lo que podríamos llamar su "guitarrismo") y en la viola, Paganini creaba un instrumento concebido también desde afuera: algo más y algo menos que el violín. Su grandeza y su miseria, invalidado el descubrimiento por una originalidad "sui generis" que habría de tornar imposible toda transmisión escolástica. La razón es que la novedad aportada por

Paganini está íntimamente ligada a una estética que excede, con su tesitura carnavalesca y monstruosa, con su funámbula y genial virtud de "estupor", la naturaleza misma del instrumento, poco apto en el fondo para semejante aventura, salvo en las manos del propio autor. Si, a estar a los testimonios de la época, nadie había producido (ni nadie habría de producir) el efecto de estupefacción que Paganini causaba a sus oyentes, ello se debió, sin duda, mucho menos a las posibilidades de su maravilloso mecanismo que al milagro de transponer en un "medio' tan específico como el violín una concepción que por sus inusitadas exigencias armónicas y de color pedía, quizá, una organización sonora más vasta: la orquesta, lo sinfónico. Y lo prueba todavía el hecho de que los *Caprichos* "se dejen oír" en las transcripciones o en las variaciones (Schumann, Liszt, Brahms, Rachmaninoff), sea el piano o la orquesta el instrumento que los recoja. El carácter ilustre de los transcriptores probaba, por lo demás, la calidad musical de aquel exceso que Paganini llevaba a cabo sobre el violín de la *opus* 1.

Pero hay una demostración irrecusable de que Paganini disolvía el violín en la hoguera de su desmesurado genio, convirtiéndolo en un mundo solitario e inimitable, definitivamente muerto con él. Y es que la maravilla de que nos hablan testigos tan impares como Heine o Liszt, Goethe o Schumann no habría de repetirse. Es cierto que el único intérprete de Paganini es Paganini. No se conoce, en efecto, el caso de algún ejecutante que nos deslumbrara con el juego de los *Caprichos,* en la medida en que cabe esperarlo de quien debe transmitirnos ese algo más que el hilvanado y pulcro fluir de unas notas y que es el espíritu que las anima. Se recuerda a un Risler, a un Joachim como intérpretes incomparables de Beethoven y hoy nos asombran todavía un Thibaud, un Gieseking, en sus lecturas de Debussy —valgan los ejemplos. No se conoce, sin embargo, el gran intérprete de Paganini. Y no es porque falten violinistas con poderosos recursos técnicos. El problema está en otra parte. Y es que el violín y su música se disocian aquí, en la medida en que aquél es ya otro instrumento en Paganini: un violín que se extravasa a sí mismo hasta el punto de obliterar su canto en la más increíble onomatopeya, su voz en el más impensado grito. Porque hay la jerga de Paganini: su lenguaje burlón y grotesco. Y esto, claro está, no era del violín y de su lenguaje propio. El violín es siempre algo menos que la "tastiera", en el sentido de la profundidad.

Paganini fué siempre mal comprendido por músicos, violinistas y pedagogos. Los conciertos escritos por los maestros de la escuela franco-belga, que marca el tercer período por que pasa el arte francés del violín, adolecen de un evidente "pa-

ganinismo", fruto, precisamente, de una desinterpretación que los hacía reparar tan sólo en lo externo de aquel artista y, por lo tanto, en lo más deleznable de su arte. Es verdad que el mal gusto de estas obras reconoce, además, otras fuentes. Hemos aludido a la ópera como a un mal que infesta, también, al violín. Un mal que abarca buena parte del siglo XIX y cuya virulencia es tanta que desvía de modo inconcebible la corrompida atención de las gentes; es bien conocido el olvido en que yacen Bach y Beethoven hasta que los Mendelssohn y los Schumann se ocupen de despertar los ánimos. Ya Habeneck y Baillot habían luchado por dar a conocer en público las sinfonías y los cuartetos del maestro de Bonn y el rechazo de Kreutzer a ejecutar la sonata que lleva su nombre había sido un símbolo de la perversión del gusto. Así se explica que todavía más tarde los conciertos de Bériot, de Vieuxtemps y de Wieniawski monopolizaran la música de concierto para violín, con una fuerza a la que los violinistas no sabrían renunciar, como lo prueba el hecho de que hoy figuren en sus programas.

Que los conciertos de Beethoven, de Mendelssohn y de Brahms y, aún más, que las sonatas de Bach para violín *solo* hayan tenido que esperar a Joachim, en las postrimerías del siglo XIX, es otro signo que vuelve obvio todo comentario. Lo incontestado es entonces el concierto plagado de "fiorituras" y escaso de ideas y los violinistas pecan de Vieuxtemps como su tiempo pecaba de Auber o de Meyerbeer. Paganini tenía, es verdad, su parte de culpa puesto que los excusaba "a posteriori", por mucho que la excusa fuera falsa y originada en el aludido desconocimiento. Los pedagogos no anduvieron con mejor suerte en la interpretación de Paganini —al cual debieron dejar quieto si es que nada mejor podían hacer con él— puesto que se pusieron a la vana tarea de codificarlo según el "cientificismo" del siglo, encajándolo en el lecho de Procusto de una escolástica que provenía de muy otras fuentes. Ni Wilhelmj, ni Kross, ni hoy mismo Flesch —tan excelente en otros aspectos— lo han entendido rectamente y sus "digitados" absurdos son la prueba irrecusable de que un lenguaje, y mucho menos el de Paganini, no se aprisiona en fórmulas. En su mayor parte, los violinistas han seguido el derrotero trazado por aquellos pedagogos y el resultado está a la vista: Paganini no ha sido aún exhumado. Más les hubiera valido cierto instinto. Error por error, este último habría resultado menos funesto.

Pero antes de penetrar en la zona de su ocaso el arte del violín iba a conocer, en los últimos años del siglo XIX, una inolvidable validez póstuma bajo el signo de Joseph Joachim, su más grande animador moderno. Son sus últimos y brillantes es-

tertores. Violinista consumado, músico de probada seriedad y pedagogo incomparable, Joachim, cuyo método entroncaba en la más pura tradición violinística, traía en su cartera muchas cosas increíblemente olvidadas. Nos traía a Bach, a Mozart y a Beethoven; a Mendelssohn y a Brahms. Sus revisiones de estas obras han quedado como clásicas: cuando se ha seguido una vez el camino de sus manos es difícil proponer otro. Durante más de medio siglo el violín le debe un renacer que hoy no podemos evocar sino con nostalgia. La excelencia de sus interpretaciones de los conciertos de Beethoven (op. 61) y de Brahms (op. 77), de quien fué amigo y dedicatario corrió pareja con su pericia como cuartetista, y con el clima de alta cultura musical que supo crear en su torno. Claro que lo rodean, y le siguen en la generación sucesiva, violinistas y pedagogos cuya mención no vamos a hacer aquí: nos basta con quien los representa de una manera insigne. Nuestro siglo ha conocido a Auer. Y, también, a virtuosos que rinden el tributo debido a los grandes músicos de la era clásica y romántica: pensamos en instrumentistas de la talla de Ysaye, de Kreisler, de Thibaud, de Szigetti, de Kulemkampff. El violín y su arte sobrevivía en tales cultores, en la medida en que un Mozart, un Beethoven o un Brahms no apuraban con sus discursos la naturaleza de un instrumento específicamente nacido para el canto. Pero el nuevo siglo nos iba a traer otros aires estéticos y es desde esos nuevos rumbos, desde la era de Strawinsky y de Schoenberg, que el violinista "reminiscente" da en preguntarse si el último concierto para violín no fué el de Brahms, joven firmante, con Joachim, de un sonado manifiesto contra la "música del futuro"...

No es ésta la oportunidad de reabrir una crítica de las tendencias estéticas que animan a la música contemporánea. Creo, por lo demás, que dicha música tiene valores incontestables y representantes conspicuos y que sus límites están más bien del lado del auditor y de la ejecución que del lado del creador. Siempre he pensado que una distancia demasiado grande entre el artista y su público corre el riesgo de no colmarse nunca y la música moderna ha exagerado los términos. Pero no nos embarquemos en una polémica de este género. Sólo me interesa destacar aquí que esta música liquida, lisa y llanamente, al violín. Las razones de orden musical que explican este hecho son bien conocidas. Responden a un movimiento que iba a encontrar en otros "medios", especialmente en el sinfónico, el vehículo más adecuado para sus nuevas experiencias. El instrumento aislado debía servir menos a un espíritu de invención que echaba mano de las más impensadas combinaciones tonales, de ritmo, timbre y color. Claro que aquel movimiento no iba a detenerse en la

orquesta y se explayaría de todos modos en los más diversos instrumentos, sin excluir, naturalmente, la voz humana. La idea, sin embargo, de una música escrita *para* un instrumento determinado, en el sentido en que el vocablo "para" indica una escritura que tiene en cuenta las leyes propias del instrumento a que va dirigida, desaparece con la nueva escuela y la preposición sólo señalará una última referencia a formas que se pretende superar. La denominación es, pues, deliberadamente anacrónica, cuando no irónica. Se advierte bien que las descripciones tonales de Schoenberg, tales como aparecen en sus "comprimidos" destinados al piano, pongamos como ejemplo, no son música *para* piano, en el sentido que expresáramos. Con el mismo criterio no es tampoco un concierto *para* violín, el de Alban Berg.

Pero quisiéramos insistir en un sólo aspecto de la música escrita *para* el instrumento que nos ocupa. Queremos referirnos al extremo desconocimiento que de las posibilidades del violín hacen gala sus autores —se trate de un Bartók, de un Prokofieff, de un Berg, de un Strawinsky. No hablamos de ignorancia, naturalmente. Sería absurdo suponer que estos grandes músicos no conocen el instrumento. Ese desconocimiento es deliberado y su fatal efecto sobre un violín que espera mantenerse de acuerdo a su naturaleza propia está bien a la vista. Reduciéndonos todavía más en el asunto, diremos que, cualquiera sea la bondad de la nueva estética musical, su extrema dificultad, alentada, sin duda, por el aludido desconocimiento, habría bastado para acarrear el colapso de una verdadera música *para* violín. Tentados estaríamos de afirmar que un culto de lo arduo preside la escritura moderna del instrumento, si tal posición no imperase de un modo general y el dicho culto no estuviera dictado por el espíritu mismo de la época. Pero el hecho propio de la dificultad es una circunstancia irrecusable. Nos interesa menos discutir sobre las cualidades de una estética que convierte al instrumento en un medio de experimentación, sin atender en lo más mínimo a sus posibilidades orgánicas, que preguntarnos a dónde se va, desde el punto de vista del violín, con tamaña complejidad.

La pregunta me ha urgido una y otra vez, al término de mis periódicas lecturas modernas. Si hay en el violín un organismo que se corresponde con una disposición melódica y una hechura de la mano, que es el cuerpo; si hay, en fin, una salud del instrumento que se confunde con la del instrumentista, entonces confesaré que ciertos pasajes me traen un angustioso malestar. Al ejecutarlos se siente, se sabe, que el discurso propio del violín queda violado, como si la exploración hubiera aniquilado al órgano. Hay un instante en que la mano, apurada en la torsión más increíble y en los planos más inverosímiles, no es más el hombre: el muy limitado ser humano que sustenta

el instrumento. Expulsada de los lindes que le propone su dignidad orgánica, desalojada del plano verdaderamente manual de la "tastierra" —siempre más reducido que el de su cuerpo material—, la mano se torna insensible, una pieza mecánica cuya función, despiadadamente objetiva, fuera tan sólo la de oprimir las notas en el lugar convenido. Perdida de sus relaciones tonales propias y alejada del cabal plano dinámico del diapasón, la mano y el hombre comienzan a marchar a ciegas. Y es interesante observar cómo, aquí, una resistencia kinestésica acompaña invariablemente al desasosiego espiritual que los aludidos pasajes suscitan. Este testimonio irrecusable del cuerpo bastaría, a falta de otras pruebas, para caer en la cuenta de que la música moderna demanda, cada vez más, el instrumento mecánico, capaz de absorber sin violencia los infinitos reclamos propuestos por una estética que excluye, por extramusical, toda referencia a los sentimientos. Aunque es verdad que sus epígonos no nos han demostrado si es posible al hombre una actitud no sentimental frente a un objeto cualquiera, no digamos frente a la música...

Antes de terminar esta nota he vuelto a escuchar una vez más, en el disco, el magnífico concierto que "En memoria de un ángel" terminara Alban Berg en 1935. No puedo sino confirmar el valor innegable de la obra, la genialidad de un discurso que se impone desde el primer instante, por poco habituado que se esté a la técnica que le sirve de base. Pero advierto también, por centésima vez, que el violín es sólo un comentarista del ordenado caos que sucede en la orquesta y el violinista un trajinado títere de notas. Comprendo bien que la forma clásica sufre aquí una presentación distinta, muy diversa de una escritura hecha *para* un instrumento. La estética es otra, desde luego. Pero es el violín y su arte lo que en este artículo nos interesa. Desde este punto de vista no es aventurado concluir que si el músico moderno persiste en utilizar el violín sin consultar las posibilidades, siempre limitadas, de su alma y de su cuerpo, si se empeña en ignorarlo a sabiendas, decidido a no hacerle la más mínima concesión, el instrumento, como tal, muere en sus manos, definitivamente "ejecutado" por sus heroicos intérpretes: los Duschkin, los Székely, los Krasner. Es verdad que las cosas bien pudieran cambiar y los músicos advertirse. En tal caso el título de estas líneas demandaría signos de interrogación.

MARIO A. LANCELOTTI

Crónica de cine

"LOS ASESINOS ESTÁN ENTRE NOSOTROS"

El nazismo terminó prácticamente con el cine alemán exportable. Pero el cine alemán dejó una violenta nostalgia en el mundo entero. Por los años 30 se entendía que una película, para ser buena, debía tener técnica alemana. Cuando se hablaba de cine europeo se hablaba, en general, de cine alemán.

Nombres gloriosos surgen en el recuerdo: *Metrópolis, Alraune* y *Varieté* en la época muda; *Internado de señoritas, Traumulus,* la casi desconocida y maravillosa *Solamente una noche* en la época hablada. Además estaban las divertidas operetas de Lilian Harvey y de Martha Eggerth. Verdad es que, hace unos meses, vi otra vez *El congreso baila* y que me pareció un film grosero y aburrido. Pese a esa desilusión sigo creyendo en el cine alemán de, por ejemplo, *Solamente una noche.* Arrastrada por estos recuerdos, y un poco también por el título del film, fuí a ver *Los asesinos están entre nosotros.*

Una ciudad arrasada y desolada es un espectáculo terrible. El título del film sugería que esa ciudad tenía la grandeza —y la espantosa fuerza— de reconocer su culpa.

Una muchacha muy bonita llega a Berlín. En su casa encuentra a un hombre muy buen mozo que se ha instalado allí y que le niega la entrada.

En las escenas siguientes la muchacha vive en la casa y cocina para el hombre. Pensé: "Han cortado parte de la película".

El hombre se emborracha y los remordimientos lo atormentan.

El borracho atormentado había sido médico en un campo de concentración. "Todo se explica", pensé.

Luego descubrí que el hombre no tenía remordimientos por su actuación en el campo sino por una orden para fusilar gente que le fué dada por su jefe y que él ejecutó.

Es decir: puso su propia vida por encima de su conciencia. "También se comprende esto", pensé.

Finalmente, entre borracheras, primeros planos con expresiones torturadas y paseos por un Berlín destruído, el hombre encuentra a su ex-jefe. Es éste un individuo gordito, de lentes, feliz. El protagonista piensa que se librará de su culpa matándolo. Intenta hacerlo, pero la muchacha llega en el momento oportuno y frustra su propósito.

Entonces el gordito se aferra a unas rejas, y ante él aparecen las cruces de un cementerio de guerra. Grita: "¡Soy inocente!"

La película ha terminado.

No es inverosímil que en *Los asesinos están entre nosotros* ocurran otras cosas. Pero quizás espero demasiado de los cortes de la censura. Dentro de lo posible, creí entender esto: en el film *no se condena a un régimen.* Se condena el que este régimen haya llevado a la guerra. La guerra es mala porque, debido al azar, o a la falta de preparación, se ha perdido. Por lo menos ésta es mi impresión frente al confuso llamado pacifista de *Los asesinos están entre nosotros.*

La película me parece falsa y sus escenas no muy claras. El público se conmueve ante Berlín bombardeado; se conmueve ante los niños que buscan comida y agua entre los charcos y los desperdicios. Y tiene razón de conmoverse. Pero es repugnante la utilización de estos elementos para "camuflar" una culpa. Claro está que Berlín sufrió. Y también sufrieron Londres y Leningrado, y, antes que nadie, brutal e injustamente, Madrid.

Llegamos a la conclusión contraria de la que

pretende establecer el film: la culpa no es de la guerra en sí. La culpa está en cierta actitud ante la vida que lleva forzosamente a la guerra. La guerra es consecuencia lógica de una manera de sentir. No es la guerra, por atroz que sea, lo que debe atacarse, sino la actitud moral que conduce a ella. Una ciudad no se salva —o se condena— por las vidas humanas que haya sacrificado, sino por el valor que ha dado a la vida, por la dignidad que haya concedido —o negado— al hombre.

Además de este reparo de carácter moral, me parece reprobable la excesiva lentitud del film, su aprovechamiento de la cámara desde cualquier ángulo. Resultado: expresiones impávidas en las caras, casi siempre huesudas y bellas; enormes y alargadas piernas y torsos; sombras por todas partes. A esto se llamaba, hace años, "hacer cine" y se suponía que otra cosa era teatro fotografiado. Existen todavía cultores de este tipo de fotografía desde ángulos, no obsesionantes, sino mareantes. A Dios gracias las circunstancias —que parecen apiadarse de la resistencia al sueño del espectador— obligan a la gente que admira ese estilo a hacer lo que llaman "cine comercial", que es, desde luego, malo, pero superior a aquél.

En suma: un film de primeros planos aburridos, hermosas tomas de Berlín bombardeado y una historia de amor y una culpa que en ningún momento se aclaran.

"SIN PIEDAD"

Fuí a ver *Sin piedad* llevada por el entusiasmo que despertó en mí *Caza trágica,* pero también porque el tema me atraía y porque *Sin piedad* era el único film visible en la empobrecida cartelera de esa semana.

El problema racial es siempre inquietante. Además, no me desagradaba ver una película que atacara a los norteamericanos en su punto moral débil: su desprecio por la raza negra. (Creo que alguna vez leí agudas observaciones de Keyserling sobre el problema.)

Ya dije que, en los últimos tiempos, las películas parecen hechas de retazos; son una sucesión de escenas patéticas en sí, pero, muchas veces, incongruentes e inexplicables. El manso espectador no pide explicación. Y, en *Sin piedad,* el cine italiano parece haber aprendido ventajosamente la lección. Esta lección fué enseñada por los films americanos de *gangters.* (La primera paradoja de *Sin Piedad* —que tiene otras también— es el *norteamericanismo* de un film que pretende precisamente atacar a los norteamericanos.

Un negro, sargento norteamericano, es perseguido, herido y sube a un tren de carga en marcha. No sabemos por qué huye, ni tampoco quiénes lo persiguen. En el tren, como polizón, viaja una muchacha bonita, sucia y rubia. Esta muchacha, de origen social muy modesto (declara haber sido sirvienta), ayuda al negro, y, a consecuencia de su acto caritativo, va a parar a un reformatorio. Escapa después del reformatorio y cae en manos de unos tratantes de blancas. Los tratantes de blancas parecen serlo en el más amplio sentido de la palabra, pues sus principales clientes son negros.

En el film aparecen sólo dos tipos de norteamericanos: los negros y unos individuos que, a pesar del traje militar, se parecen bastante a Harry Truman. Esto resulta un poco arbitrario, pues Truman, con su aspecto de hortera, no es el único tipo de norteamericano posible.

Como el film es "realista", cada personaje dice frases en su idioma nativo. Los negros dicen, *Baby, darling, come on,* etc. Un contrabandista español grita: *Carguen muchachos, descarguen, adelante,* etc.

El jefe de los tratantes de blancas —también contrabandista y salteador de caminos— es un hombre ambiguo, o sobre quien se dicen cosas ambiguas. Esas ambigüedades sugieren que sólo se interesa en las mujeres desde el punto de

vista comercial. Pero, al final, se revela como un sentimental y hasta parece enamorarse de la protagonista.

El film quiere atacar los prejuicios raciales de los norteamericanos. Entonces: ¿por qué sólo se concibe en la película que una mujer blanca se enamore de un negro si ella ha cometido anteriormente una falta y si, además de eso, ejerce la prostitución? Por otra parte, el negro la protege. Se trata de justificar la inclinación de la muchacha por todos los medios: el abandono, la clase social, el reformatorio, la humillación.

Como si se temiera chocar al público (¿quizás al público norteamericano?) en ningún momento hay una escena amorosa entre los protagonistas. Éstos hablan de quererse "como hermanos". Se quiere atacar el nacionalismo, la división de razas, pero sólo se concibe la amistad entre una blanca y un negro si la muchacha no tiene a dónde ir y si, además, quiere escapar a su terrible vida de prostituta. Al negro —puede que sea éste un privilegio de las razas inferiores— se le permite declarar su amor. La muchacha, aunque da su vida por él y aunque finalmente huye con él, no confiesa amarlo.

En la película hay una gran idea malograda. Sólo en la muerte las dos manos —la mano blanca y la mano negra— pueden unirse.

El negro habla de las praderas de su país. Sueña con regresar a ese país donde debería sentirse tan mal.

Hay escenas que acaso sólo sean comprensibles para quienes conozcan al detalle la situación italiana de postguerra. Pero como el patetismo dura hasta el fin, vemos *Sin piedad* con agrado. (Casi dije: la soportamos con tranquilidad.) Lamentamos, eso sí, que nuestra memoria insista en recordar el cinematógrafo de hace diez años. Y no ya las películas excepcionales: las películas "standard" de aquella época.

ESTELA CANTO

A PROPÓSITO DE UNA PRESUNTA ENTREVISTA A CAMUS

En el número 1 de la revista *Latitud 34* aparece un reportaje a Albert Camus, hecho por el señor Enrique Pavón Pereyra, mediante la intervención —según allí se dice— de Ernesto Sábato. Ernesto Sábato nos pide hagamos constar que no conoce al autor del reportaje ni ha estado presente en semejante entrevista y que, por lo tanto, las opiniones que se le atribuyen son totalmente apócrifas.

ÍNDICE

PÁG.

Gabriela Mistral: Sobre la paz y la América Latina 7
Albert Camus: Lluvias de Nueva York 12
Rafael Alberti: Retornos de Yehudá Haleví, el castellano . . 16
Dardo Cúneo: Sonetos 18
Guido Piovene: Historia de un monje español 21
François de Veynes y Léon Regis: La escuela de los pobres (fin) 54

CRÓNICA

Pearl S. Buck: Varios aspectos de un problema mundial . . 83

NOTAS

LIBROS:

Ezequiel Martínez Estrada: Eduardo González Lanuza: "Oda a la alegría y otros poemas" 90
Julio Cortázar: Octavio Paz: "Liberad bajo palabra" . . 93
Álvaro Fernández Suárez: Aldous Huxley: "La doble crisis"; John Russell: "La salida" 96
Victoria Ocampo: Contestación a un diálogo polémico . . 97
María Elena Walsh: Sobre la vida diaria 100

MÚSICA:

Mario A. Lancelotti: El ocaso del violín 103

CRÓNICA DE CINE: "Los asesinos están entre nosotros"; "Sin piedad", por *Estela Canto* 111

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente *ni se sostiene correspondencia sobre ellas.*

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad intelectual Nº 311.959
Título de marca Nº 229.356

ESTE NÚMERO CIENTO OCHENTA Y DOS DE
"SUR" SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
VEINTIUNO DE DICIEMBRE DE MIL
NOVECIENTOS CUARENTA Y NUE-
VE, ARTES GRÁFICAS BARTOLOMÉ
U. CHIESINO, AMEGHINO 838,